

**SEGUNDA PARTE**  
**LOS AÑOS REPUBLICANOS**

En la sección «El torpedo en la pista», desde la que se habían difundido las jocosas diatribas que, años atrás, singularizaron a *La Gaceta Literaria*, se insertó la última colaboración de Salazar Chapela en la revista. Era una crítica rimada sobre *Poesía Española. Antología 1915-1931*, libro que, según se ha considerado durante décadas, sirvió para realizar la definitiva agrupación de la denominada *generación del 27*.

#### 4.3.1.1. «Oda a la muy arbitraria antología poética que acaba de publicar, y no sabemos todavía porqué [sic], Gerardo Diego»

Años después de que se produjera el desencuentro entre Gerardo Diego y los redactores de *La Gaceta Literaria* al que ya se ha aludido<sup>367</sup>, desacuerdo que culminó con la publicación en *Lola* de una *jinojepa* en la que Salazar Chapela aparecía calificado como un don nadie de la literatura española, el escritor malagueño combatía con sus mismas armas al autor de *Versos humanos*. Se trataba, sin lugar a dudas, de una respuesta de carácter personal, pues Giménez Caballero, que había intervenido en la discusión que suscitó la publicación de la antología —profusamente documentada por Gabrielle Morelli<sup>368</sup>—, había recomendado —más dispuesto a contemporizar de lo que era habitual en él— calma a los bandos contendientes<sup>369</sup>. Pero, «más allá del interés que la composición puede tener como documento del espíritu lúdico y paródico (*ma non troppo*) ya inaugurado en la revista *Lola* por el propio

---

<sup>367</sup> Véase 2.4.1.3.6. *A propósito del centenario de Góngora*.

<sup>368</sup> Cfr. Gabriele Morelli, *Historia y recepción de la Antología Poética de Gerardo Diego*, ob. cit.

<sup>369</sup> «Yo no quiero meterme en la pedrea de los poetas, que es la peor de todas las pedreas. Bastantes chichones tiene ya uno para que ande buscando el descalabro completo y el bautismo roto», advertía Giménez Caballero. Al final de su comentario, declaraba: «Yo estoy dispuesto a ungir de ¡pio, pio!, y de laurel a todos. Con tal de que no se apedreen, ni me partan a mí el cráneo de un poemazo sobre el colodrillo» («Jaulas y píos. Gerardo Diego», *Heraldo de Aragón*, Zaragoza (27 de marzo de 1932); artículo reproducido por Gabrielle Morelli en *Historia y recepción de la Antología Poética de Gerardo Diego*, ob. cit., pp. 275 y 278).

Diego [...], el texto refleja una intención claramente polémica, ya que reproduce con su tono burlón las consabidas críticas sobre los nombres excluidos en la *Antología*<sup>370</sup>. En efecto, con la «gracia ripiosa»<sup>371</sup> de sus versos, en los que Salazar Chapela se permitió también algunas licencias poéticas<sup>372</sup>, el improvisado vate reprobaba la selección realizada por Diego con argumentos prácticamente idénticos a los que habían esgrimido meses antes Miguel Pérez Ferrero –ex miembro de la redacción de *La Gaceta Literaria* e iniciador del debate en *Heraldo de Madrid*<sup>373</sup>– y Enrique Díez-Canedo, cuyo comentario apareció publicado en *El Sol*<sup>374</sup>, lo que impidió que Salazar Chapela pudiera dedicarle a la antología una de las habituales notas críticas que preparaba para ese periódico<sup>375</sup>.

---

<sup>370</sup> *Ibidem*, p. 81.

<sup>371</sup> Arturo del Villar, «Polémica para una famosa antología. Cómo recibió la crítica en 1932 *Poesía Española*», *La Estafeta Literaria*, Madrid, 594-595 (15 de agosto-1 de septiembre de 1976), p. 23.

<sup>372</sup> Véase a este respecto, por una parte, el encabalgamiento de los versos «gusto, acaso irreprimi- / ble, a mostrar más el plumero», que recuerda algunos de los que utilizó Fray Luis de León, y, por otra, el verso construido única y exclusivamente con una cifra, con la que se mantiene la rima («1921») («Oda a la muy arbitraria antología poética que acaba de publicar, y no sabemos todavía porqué [sic], Gerardo Diego», *La Gaceta Literaria*, Madrid, 123 (1 mayo 1932), p. 16; texto parcialmente reproducido por Gabriele Morelli en *Historia y recepción de la Antología poética de Gerardo Diego*, *ob. cit.*, pp. 81-82).

<sup>373</sup> Miguel Pérez Ferrero, «Gerardo y sus amigos», *Heraldo de Madrid* (10 de marzo de 1932); artículo reproducido por Gabrielle Morelli en *Historia y recepción de la Antología Poética de Gerardo Diego*, *ob. cit.*, pp. 243-244.

<sup>374</sup> Enrique Díez-Canedo, «Poetas en Antología», *El Sol*, Madrid (13 de marzo de 1932); artículo reproducido por Gabrielle Morelli en *Historia y recepción de la Antología Poética de Gerardo Diego*, *ob. cit.*, pp. 254-258.

<sup>375</sup> La acogida que la crítica joven dispensó a la obra de Gerardo Diego distanció definitivamente a los poetas de los prosistas del 27, como podemos observar en estas palabras de Pedro Salinas: «La ofensiva contra Gerardo y su antología es un síntoma de la actitud de esos periodistillas literarios, frente que va de Montes a Ferrero, hacia nosotros. Y el único modo de contestar a eso es existir, dar fe de vida, en grupo y reunión» (carta a Jorge Guillén fechada en Madrid el 1 de mayo de 1932, en Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*. Edición, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo. Barcelona, Tusquets Editores (Marginales, 120), 1992, p. 146).

La principal objeción que el joven escritor le hacía a Diego aparece mencionada en la quintilla inicial, estrofa que se repite, a modo de estribillo, en el cierre del poema. En ella, el nombre del antólogo es asociado al sustantivo «cardo», con el que rima, dando lugar a evidentes connotaciones que no se le ocultaron a Jorge Guillén, quien también compuso algunos versos con este hiriente consonante<sup>376</sup>. Los de Salazar Chapela decían así:

¡Ay, Gerardo, áspero cardo  
de tierra, piedra sombría,  
quién fuera tu amigo bardo,  
ay, Gerardo, duro dardo,  
para ir en tu antología!

En las primeras redondillas, Salazar Chapela denunciaba la ausencia de Valle-Inclán, Enrique de Mesa, Salvador Rueda, Díez-Canedo y Eduardo Marquina:

Lloran lágrimas de duelo  
incultos, grandes poemas  
privados, por tus pamemas,  
de ir, con las musas, al cielo.  
Claves líricas sonoras  
de don Ramón, saturnales  
viven en los arrabales,  
aunque olvidadas, señoras.  
Don Pero Pérez de Ayala  
desde Londres, la su presa,

---

<sup>376</sup> La carta que Jorge Guillén envió a Gerardo Diego desde Murcia el 17 de diciembre de 1926 contiene un poema, al parecer inédito, en el que puede leerse: «¡Muera el cardo! / ¡Viva el nardo! / ¡Viva Diego / Y su Gerardo! / Perdón, perdón y perdón» (Pedro Salinas, Gerardo Diego, Jorge Guillén, *Correspondencia (1920-1983)*. Edición, introducción y notas de José Luis Bernal Salgado. Valencia, Editorial Pre-Textos (Hispánicas, 263), 1996, pp. 77-80). Se trata, como ha señalado Bernal Salgado, de un posible embrión de otro poema de Guillén, titulado «Gerardo Diego», que fue publicado en el número de homenaje que, con motivo de la jubilación como catedrático de instituto de Diego, preparó la revista *Punta Europa* (112-113, [verano de 1966]). Posteriormente, el poema fue incluido en *Homenaje* (Barcelona, Barral Editores (Biblioteca Crítica), 1978, p. 181). «Ay, Gerardo, Gerardo, / ¿Por qué rimas con «cardo»?», se preguntaba Guillén. «Rima mejor con *nardo*», le solicitaba en estas aleyas en las que Guillén defendía a Diego de los ataques recibidos tras la aparición de la ya lejana antología.

afirma que no está Mesa  
ni «*El Sendero*», la su ala.  
Canedo dice que Rueda  
y yo diré que Canedo,  
que el credo me importa un bleo  
si Canedo es de la rueda.  
¿Y Marquina? ¿Fue pereza,  
annesia [*sic*]? No está en la lista.  
¡Señor, cuán nubla la vista  
la podre de la «impureza»!

Tampoco aceptaba el silencio al que Diego había condenado a Mauricio Bacarisse –fallecido en 1931– y a Ramón de Bastera –muerto en 1928–, a pesar de que ambas exclusiones habían sido comentadas en el prólogo del libro<sup>377</sup>:

Por muertos, por olvidados,  
ni Mauricio ni Bastera,  
que a quienes tragó la tierra  
son, según Diego, enterrados.

Salazar Chapela echaba en falta también a antiguos redactores de *La Gaceta Literaria* –colaboradores algunos de ellos de *El Sol*–: los poetas Antonio Espina<sup>378</sup>, César M. Arconada, Antonio de Obregón y Eugenio Montes:

¿Pues vivo, agudo y diverso,  
con chotis y tinta china  
indeleble, Antonio Espina

---

<sup>377</sup> Los volúmenes *Poesía Española. Antología 1915-1931* y *Poesía Española. Antología (Contemporáneos)*, la segunda edición revisada que vio la luz en 1934, fueron publicados conjuntamente y con nuevo prólogo del compilador, con el título *Poesía Española Contemporánea (1901-1934)* (Madrid, Taurus Ediciones (Colección Sillar), 1959). Más recientemente el libro ha visto la luz de nuevo, en edición de Andrés Soria Olmedo, con el título *Antología de Gerardo Diego. Poesía española contemporánea* (Madrid, Taurus (Clásicos Taurus, 14), 1991).

<sup>378</sup> Su *Poesía Completa* ha sido publicada, con presentación y selección de Gloria Rey Faraldos, por la Fundación Banco Santander Central Hispano en su colección «Obra Fundamental» (Madrid, 2000).

no escribió (poeta) su verso?  
¡Cielos! ¿Dónde está Arconada?  
¡Ay, madre! ¿Obregón, tampoco?  
(El joven, si empuja, es coco).  
¡No veo Montes! ¡No veo nada!

Habían quedado injustamente excluidos, asimismo, Ernestina de Champourcín, Juan José Domenchina y León Felipe:

Falto de vista y de oreja  
ni veo ni escucho a Ernestina  
de Champourcín. (¿Domenchina  
huyóse con su pareja?).  
El poeta, puro romero,  
León Felipe, no está aquí:  
gusto, acaso irreprimi-  
ble, a mostrar más el plumero.

Por último, Salazar Chapela recordaba a Guillermo de Torre, antes de concluir señalando la arbitrariedad —ya mencionada en el título de la oda— que había guiado a Gerardo Diego en su trabajo:

¿Y la vanguardia? ¿Y las *Hélices*?  
(1921)  
de Guillermo? Si no hay uno  
de sus poemas ¿qué me dices?  
Caprichos del Turquestán:  
pobre, angosto el diapasón:  
ni están todos los que son  
ni son todos los que están.

En estos versos finales aludía el escritor malagueño, aunque sin mencionar nombres, a la falta de méritos artísticos de algunos de los poetas seleccionados, tal y como sugirió también cuando reseñó *The european caravan. A critical anthology of the new spirit in european literature*, volumen preparado por Samuel Putnam al que ya nos hemos referido en estas páginas: «En esta antología extranjera», afirmó Salazar Chapela, «no sobra

nadie: faltan. En las antologías que nosotros hacemos, y nos referimos a las más recientes, faltan y sobran»<sup>379</sup>. Como puede apreciarse, casi un año después de la aparición de *Poesía Española. Antología 1915-1931*, el crítico continuaba recordando una polémica en la que, además de las omisiones, se había denunciado la injusta presencia de Manuel Altolaguirre, acusación con la que no sabemos si Salazar Chapela, cuya opinión sobre el valor de su poesía no era demasiado buena<sup>380</sup>, estuvo de acuerdo. Para finalizar, el escritor resumía así la opinión que le merecía el libro:

Altos mares, altas frentes  
de la poesía, los ríos  
cambian varios de tus ríos  
por cuatro, seis afluentes.

Se trataba, como el tiempo ha demostrado, de un juicio desmedido. Hoy sabemos que no pueden ser calificados de «afluentes» los poetas antologados<sup>381</sup>; como también es evidente que no todos los nombres sugeridos por Salazar Chapela deben considerarse verdaderos «ríos» poéticos. De hecho, también a él se le podría acusar de amiguismo —del mismo modo que había sucedido con Gerardo Diego— al reclamar la incorporación al volumen de la discordia de poetas como Antonio de Obregón, quien, por supuesto, no fue incluido en la segunda edición de la antología, publicada en 1934. En este nuevo volumen, en el que variaron los criterios de selección —se ampliaron los años para abarcar el período comprendido entre el inicio del siglo y 1934, y se anunció la aparición de

---

<sup>379</sup> E. S. y Ch., «Putnam, Samuel, *The european caravan. An critical anthology of the new spirit in european literature*», *El Sol*, Madrid (4 de febrero de 1933), p. 2.

<sup>380</sup> Véase 4.3.2.1.2. *La lírica*.

<sup>381</sup> Además de él mismo, los autores seleccionados por Diego fueron Unamuno, Manuel y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, José Moreno Villa, Pedro Salinas, Jorge

otras antologías pertenecientes a una misma serie—, tampoco se reprodujeron las creaciones de Salvador Rueda —que debía aparecer en el tomo correspondiente al siglo XIX—, Enrique Díez-Canedo, César M. Arconada, Eugenio Montes y Guillermo de Torre. Si tuvieron cabida en él Valle-Inclán, Enrique de Mesa, Eduardo Marquina, Mauricio Bacarisse, Ramón de Bastera, Antonio Espina, Juan José Domenchina y León Felipe —autores cuya presencia había sido reivindicada por Salazar Chapela—, además de Rubén Darío, Francisco Villaespesa, Josefina de la Torre, el santanderino José del Río Saiz y los poetas canarios Tomás Morales y *Alonso Quesada* —pseudónimo de Rafael Romero Quesada, fallecido en 1925—. Pero tampoco esta nueva edición satisfizo plenamente a Salazar Chapela, quien aludió a ella en «El año literario y artístico en España. La poesía» con palabras esta vez poco comprometidas. Al referirse a las antologías poéticas publicadas durante 1934, escribió: «La de Gerardo Diego abre más la mano, aunque no del todo, en esta segunda edición, a la poesía: ofrece un conjunto muy completo de poetas españoles de hoy»<sup>382</sup>. Tal vez había comprendido, como ya indicó en su día Giménez Caballero —lo sabía por experiencia—, que la polémica suscitada en 1932 había favorecido el éxito del volumen y había contribuido al conocimiento y, sobre todo, al reconocimiento de los poetas incluidos en ella<sup>383</sup>.

---

Guillén, Dámaso Alonso, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Fernando Villalón, Emilio Prados, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Vicente Aleixandre y Juan Larrea.

<sup>382</sup> E. Salazar y Chapela, «El año literario y artístico en España. La poesía», en Miguel Pérez Ferrero, Guillermo de Torre y Esteban Salazar y Chapela (eds.), *Almanaque Literario 1935*. Madrid, Editorial Plutarco, 1935, p. 76.

<sup>383</sup> «Pocas veces se habrá prestado mayor servicio a un libro de poesía», escribía Giménez Caballero pocos días después de la salida al mercado de la antología, «que el ofrecido por el querido camarada Pérez Ferrero al de *Poesía española*, recopilado por el gran inquisidor de ella, Gerardo Diego, el terrible» («Jaulas y píos. Gerardo Diego», *art. cit.* p. 274). La citada antología fue, como señala José-Carlos Mainer, el más notable intento de cohesión grupal de algunos de los poetas del momento (*cf.* «La vida cultural (1931-1939)», *art. cit.*, p. 471). «El libro [...] ofrece una impresión de lectura de singular coherencia y un tono, a veces de cierta jactancia, que ratifica la impresión de hallarnos ante

### 4.3.2. Las vicisitudes de *El Sol*

Como colaborador habitual del periódico, Salazar Chapela vivió muy de cerca los cambios que se produjeron en el rotativo a partir de marzo de 1931, aunque la crisis se había gestado, en rigor, a finales de 1929, cuando La Papelera Española se convirtió en accionista mayoritaria de la empresa, lo que permitió la entrada de tres nuevos miembros en su Consejo de Administración<sup>384</sup>. Desde entonces menudearon las discrepancias entre Urgoiti –presidente del citado consejo– y los representantes de los intereses de La Papelera, cuya actuación resultó decisiva tras la publicación, el 15 de noviembre de 1930, de «El error Berenguer», artículo en el que Ortega y Gasset afirmaba el fin de la monarquía. «La contraofensiva regia, orientada a conseguir, con éxito, la eliminación de Ortega y Urgoiti de las páginas de *El Sol*»<sup>385</sup>, no se hizo esperar. Alfonso XIII se sirvió de los consejeros monárquicos del periódico para advertirles a sus responsables de que o cambiaban de política o se tomaban las medidas necesarias para arruinar a La Papelera. Éstos, conscientes de que, «si La Papelera podía matar a *El Sol*, la baja de aranceles podía también matar a La Papelera»<sup>386</sup>, exigieron a Urgoiti que el diario se mostrara respetuoso con la corona, con la Iglesia y

---

una estrategia muy definida de autoconstitución de grupo. Y muchos lo vieron así, no sólo los protagonistas» (*ibidem*, p. 473).

<sup>384</sup> En aquel momento, al no existir conflictividad política relevante, el cambio en la composición del accionariado de *El Sol* «pudo parecer carente de importancia», pero «luego se vio que sí la tenía. Los sectores socialmente conservadores reaccionaron en contra de una tendencia creciente e incluso imparable de los medios intelectuales a desvincularse de la Monarquía» (Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano, *Los intelectuales y la República*. Madrid, Editorial Nerea, 1990, p. 191).

<sup>385</sup> Antonio Elorza, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*. Barcelona, Editorial Anagrama (Colección Argumentos, 75), 1984, p. 186.

<sup>386</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*. Madrid, Ediciones Rialp (Colección Rialp, de Cuestiones Fundamentales, 15), 1970, tomo II, p. 234.

con sus ministros, y que incluyera en sus páginas una campaña en contra de las agitaciones obreras<sup>387</sup>.

La situación resultó, lógicamente, insostenible. «La Papelera y los accionistas relacionados con ella vendieron sus acciones a un grupo monárquico y forzaron a Urgoiti, sus hijos y otros miembros de su familia a hacerlo también»<sup>388</sup>. Con el fundador de *El Sol* y de *La Voz* se fueron Ortega y Gasset, Félix Lorenzo, Fernando Vela, Antonio Espina, Moreno Villa, Arturo Soria y un largo etcétera<sup>389</sup> que, en su mayoría, se congregó nuevamente en torno a *Crisol*, cuyo primer número vio la luz el 4 de abril de 1931. La nueva cabecera –revista que aparecía tres veces a la semana, primero, y periódico diario, después– se transformó, en enero de 1932, en *Luz*, manteniendo su carácter vespertino, «porque se consideró que había menos competencia en ese sector para un diario de sus características»<sup>390</sup>.

El 25 de marzo de 1931, el mismo día en que *El Sol* deja de estar en manos de sus fundadores, iniciándose así un período presidido por los «vaivenes políticos» y por una «pérdida de credibilidad que dura hasta su

<sup>387</sup> Cfr. *ibidem*, p. 232.

<sup>388</sup> María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*. Madrid, Alianza Editorial (Alianza Universidad Textos, 159), 1996, p. 337. El que Urgoiti uniera su suerte pública a la Ortega y Gasset le produjo, primero en *El Imparcial* y después en *El Sol*, «trastornos tan graves que sus consecuencias le resultaban todavía difíciles de saber» en agosto de 1931 (Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*. Madrid, Alianza Editorial, 1994, p. 273).

<sup>389</sup> De los colaboradores que abandonaron el periódico cabe recordar los nombres de Azorín, Luis Bello, Luis de Zulueta, Ricardo Baeza, Alberto Ghirardo, Ramón Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos, Rodolfo Llopis, Ramón Gómez de la Serna, Lorenzo Luzuriaga, Gonzalo R. Lafora, Juan Dantín Cereceda, Benjamín Jarnés, Félix Urabayan, Américo Castro y Luis Recaséns Siches. Por lo que se refiere a los redactores, hicieron lo propio Carlos Baráibar, Luis Bagaría, Fernando Vela, José Díaz Fernández, Rodolfo Viñas, Juan Andrade, Rafael Salazar Alonso, Carlos Esplá y José María Ruiz Manent (cfr. Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, *ob. cit.*, tomo II, p. 247).

<sup>390</sup> María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, *ob. cit.*, p. 414.

desaparición»<sup>391</sup>, *Nueva España* publica «*El Sol y La Voz*, periódicos palaciegos», artículo en el que se explica la «conjura monárquica» contra *El Sol* por tratar «el problema de las responsabilidades de la Dictadura» y por pedir «Cortes Constituyentes con todas sus consecuencias, es decir, incluso la revisión de los poderes de la Corona»<sup>392</sup>. Los monárquicos, escribió el anónimo redactor, habían conseguido su objetivo, pero no habían logrado «comprar a las plumas dignas que se retiran dignamente». Algunas de las que permanecieron en el periódico fueron duramente criticadas una semana más tarde en «Los esquiroles literarios», artículo en el que los responsables de *Nueva España* recordaban a los lectores que «no están solamente con la reacción los escritores que defienden públicamente aquellas ideas. Lo están también aquellos que, con el pretexto de no escribir sobre temas políticos, colaboran turbiamente con los elementos que causan la desventura de España»<sup>393</sup>. Porque «el escritor debe ser, antes que nada, un hombre digno, independiente e insobornable», aunque es cierto que «desde hace algunos años hemos conocido al tipo de escritor que, lleno de codicia, no ha buscado sólo los ingresos de su profesión, sino que ha vivido, y espléndidamente por cierto, de un Estado que está siendo la ruina de los españoles»<sup>394</sup>. «El asalto monárquico a *El Sol y La Voz*» había propiciado de nuevo la aparición de esquiroles literarios, categoría en la que se incluyó a Enrique Díez-Canedo, Ramón María Tenreiro y Melchor Fernández Almagro, a los que se atacó duramente en el citado artículo. El último de los mencionados había pasado, en palabras de Pedro Salinas, «días malísimos con el famoso pleito de *El*

---

<sup>391</sup> Antonio Elorza, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, ob. cit., p. 190.

<sup>392</sup> «*El Sol y La Voz*, periódicos palaciegos», *Nueva España*, Madrid, 37 (25 de marzo de 1931), p. 21.

<sup>393</sup> «Los esquiroles literarios», *Nueva España*, Madrid, 38 (1 de abril de 1931), p. 3.

<sup>394</sup> *Idem*.

*Sol*», porque «Urgoiti, Ortega y comparsas le han tratado con desconsideración evidente al no requerirle para el nuevo periódico»<sup>395</sup>. En opinión del autor de *La voz a ti debida*, se trataba de una «maniobra turbia del Espina y el Díaz Fernández» —editores de *Nueva España*, como es sabido— «en contra suya», a causa, prosiguió Salinas, de «la independencia salvaje y arisca de Melchor, su negativa a engancharse en un séquito cualquiera», lo que resultaba «imperdonable» para Ortega<sup>396</sup>.

Tampoco Salazar Chapela abandonó el periódico<sup>397</sup>, donde pudo comprobar muy pronto que no era cierto, como se aseguró en el editorial publicado el día 26 de marzo de 1931, que «*El Sol* y *La Voz* no entran en una segunda etapa. Quieren continuar la anterior»<sup>398</sup>. Tres días después se hacía público el nombramiento de Ramón Solano y Manso de Zúñiga como director accidental, al que sucedió en el cargo Manuel Aznar, quien ya había desempeñado esa responsabilidad entre 1918 y 1922. En este nuevo período «contó con la colaboración de Unamuno, Araquistáin, Valle-Inclán, Víctor de la Serna, Cipriano Rivas-Xérif [*sic*], Ciges Aparicio...»<sup>399</sup>. En la

---

<sup>395</sup> Carta a Jorge Guillén fechada en Madrid el 2 de abril de 1931, en Pedro Salinas-Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, ob. cit., p. 135.

<sup>396</sup> *Idem*. En esta misma carta, Salinas ofrecía más información sobre la situación que estaba viviendo Fernández Almagro: «Ha pasado días de una nerviosidad enorme, sin saber qué hacer, esperando el llamamiento de Urgoiti (que se lo ha hecho a todo el mundo) sin que llegara. Y por fin se ha quedado en *La Voz*. Delito imperdonable según los definidores de la pureza política y moral de última hora, por lo que le llenan de insultos en el último número de la mentada *Nueva España* (*idem*).

<sup>397</sup> Ignoramos si fue invitado por Urgoiti a escribir en *Crisol*, como hizo —según Salinas— con todos los redactores y colaboradores de *El Sol* y de *La Voz*. Sea como fuere, lo cierto es que, por aquel entonces, Salazar Chapela estaba más comprometido que nunca con la CIAP, donde, además de continuar ejerciendo su labor habitual, esperaba ver publicada su primera novela. Recordemos también que desde que se produjo el cambio de titularidad en *El Sol* ambas empresas estuvieron mucho más próximas ideológicamente que antes, cosa que sin duda benefició al grupo editor, cuyos libros siguieron promocionándose en las páginas del periódico matutino.

<sup>398</sup> «Propósitos», *El Sol*, Madrid (26 de marzo de 1931), p. 1.

<sup>399</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 270. Araquistáin regresaba a *El Sol* tres años después de haberlo abandonado «a causa de un desacuerdo con la Empresa de entonces sobre las

redacción situó, entre otros, a Pedro Murlane Michelena, Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero<sup>400</sup> y José María Alfaro: futuros miembros fundadores de Falange Española<sup>401</sup>.

Pero, tras la proclamación de la República, «régimen que, sin previo aviso, se les había colado bajo la puerta de sus pretensiones»<sup>402</sup>, Manuel Aznar –periodista nada afín al nuevo régimen– comprendió que, «para continuar

condiciones económicas» de su trabajo (carta al director de *El Sol* fechada en Madrid el 7 de abril de 1931; *ibidem*, pp. 269-270).

<sup>400</sup> Después de haber sufrido durante años la hostilidad que, según manifestó reiteradamente, sentían por él en *El Sol*, el fundador de *La Gaceta Literaria* regresaba, por la puerta grande, al periódico, adonde quiso llevar también a Guillermo de Torre, quien barajaba la posibilidad de regresar a España, según se desprende del contenido de la carta que le remitió desde San Sebastián el 19 de septiembre de 1931: «Ya he hablado en *El Sol* a Aznar. Creo que tendrías colocación inmediata en él. Como colaborador o como redactor, tal que [Eugenio] Montes. Creo que puedes lanzarte acá. Aunque perdamos todos lo que significa nacionalmente tenerte a ti ahí» (ms. 22823-72 (67), BN). Guillermo de Torre publicó, en efecto, algunas colaboraciones en *El Sol* durante este primer bienio republicano.

<sup>401</sup> En este período, colaboraron también en *El Sol* Eugenio Montes y Juan Aparicio, con los que coincidían en sus convicciones fascistas. Murlane y Sánchez Mazas, nos recordó hace ya bastantes años José-Carlos Mainer, «tuvieron una importancia excepcional en la creación de la fórmula literaria falangista y a ellos –y a E. Montes, en menor medida– se debe el nacimiento del ensayo divagatorio, lleno de alusiones culturales, refinado e intelectual; ejemplo [...] de cómo la obstinada referencia a la historia y a la cultura puede convertirse en una implícita defensa de los valores de una clase social amenazada: en una nostalgia burguesa, no por última vez refugiada en el mito europeísta» («Introducción», *Falange y Literatura. Antología*, *ob. cit.*, p. 22). Sánchez Mazas –compañero de clase de Manuel Aznar en los jesuitas de Orduña, donde ambos cursaron el bachillerato– y Murlane Michelena habían colaborado en *El Sol*, desde Bilbao, hasta 1922, cuando Aznar abandonó la dirección del mismo (*cf.* Mónica Carbajosa y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*. Prólogo de José-Carlos Mainer. Barcelona, Editorial Crítica (Crítica Contrastes), 2003, p. 16). Jordi Gracia, quien hace algunos años afirmó que la cultura fascista andaba «todavía muy pobremente contada en los libros, estudios y ensayos que pueden llegar hasta el lector de hoy» («El pasado oculto: cultura y fascismo en Europa», *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 599 (mayo de 2000), p. 147), ha reflexionado sobre la actividad intelectual y cultural protagonizada por estos escritores en su ensayo *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España* (Barcelona, Editorial Anagrama (Colección Argumentos, 314), 2004).

<sup>402</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*. Tomo II, *ob. cit.*, p. 268.

manteniendo su presencia pública»<sup>403</sup>, *El Sol* debía situarse en defensa del nuevo régimen, postura que fue censurada tanto por *ABC* –donde afirmaban que *El Sol* y *La Voz* habían optado por la «desafección del sector monárquico a la hora de emprender la lucha, que se adivinaba como dura, contra las instituciones republicanas recién instaladas»<sup>404</sup>– como por parte de *Crisol*, cuya redacción vio en las colaboraciones de Rivas Cherif, al que consideraban portavoz de su cuñado, un claro indicio de que su intención era convertirse en un periódico progubernamental<sup>405</sup>. Azaña rechazó explícitamente la ayuda supuestamente desinteresada de *El Sol*, cuya tirada, a pesar del viraje ideológico realizado tras el 14 de abril de 1931, continuó descendiendo a un ritmo de siete mil ejemplares diarios con respecto a 1930<sup>406</sup>. A finales de 1931, *El Sol* «parecía [...] dispuesto a desandar lo andado y retomar un nuevo camino que le permitiera colocarse a la sombra de Alejandro Lerroux –o cubrir a Lerroux con su luz, que tanto da–»<sup>407</sup>. El cambio operado en el diario y la evolución de la política republicana vinieron a demostrar que Azaña necesitaba a la Prensa «si quería persistir como protagonista de la vida pública»<sup>408</sup>. La oportunidad de contar con el apoyo de algunos periódicos nacionales le llegó de la mano de Luis Miquel –«hombre de negocios inquieto», a la sazón gerente y copropietario del diario *Ahora*<sup>409</sup>–, que decidió comprar *El Sol* y *La Voz*, por un lado, y *Luz*, por otro, a sus respectivos dueños. De este modo las tres cabeceras pasaban

---

<sup>403</sup> Cfr. Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1869-1951)*, ob. cit., p. 262.

<sup>404</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 269.

<sup>405</sup> Cfr. *ibidem*, p. 278.

<sup>406</sup> Cfr. *ibidem*, p. 271.

<sup>407</sup> *Ibidem*, p. 501.

<sup>408</sup> *Idem*.

<sup>409</sup> Antonio Checa Godoy, *Prensa y partidos políticos durante la II República*. Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos, 55), 1989, p. 106.

a pertenecer a Editorial Española, empresa que Miquel, «contando con una inminente subida del precio mínimo de los periódicos»<sup>410</sup>, puso, desde septiembre de 1932, al servicio del Gobierno, apoyando, durante los meses siguientes, la política de Azaña «demasiado claramente en opinión del interesado»<sup>411</sup>. Los cambios en la redacción de *El Sol* no se hicieron esperar. Víctor de la Serna, que se había ocupado de la dirección en los últimos meses, «pasó a dirigir *Informaciones*. Eugenio Montes se fue a *El Debate*; Francisco Lucientes, a *El Imparcial*, y Francisco de Cossío, a *ABC*. Sánchez Mazas y Ernesto Giménez Caballero fueron expulsados de *El Sol*»<sup>412</sup>, periódico que «no conoce director estable» durante casi un año<sup>413</sup>. Todo lo contrario sucedió con la gerencia del rotativo, a la que accedió, contratado por diez años, Luis Martín Guzmán, quien había actuado como mediador en la venta de los tres periódicos<sup>414</sup>. A través de él solicitó Salazar Chapela, quien seguramente veía aproximarse el fin de su trabajo en la CIAP —si es que no había terminado ya definitivamente—, una recomendación a Marcelino Domingo en el mes de octubre de 1932. La respuesta del entonces ministro de Agricultura fue satisfactoria, según se desprende del contenido de la carta que Martín Guzmán remitió a Domingo el día 25 del mes citado<sup>415</sup>, pero no nos consta que variaran por ello las circunstancias laborales del escritor,

---

<sup>410</sup> María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936, ob. cit.*, p. 416.

<sup>411</sup> *Ibidem*, p. 417.

<sup>412</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934), ob. cit.*, tomo II, p. 515.

<sup>413</sup> Antonio Checa Godoy, *Prensa y partidos políticos durante la II República, ob. cit.*, p. 106. «Al frente de *Luz* se sitúa un azañista nato como Luis Bello», mientras que Fabián Vidal continúa en la dirección de *La Voz* (cfr. *idem*).

<sup>414</sup> Cfr. María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936, ob. cit.*, p. 415.

<sup>415</sup> «Mi distinguido amigo: Mucho le agradezco a usted el interés con que ha visto mi recomendación en favor de don Esteban Salazar Chapela» (carta de Martín Luis Guzmán a Marcelino Domingo fechada en Madrid el 25 de octubre de 1932; AGGCE).

quien seguramente acabó renunciando a la ocupación para la que había sido recomendado.

Pero la operación económica ideada por Luis Miquel no salió como él esperaba. «El informal *trust* [...] perdía dinero a chorros»<sup>416</sup> –los periódicos descendían de tirada y de anunciantes<sup>417</sup>–, y «la unión de los tres periódicos [...] había trascendido ya al gran público»<sup>418</sup>. Azaña no podía satisfacer las pretensiones del propietario de *El Sol*, *Luz* y *Ahora*: «Miquel está furioso conmigo», anotó en sus diarios el 6 de junio de 1933, «porque no he concedido el aumento obligatorio del precio de los periódicos y porque no le hemos comprado, con destino a servicios del Estado, unos solares de que quiere deshacerse. Con ambos recursos contaba para mejorar la situación de sus empresas»<sup>419</sup>.

Tras haberse negado reiteradamente a participar de forma decisiva en la dirección de los tres periódicos, José Nicolás Ugoiti –hijo del fundador de *El Sol* y de *La Voz*– «accedió a las pretensiones de Miquel»<sup>420</sup>. Lo primero que hizo fue destituir de su cargo a Paulino Masip<sup>421</sup>, quien, aunque era subdirector de *El Sol*, llevaba algunos meses ejerciendo como director<sup>422</sup>. En aquella época, recordó Salazar Chapela al conocer la noticia de su

---

<sup>416</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 534.

<sup>417</sup> Cfr. María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, ob. cit., p. 417.

<sup>418</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 534.

<sup>419</sup> Manuel Azaña, *Diarios, 1932-1933, «Los cuadernos robados»*. Introducción de Santos Juliá. Barcelona, Crítica (Serie Mayor), 1997, p. 385.

<sup>420</sup> Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 544.

<sup>421</sup> Corpus Barga, que también abandona el rotativo, «vuelve a *Luz* como director» (Arturo Ramoneda, *Corpus Barga, 1887-1975. El escritor y su siglo*. Córdoba, Ediciones Duque, 2000, p. 160).

<sup>422</sup> Cfr. Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 544.

fallecimiento, «se portó ejemplarmente» con el escritor<sup>423</sup>, que publicó un elevado número de reseñas bibliográficas en la hoja literaria del periódico para paliar así las dificultades económicas por las que estaba atravesando de nuevo. También redactó algunos artículos, como el que vio la luz con motivo de la celebración de la primera Feria del Libro de Madrid<sup>424</sup>, que, además de reportarle pequeños aumentos en sus retribuciones, le permitieron reflexionar sobre ciertos temas como no podía hacerlo en sus habituales notas, de cuya redacción se hallaba descontento y cansado. Ensayaba así una nueva forma de colaboración periodística a la que, poco tiempo después, acabaría consagrándose.

De *El Sol* se fueron también Luis Bello, Francisco Ayala<sup>425</sup>, Juan José Domenchina<sup>426</sup> y otros colaboradores habituales de la última etapa, entre los

---

<sup>423</sup> Carta de Esteban Salazar Chapela a Max Aub fechada en Londres el 1 de octubre de 1963 (ABMA).

<sup>424</sup> E. Salazar y Chapela, «Al margen. Portadas y portadistas», *El Sol*, Madrid (14 de mayo de 1933), p. 2. En él, el escritor alaba el «arte rotulador alemán, tan justamente aplicado a las portadas de los libros».

<sup>425</sup> El 15 de julio de 1933 Azaña anotaba en su diario: «Algunos redactores y colaboradores del *Sol* y la *Voz* han sido despedidos; otros se han marchado voluntariamente; entre éstos, Francisco Ayala, con quien no me une ninguna amistad particular. Se ha marchado porque le parece detestable lo que se ha hecho con esos periódicos, como dejó de asistir a las tertulias de Ortega en la *Revista de Occidente* porque no podía resistir lo que allí se decía de mí. Nada de esto me lo ha contado Ayala, que ha tenido la delicadeza de no participarme siquiera su separación del *Sol*» (*Diarios, 1932-1933, «Los cuadernos robados», ob. cit., p. 399*).

<sup>426</sup> En su anotación del 1 de septiembre de 1933, Juan Guerrero Ruiz alude al fin de las colaboraciones de Juan Ramón en *El Sol*, motivadas, sólo en parte, por la situación a la que nos hemos referido: «Hablamos de su cese como colaborador en *El Sol*, que tuvo por causa el haberse portado mal con él, y además, el haber salido también del periódico las personas que le habían ayudado, como Juan José Domenchina, etc. Éste le habló en nombre de Azaña, para decirle que estaba muy agradecido a él por haber retirado su colaboración al salir sus amigos de aquel diario. Claro que él no lo hizo por una razón política, a la que permanece ajeno, sino porque le pareció digno: habiendo sido invitado a colaborar por unas personas, al salir éstas y volverse contra ellas el periódico, no encontraba decoroso continuar» (*Juan Ramón de viva voz (Texto completo). Volumen II (1932-1936). Prólogo y notas de Manuel Ruiz-Funes Fernández. Valencia, Editorial Pre-Textos (Hispanicas, 390), 1999, p. 104*).

que se encontraban José Venegas, Arturo Serrano Plaja y José Moreno Villa. De la dirección se ocupó Fernando Vela —el fiel colaborador de Ortega y Gasset—, un regreso que, según se afirmó en el editorial publicado el 16 de julio de 1933, constituía «la garantía más firme de que *El Sol* va a mantener más que nunca su programa inicial, que tanto lo enalteció»<sup>427</sup>, volviendo «a la recta que en catorce años, desde 1917 a 1931, elevó a este periódico a los primeros rangos de la Prensa, merced a un crédito fundado ante todo en un justo criterio de verdad e imparcialidad y en una concepción de la política que siempre lo situó a la cabeza de los grandes movimientos de amplitud nacional»<sup>428</sup>. Desapareció desde entonces el apoyo político a Azaña, y «las alabanzas se trocaron en acerbas críticas»<sup>429</sup>. Miquel, cuya situación económica era insostenible, «entró en contacto con don Juan March», que ofreció «su prensa» —*El Sol*, *La Voz y Luz*, periódicos a los que había entregado medio millón de pesetas— a Azaña a cambio de conseguir la libertad<sup>430</sup>. A primeros de octubre de 1933, Miquel entabló negociaciones con personalidades del Partido Radical, que le facilitaron «ciento cincuenta mil pesetas para evitar que perdiese el control de los tres diarios», por lo que exigió a los directores de *El Sol* y *Luz* «"que acentuasen todo lo posible la orientación conveniente a la política nacional encarnada por D. Alejandro"»<sup>431</sup>. En consecuencia, «Acción Republicana y su prestigioso líder afrontarán las elecciones de noviembre de 1933 con parco apoyo periodístico en Madrid»<sup>432</sup>.

---

<sup>427</sup> «A nuestros lectores», *El Sol*, Madrid (16 de julio de 1933), p. 1.

<sup>428</sup> *Idem*.

<sup>429</sup> María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, ob. cit., p. 418.

<sup>430</sup> Cfr. Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset. El Sol, Crisol, Luz (1917-1934)*, ob. cit., tomo II, p. 546.

<sup>431</sup> María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. 3. El siglo XX: 1898-1936*, ob. cit., p. 419.

<sup>432</sup> Antonio Checa Godoy, *Prensa y partidos políticos durante la II República*, ob. cit., p. 114.

En el mes de diciembre se produjo la vuelta anunciada de Ortega y Gasset a *El Sol*<sup>433</sup>. Dos meses después desaparecían las habituales colaboraciones de Salazar Chapela en el periódico en el que había permanecido ininterrumpidamente durante siete años. Con su último trabajo, una reseña de la segunda edición de *El profesor inútil*, de Benjamín Jarnés, concluía su etapa como crítico literario, actividad a la que sólo regresaría de forma circunstancial en el futuro.

#### 4.3.2.1. La hoja literaria

Los avatares referidos afectaron también al contenido literario del periódico, cuya calidad disminuyó notablemente en estos años. Desde la primavera de 1931, Pedro Murlane Michelena, quien, según recordó Ledesma Miranda, había abandonado «el Bilbao de su primera gran jornada intelectual y periodística para dirigir la página literaria de *El Sol*»<sup>434</sup>, impuso en la sección

---

<sup>433</sup> En aquellas fechas, se negoció el regreso al rotativo de Unamuno, a quien el Consejo de Administración de *El Sol* le exigía que, si reanudaba su colaboración en el periódico, dejara de escribir en *Ahora*, pues querían contar con él en exclusiva. En la carta que José María Quiroga Pla le remitió a Unamuno el 16 de diciembre de 1933, en la que le hablaba al filósofo de la conversación mantenida con Vela al respecto, le informó también de las dificultades económicas por las que atravesaban *El Sol*, *La Voz y Luz*, aunque «Vela creía que esa situación cambiaría gracias a ciertas gestiones que andaban haciéndose». Sin embargo, las negociaciones fracasaron poco después «por obra de Miquel, que, por las cosas que yo sabía», escribió Quiroga Pla, «y las que ayer me contó Vela, es un loco, pero de los de manicomio». En resumidas cuentas, que «*El Sol* queda en el aire. O puede dejar de publicarse de un momento a otro, o, lo que es más probable: pasar otra vez a manos del grupo de amigos de Azaña (Tenreiro, Amós Salvador, Guzmán, Pastor, el banquero, entre otros), que reducirían las colaboraciones y la retribución de las mismas. El parecer de Vela, por tanto, es que siga V. con su colaboración en *Ahora*», concluía Quiroga Pla, «ya que si se decidiese, en la disyuntiva, por colaborar exclusivamente en *El Sol*, se encontraría usted, dentro de poco, en las mismas de cuando tuvo que romper con el Guzmán y compañeros» (*Miguel de Unamuno y José María Quiroga Pla. Un epistolario y diez Hojas Libres*. Al cuidado de Rafael Martínez Nadal. Madrid, Editorial Casariego (Españoles en la Gran Bretaña, 6), 2001, pp. 211-212).

<sup>434</sup> Ramón Ledesma Miranda, *Historias de medio siglo*. Madrid, Editora Nacional, 1965. Murlane Michelena había colaborado en la revista bilbaína *Hermes* (1917-1922). En esa ciudad formó parte de la denominada «Escuela Romana del Pirineo», grupo

«un imperialismo literario»<sup>435</sup> que sólo sirvió para acelerar su espectacular declive. Su firma –situada al pie de artículos destacados–, como las de Eugenio Montes o José María Alfaro, ocupó el lugar que habían dejado los nombres de los escritores y críticos literarios que abandonaron la redacción con Urgoiti y Ortega y Gasset. Las reseñas, a las que se les concedió muy poca relevancia, fueron encomendadas, en su mayoría, a colaboradores cuya identidad, oculta a menudo bajo una o varias iniciales, no se creyó conveniente revelar.

Desde que, a mediados de 1932, se produjo el cambio de titularidad del periódico, se efectuaron algunas modificaciones en su hoja literaria, en la que empezaron a colaborar Francisco Ayala, Juan José Domenchina y Juan Ramón Jiménez, entre otros. En enero de 1933<sup>436</sup>, la sección «Revista de

---

prefascista en el que se integraron también Ramón Bastera, Sánchez Mazas y José Félix de Lequerica, entre otros. Aunque vivió de su trabajo como escritor, su nombre –ha recordado Andrés Trapiello– «no aparece en ningún diccionario de la literatura, él que tanto los fatigó, pues siempre propalaron los malevos que sus doctos y pendolados artículos eran fusilamientos de diccionarios, enciclopedias y vademécums de la cultura» (*Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*. Barcelona, Editorial Planeta (Espejo de España, 166), 1994, p. 374).

<sup>435</sup> Carta de Pedro Salinas a Gerardo Diego fechada en Madrid el 24 de febrero de 1932; reproducida por Gabriele Morelli en *Historia y recepción de la Antología poética de Gerardo Diego*, ob. cit., p. 207. En la misma misiva, Salinas atribuyó a Mourlane y a los escritores bilbaínos que habían llegado con él a la redacción de *El Sol* «cierta embozada reserva hacia nosotros. No somos bastante barrocos, bastante clasicistas y amigos del orden; y además nada bilbaínos y poco universales. Ya ha visto Vd. la preciosa adquisición que han hecho ahora con Javier de Izazara [*sic*], tráfuga del *ABC*, ya que no es sino el tristemente célebre Sánchez Mazas. Y no digo nada de otros colaboradores como un nombrado Gamito Iturralde, fecundo autor de faceciasseudoliterarias risibles» (*idem*). Estos comentarios fueron realizados a propósito de la resistencia de algunos responsables de *El Sol*, entre los que se encontraba Javier de Izara –es decir, Sánchez Mazas– a publicar un artículo de Gerardo Diego sobre *Soledades juntas*, de Manuel Altolaguirre. El texto vio la luz finalmente el 11 de marzo de 1932. Ese mismo día, Vicente Aleixandre se refería también a este asunto en la carta que le remitió a Gerardo Diego: «Alguien de los que mangonean la página literaria de *El Sol* le había puesto el pie encima para hacer el silencio en torno a ese libro, no sé por qué, por envidia y rencor, tristeza del bien ajeno, seguramente» (*ibidem*, p. 214).

<sup>436</sup> El día 15 de ese mismo mes, escribía Manuel Azaña tras conversar con Luis Bello y con Luis Martín Guzmán: «*El Sol* y *La Voz* perdieron el año pasado cuatrocientas mil pesetas; su presupuesto mensual (el de estos dos periódicos) asciende a quinientas

libros» pasó a denominarse «Los libros», pero la reforma no mejoró sustancialmente su contenido, necesitado de una urgente revisión, aunque fueran otras las razones que se esgrimieron en junio de 1933 al anunciar algunos cambios previstos<sup>437</sup>. Menos de un mes después, Jorge Guillén comunicaba a Juan José Domenchina sus impresiones: «Observo cambiada de modo capital la página literaria de *El Sol*. ¿Qué ha ocurrido?»<sup>438</sup>. Tras la llegada de Fernando Vela a la dirección, la información literaria dejó de publicarse en la página 2, como había sido habitual hasta entonces, para pasar a ocupar, de acuerdo con las necesidades del periódico, otros espacios menos relevantes. Pero eso no fue lo único, como advirtió Vicente Aleixandre en la carta que le remitió a Dámaso Alonso el 22 de julio de 1933: «Ya habrás visto», le decía, «que *El Sol* ha quitado a los poetas el pequeño subsidio. Ha sido, por lo visto, la primera medida de Fernando Vela al encargarse de la Dirección: azañismo y poesía han desaparecido de aquellas columnas»<sup>439</sup>.

---

cincuenta mil. Y no tienen publicidad. La política los ha dejado en seco. La gente que anuncia se va al *ABC*» (*Diarios, 1932-1933, «Los cuadernos robados», ob. cit., p. 138*).

<sup>437</sup> La nota, insertada en el número publicado el domingo 11 de junio de 1933 (p. 2), decía así: «En breve esta página se consagrará exclusivamente a la crítica de libros importantes. De cuantos vean la estampa en Europa o en América nos ocuparemos aquí, y ojalá el lector encuentre en estas columnas un correo bibliográfico y una guía de cierto interés. Emprendemos esta labor porque España, que posee algunas revistas excelentes, no cuenta con las de divulgación literaria que el lector medio está necesitando. De llenar hasta donde sea posible esta deficiencia se trata».

<sup>438</sup> Viente Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego y Jorge Guillén, *Cartas a Juan José Domenchina*. Edición de Amelia de Paz. Málaga, Centro Cultural de la Generación del 27 (El Paraíso Desdeñado, 1), 1997, p. 27.

<sup>439</sup> Vicente Aleixandre, *Correspondencia a la Generación del 27 (1928-1984)*. Edición de Irma Emiliozzi. Madrid, Editorial Castalia (Literatura y Sociedad, 72), 2001, p. 95. Emiliozzi afirma, a propósito de este comentario, que «entre septiembre y octubre, con alguna reaparición, *El Sol* elimina la breve sección de la página 2, titulada "Versos inéditos"», aunque la fecha de la carta de Aleixandre no concuerda con esos datos. El periódico contó también con otra sección, denominada «Versos del lector», que empezó a publicarse el 3 de junio de 1933 (p. 2). En esta primera ocasión, el poema de Juan Antonio Melgado apareció precedido de la siguiente nota: «*El Sol* inicia hoy en su Sección poética

Con la llegada de Vela a *El Sol* disminuyó la presencia de Salazar Chapela en el apartado reservado a las reseñas de libros, labor que realizó de forma muy desigual desde 1931. Entre ese año y febrero de 1934, el escritor publicó un total de ciento once notas críticas, la mayoría de las cuales –sesenta y cuatro– vieron la luz entre enero y junio de 1933<sup>440</sup>. En ellas descubrimos el escaso entusiasmo con el que Salazar Chapela se enfrentó al comentario de los libros que tuvo que reseñar, títulos publicados por la CIAP y por otras conocidas editoriales –muchas de ellas madrileñas– que fueron promocionados, por razones diversas –incluidos los contratos publicitarios que tenían suscritos con el periódico– desde las páginas de *El Sol*. Iniciado 1933, aumentó de forma considerable la atención que hasta entonces se le venía prestando en el diario a los libros editados por algunas casas editoras barcelonesas, entre las que destacan Bauzá, Araluce, Labor, Montaner y Simón, Juventud, Maucci y Editorial Apolo, empresa esta última que Salazar Chapela elogió «lo mismo por la bondad de sus obras que por el esmero, pulcritud y elegancia de sus ediciones»<sup>441</sup>. Este tipo de comentarios y los que realizó cuando estableció relaciones entre distintas obras y diferentes autores,

---

la inserción de aquellas colaboraciones que por su dignidad de forma y por su contenido merezcan publicarse. Los versos de este origen aparecerán siempre bajo el título de *Versos del lector*, y su frecuencia en nuestras columnas irá siendo mayor, a medida que las exigencias de espacio nos lo permitan». Ignoramos en qué se basa Ana M. López Mancebo (*Esteban Salazar Chapela. Un español en Londres (Literatura del exilio, 1936-1965)*, *ob. cit.*, p. 216) para afirmar que Salazar Chapela se ocupó «de la selección de los poemas que remitían al diario y que eran incluidos en "Versos de los lectores" [*sic*]», responsabilidad que extiende, sin justificar tampoco, a la sección «Figuras del instante», en la que se incluyeron caricaturas y breves textos al pie de los escritores que acababan de publicar alguna novedad editorial.

<sup>440</sup> La desigual frecuencia con la que el escritor redactó reseñas para el periódico se debió no sólo a su disponibilidad, condicionada inicialmente por su trabajo en la CIAP, sino a los cambios de dirección y de línea editorial que sufrió *El Sol* en estos años. Las cifras del total de notas críticas publicadas entonces resultan, en ese sentido, muy elocuentes: 1931, 18; 1932, 7; 1933, 83; 1934, 3: Conviene señalar, a este respecto, que muchas de las reseñas que vieron la luz en la página literaria de *El Sol* aparecieron sin firma, sobre todo durante el segundo semestre de 1933.

<sup>441</sup> E. S. y Ch., «Giovanni Papini: *Dante vivo*. Traducción de Mario Verdaguier», *El Sol*, Madrid (26 de agosto de 1933), p. 4.

cuando señaló ciertas tendencias y cuando ofreció su visión de la evolución de la literatura y del pensamiento ocuparon buena parte del espacio de que disponía para analizar los libros que le habían sido encomendados, textos a los que se refirió muy superficialmente en numerosas ocasiones y de los que extrajo largas citas textuales que incorporó a la redacción en el lugar en el que debiera haber situado su valoración personal del libro<sup>442</sup>. Silenció así los juicios que, por razones que no podemos llegar a determinar, no estaba dispuesto a emitir, y se detuvo sólo en los valores positivos de las obras, por mínimos que éstos fueran. En su lectura crítica, se olvidó a menudo de los criterios estéticos, argumentos que sustituyó en más de una ocasión por sus convicciones ideológicas –traídas a colación a propósito de la actualidad política–, persuadido como estaba de que, desde el 14 de abril de 1931, España había entrado en una nueva era.

En cuanto a los géneros literarios de los que se ocupó, cabe señalar, una vez más, el escaso interés que suscitó en Salazar Chapela la literatura dramática. En este último período como crítico literario de *El Sol* se detuvo únicamente en dos volúmenes. El primero, *Todo un hombre*, escenificación de la novela de Unamuno *Nada menos que todo un hombre*, venía a demostrar «el respecto al original con que Julio de Hoyos acometió y realizó» su trabajo<sup>443</sup>, presentado al público de Madrid en plena Dictadura de Primo de Rivera, por lo que se suprimió el nombre del autor en los carteles y los anuncios. Entonces, «la crítica teatral, Díez-Canedo, Almagro y Mesa», elogió, entre otros aspectos, la fidelidad al vocabulario de Unamuno y el «respeto absoluto

---

<sup>442</sup> Así sucede, por ejemplo, en la reseña del libro antes citado, *Dante vivo*, y también en la de *Mahatma Gandhi*, de Juan Guixé, en la que un tercio del texto lo ocupan las palabras pronunciadas por el biografiado con motivo de la creación de la Universidad Nacional de Gujerat (cfr. E. S. y Ch., «Guixé, Juan: *Mahatma Gandhi. El libro del pueblo*», *El Sol*, Madrid (30 de abril de 1931), p. 2).

<sup>443</sup> E. S. y Ch., «Hoyos, Julio de: *Todo un hombre*», *El Sol* (20 de mayo de 1931), p. 2.

para con caracteres y escenas» de Hoyos. «Por su temperatura moral», el protagonista, Alejandro Gómez —«sin duda alguna el personaje más unamuneco de todas las novelas del gran vasco»—, le recordaba a Salazar Chapela al personaje principal de *El placer de la honradez*, de Pirandello, «lo que no significa que uno de ellos pueda ser calco de otro». Para terminar, el crítico expresaba su deseo de que la publicación de esta escenificación de una novela del escritor bilbaíno sirviera «para que el público de España y América vuelva a las grandes novelas de Unamuno: *Paz en la guerra*, *La tía Tula*, *Abel Sánchez*, *Niebla*», seguramente sus obras preferidas.

Dos años después, Salazar Chapela comentó la aparición de *El sembrar en buena tierra*, de Lope de Vega<sup>444</sup>, en la «Colección Universal», de Espasa-Calpe, a la que le dedicó unas cumplidas palabras<sup>445</sup>, tantas que apenas le quedó espacio para referirse a las «millares de comedias» que escribió el autor, a la clasificación de su producción dramática y, justo al final de la nota, a *El sembrar en buena tierra*, cuyo argumento resumió Salazar Chapela antes de advertir que le era imposible detenerse «en otro tipo de examen (son muchos los que se podrían hacer)». Dicho esto, se limitó «a señalar el carácter magistral de esta comedia, su delicadeza costumbrista, su gracia y su ingenio», aspectos que ilustró con sendas citas de la obra, texto que sin duda

---

<sup>444</sup> E. S. y Ch., «Lope de Vega Carpio: *El sembrar en buena tierra*», *El Sol*, Madrid (1 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>445</sup> «Pocas colecciones españolas merecen un aplauso tan ferviente como esta de Espasa-Cape: la Colección Universal. Como es sólito que las editoriales cedan por espíritu de conservación a las exigencias del momento, la singularidad de aquella serie de libros, ya una biblioteca magnífica, cobra caracteres ejemplares. El plan trazado en esta selección —amplísimo en el tiempo, pero también en el espacio, puesto que abarca a España y al Extranjero, a lo clásico y a lo actual— sigue cumpliéndose con excelente ímpetu». Y es que, añadió Salazar Chapela después de recordar algunos de los últimos títulos aparecidos, «una editorial carece de sentido (de sentido pedagógico, el único que debe asistir, según nosotros, a una empresa que "comercia con los espíritus", los libros) si no incluye en sí misma, a semejanza de la colección aludida, un programa donde cada punto u obra representa una fuente de educación» (*idem*). Es evidente que Salazar Chapela no se había contagiado del espíritu mercantilista de la CIAP, a pesar del tiempo que había trabajado en aquella empresa.

había leído, o releído, aunque no fuera el tipo de lectura que más le interesara en aquellos momentos.

La lírica, la narrativa y el ensayo son, por este orden, los géneros a los que pertenece el mayor número de reseñas localizadas. A ellas se añaden, en proporción considerable, las notas críticas en las que Salazar Chapela reflexiona y comenta algunas de las muchas biografías que vieron la luz en aquellos años. No pertenecen a ese género, aunque así se consigne en el encabezamiento de la reseña que preparó Salazar Chapela, *Las confesiones*, de Rousseau, autor al que consideraba un maestro en este «arte literario» tan próximo a «otros géneros literarios íntimos» como el diario<sup>446</sup> o la epístola<sup>447</sup>. Rousseau vivió «en este concierto de claridad, agilidad y elegancia, un tanto frío por abstracto, del siglo XVIII»<sup>448</sup>. Igual que Voltaire y Diderot, proclama «la razón como brújula»; desea «libertar al espíritu humano. Pero arrastra con todo ello un alma ensoñadora, apasionada, arrebatada; cree en la bondad primigenia del hombre; adora a la naturaleza; su mundo es tanto de la razón como de la sensibilidad». Por todo ello «su moral es de orden sentimental». Así se observa en su prosa, en la que se dan

---

<sup>446</sup> A este último pertenece *Camino de imperfección*, de Rufino Blanco-Fombona. Al comentarlo, Salazar Chapela recordó que un autor se decide a escribir un diario por razones sentimentales, intelectuales o estéticas, por lo que «escribir un diario es empujar heroicamente tres dimensiones de la vida, cada una de las cuales, sea la sentimental, la intelectual o la estética, vale, si es intensa, por una vida» (E. S. y Ch., «Blanco-Fombona, R.: *Camino de imperfección*», *El Sol*, Madrid (16 de marzo de 1933), p. 2).

<sup>447</sup> Sobre su naturaleza se pronunció también en la reseña que escribió a propósito de la publicación de *El sedimento de la lucha (vida e ideas)*, de Ángel Ossorio. El volumen apareció en la colección «Confesiones de nuestro tiempo», que había empezado a dirigir para la editorial Aguilar Juan Guixé: «No se olvide que la palabra confesión (o el género de las confesiones, género en buena parte literario, a semejanza de sus congéneres íntimos, el diario, las memorias, la epístola) tiene su arranque genial en San Agustín. Confesarse literariamente es hacerlo en público, de igual suerte que los antiguos cristianos» (E. S. y Ch., «Ossorio, Ángel: *El sedimento de la lucha (vida e ideas)*», *El Sol*, Madrid (29 de noviembre de 1933), p. 4).

<sup>448</sup> E. S. y Ch., «Rousseau, J. J.: *Las confesiones*», *El Sol*, Madrid (2 de septiembre de 1933), p. 4.

la mano el racionalismo y el sentimiento. Rousseau es, afirma Salazar Chapela, un poeta, un artista. «Como poeta y como artista, Rousseau es alternativamente tierno, irónico, áspero, voluptuoso; como poeta y como artista, lleva a la tortura el trabajo de la expresión». *Las confesiones* –«desahogo magistral de un alma sensible, arrebatada, desventurada»– es, en su opinión, la obra que mejor revela su «magnífico espíritu contradictorio». En ella se encuentra

lo mejor y lo peor del artista, confesado y aventado a los cuatro vientos en una actitud no sabemos hasta qué punto cínica o cristiana... No importan de esta obra ni siquiera sus posibles deformaciones de la verdad, puesto que al extremo de cada hecho está la auténtica rúbrica personalísima del escritor. Una rúbrica de largo aliento, complicada y apasionada, como corresponde a la naturaleza romántica (o prerromántica, si nos atenemos a la cronología literaria) de Juan Jacobo Rousseau.

Al lado de esta obra, por la que siempre se sintió atraído<sup>449</sup>, «las confesiones posteriores más eminentes: las humorísticas de Quincey, las religiosas de Tolstoi, las sensuales de Musset», quedaban ensombrecidas. Ya en su tiempo, Salazar Chapela valoró muy positivamente *El dolor de escribir*, del argentino Manuel Ugarte. «Un libro de confidencias y recuerdos como éste [...] siempre es un libro melancólico», afirmó<sup>450</sup>. Llega al lector «con un atuendo sentimental, a veces lírico, en cuyo fuerte o débil estremecimiento deja columbrar el escritor buena parte de su intimidad. Aquí están las verdades o las mentiras en las cuales se apoyaron unos actos, una existencia;

---

<sup>449</sup> Durante toda su vida Salazar Chapela aprovechó cualquier oportunidad para alabar la calidad literaria de *Las confesiones* (cfr. carta a Max Aub fechada en Londres el 21 de marzo de 1964, ABMA). También Benjamín Jarnés expresó la admiración que sentía por este libro, que comparó con el *Diario*, de Amiel, volumen que, como ha sido dicho, Salazar Chapela había empezado a ver con ojos críticos: «¡Qué distancia entre las *Confesiones* y el *Diario*! Amiel es incapaz de provocar revoluciones. Su libro no es de acción. Es un manual para inhibidos [...]. Mientras el ardiente libro de Rousseau es un potente reactivo. Una nueva literatura, un nuevo arte arranca de él. ¡Fiebre genial!» (*Feria del Libro* [1935], en *Obra crítica*. Introducción, edición y notas de Domingo Ródenas de Moya. Zaragoza, Institución «Fernando El Católico», Excma. Diputación de Zaragoza, 2001, p. 228).

<sup>450</sup> E. S. y Ch., «Ugarte, Manuel: *El dolor de escribir (confidencias y recuerdos)*», *El Sol*, Madrid (14 de junio de 1933), p. 2.

la enumeración de preferencias y repugnancias; el recuerdo vivo de personas, obras, ciudades», porque «un libro de confidencias y recuerdos es siempre una mirada amorosa a nuestro pasado»<sup>451</sup>.

#### 4.3.2.1.1. La moda biográfica

«No es cuestión de dilucidar los motivos por los cuales la biografía (historia, una rama directa de la Historia, por mucha literatura que le echemos encima», escribió el crítico en mayo de 1933, «gana prosélitos entusiastas, al paso que su hermana en la ficción, la novela, pierde por día su clientela»<sup>452</sup>. Este fenómeno podía deberse al «interés directo por la realidad» y, tal vez, a «una estimación mayor, acaso que nunca, por el individuo o por el hombre». Sea como fuere, lo cierto es, prosiguió Salazar Chapela, «que su papel ha subido considerablemente (a lo más, desde cinco años a la fecha) entre autores, lectores y editores». De hecho, «desde el año crucial de 1930», la biografía «se cultiva con profusión y hasta con exceso»<sup>453</sup>. Pero lo que al

---

<sup>451</sup> El crítico elude utilizar el término «memorias» al referirse a este libro, aunque ése es el género al que pertenece, según consta en el título que encabeza la reseña. Este marbete fue utilizado también para presentar las *Aventuras eróticas del duque de Richelieu contadas por él mismo*, cuya lectura, como la de las memorias de Casanova, le sirvió a Salazar Chapela para convencerse «de la botatería de los donjuanes reales (que nada tienen que ver [...] con la figura legendaria y poética, creación pura, puesto que es aspiración e idealización de un artista)» (E. S. y Ch., «Florida, Alonso: *Aventuras eróticas del duque de Richelieu contadas por él mismo*», *El Sol*, Madrid (1 de agosto de 1933), p. 4). Mucho más interesante le pareció a Salazar Chapela el relato testimonial de Marthe Mackenna, del que ya había ofrecido un adelanto el periódico inglés *Sunday Despatch*, según había podido leer el escritor el verano anterior. Como Remarque, la autora rememora su experiencia, «sin adorno estético», en este caso como enfermera y espía durante la Primera Guerra Mundial. «La novela más interesante no alcanza la emoción del relato de tales trabajos», asegura Salazar Chapela antes de advertir que «estos libros, escritos sin pretensiones estéticas y sin pretensiones pacifistas, son los mejores para reforzar el deseo de paz» (E. S. y Ch., «Mackenna, Marthe: *Souvenirs d'une espionne*», *art. cit.*).

<sup>452</sup> E. S. y Ch., «Mariano Tomás: *Vida y desventuras de Cervantes*», *El Sol*, Madrid (3 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>453</sup> Óscar L. Ayala, «El fin de la vanguardia: de la crisis de la novela al éxito de la biografía en España. El ejemplo de Antonio Espina», en Antonio Espina, *Audaces y*

crítico le sorprendía es que existiera «una como limitación en el tiempo, un tope, acaso el siglo XVIII», por el que quedaban excluidos de la ya mencionada fiebre biográfica los personajes de esa y de otras centurias anteriores. «El interés de una figura no depende de su proximidad a nosotros», sentenció Salazar Chapela, «sino exclusivamente de su valor o magnitud». Por ello convendría «que los cultivadores del género, al menos en España, pasaran del XIX al XVIII, para continuar por el XVII...». Era ésta «una modesta idea editorial, por ello mismo amante de la cultura», que el crítico brindaba «a la Empresa española encargada de ofrecernos las mejores biografías del XIX»; esto es, a Espasa-Calpe, editora de la ya citada colección «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», de la que Salazar Chapela reseñó dos volúmenes. El primero, *Prim, el caudillo estadista*, escrito por Emeterio S. Santovenia, mereció todos los elogios del crítico, a quien la obra le pareció «el más acabado retrato de esta gran figura del XIX»<sup>454</sup>. En *La santa furia del padre Castañeda*, Arturo Capdevila describe «con exquisita ternura –así para el padre Castañeda como para el siglo XIX argentino, particularmente porteño– «la personalidad originalísima [...], patética e ingenua, arrebatada y niña a la vez» del biografiado, en cuya pintoresca vida sabe encontrar Capdevila «la naturaleza pura y desnuda, limpia, noble», de un hombre<sup>455</sup>.

---

*extravagantes y otros aventureros con fondo ambiental*. Madrid, Ediciones Libertarias/Prodhufi (Ensayo, 101), 1996, p. 24. Enrique Serrano Asenjo, por su parte, afirma también que «el máximo auge biográfico coincide con los tiempos neorrománticos de la literatura de "avanzada" que definió José Díaz Fernández, también biógrafo» (*Vidas oblicuas: Aspectos teóricos de la nueva biografía en España (1928-1936)*). Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza (Humanidades, 41), 2002, p. 147).

<sup>454</sup> E. S. y Ch., «Emeterio S. Santovenia: *Prim, el caudillo estadista*», *El Sol*, Madrid (23 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>455</sup> E. S. y Ch., «Capdevila, Arturo: *La santa furia del padre Castañeda. Cronicón porteño de frailes y comefrailes, donde no queda títere con cabeza*», *El Sol*, Madrid (29 de marzo de 1933), p. 2.

También la CIAP se sumó a la publicación de volúmenes biográficos, algunos de los cuales vieron la luz, a causa de la buena acogida que les dispensó el público, después de que la empresa se viera obligada a declararse en suspensión de pagos. Es el caso de *Olózaga, el precoz demagogo*, de Aurelio Matilla, en el que descubrió Salazar Chapela no sólo la vida del denominado «Mirabeau español», sino también la vida nacional, la historia de nuestro siglo XIX. En el libro, el crítico pudo constatar que no hay «nada mejor para el éxito de un trabajo de esta naturaleza», además del talento del narrador y la documentación empleada, que «la compenetración con la figura a biografiar»<sup>456</sup>. En los talleres de la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones se imprimió asimismo *Mahatma Gandhi*, un «estudio de la vida y la obra» de «la figura internacional política más trascendental del momento, cuya actitud pasiva, anarquista y cristiana a un tiempo, viene realizando en la India una ingente labor revolucionaria contra Inglaterra»<sup>457</sup>. Juan Guixé, su autor, había compuesto un libro «breve, pero muy completo»; la obra española que mejor había expuesto, hasta el momento, la vida y la obra de un personaje cuya figura «menuda, insignificante» veía el crítico asiduamente en diarios y revistas, sin «deducir por ella su fuerza ni su fascinación ante los suyos».

El auge del género favoreció la publicación de volúmenes que reúnen las biografías de personalidades afines, como sucede en *Vida de filósofos*, en el que Fenelón revisa brevemente la vida de veintiséis pensadores. «El valor de cada uno de estos retratos no hace alto en el interés de Fenelón, en cuanto Fenelón pusiera en ellos de observación, cultura y estilo», afirmó Salazar Chapela. «Va más allá este interés, puesto que lo hay, como su autor se lo

---

<sup>456</sup> E. S. y Ch., «Matilla, Aurelio: *Olózaga, el precoz demagogo*», *El Sol*, Madrid (4 de abril de 1933), p. 2.

<sup>457</sup> E. S. y Ch., «Guixé, Juan: *Mahatma Gandhi. El libro del pueblo*», *art. cit.*

propuso, educativo e instructivo»<sup>458</sup>. En *La curación por el espíritu*, Stefan Zweig aborda la trayectoria de tres figuras representativas de las terapias dirigidas a las «"enfermedades del alma"»: Francisco Antonio Mesmer, Mary Baker-Eddy y Sigmund Freud. «El hermoso ensayo» dedicado a este último «representa las páginas más exactas sobre esta personalidad relevante»<sup>459</sup>. Aquí, asegura Salazar Chapela, «está Freud por entero: su personalidad personal, su personalidad científica, el sentido de sus descubrimientos sexuales, su exploración en el subconsciente, los "actos fallidos", su interpretación de los sueños, el poder de investigación del psicoanálisis».

El comentario sobre *Esquema biográfico universal*, una antología compuesta por ciento dieciséis biografías escritas «con la sana intención de que surtan un fin educativo» —según expone Luis del Arco Muñoz en el prólogo<sup>460</sup>—, suscita en el crítico una reflexión acerca del interés que puede tener el género para el público infantil. La biografía no es sino «el relato de la vida de un personaje, las hazañas de un hombre, los actos de un héroe —en la conquista, en la exploración, en la marina, en el viaje—», razón por la cual tiene que agradar necesariamente al niño, a quien, «antes que la biografía, y acaso como introducción a la misma», se le proporcionan cuentos y leyendas. Pero «la biografía, hoy tan en boga por lo que a los adultos se refiere, ha perdido mucho terreno, al menos desde el punto de vista pedagógico, en la escuela primaria». La enseñanza de la Historia, reconoce Salazar Chapela —licenciado en esa materia—, «rechaza en la actualidad el método biográfico», acaso por considerarlo contraproducente dado su carácter individual. Ello no le supone al crítico inconveniente alguno a la hora de apreciar la validez de

---

<sup>458</sup> E. S. y Ch., «Fenelón: «*Vida de filósofos*», *El Sol*, Madrid (5 de abril de 1933), p. 2.

<sup>459</sup> E. S. y Ch., «Zweig, Stefan: *La curación por el espíritu (Francisco Antonio Mesmer, Mary Baker-Eddy, Sigmund Freud)*», *El Sol*, Madrid (13 de diciembre de 1933), p. 4.

<sup>460</sup> E. S. y Ch., «Arco Muñoz, Luis del: *Esquema biográfico universal*», *El Sol*, Madrid (12 de mayo de 1933), p. 2.

este «libro de lectura histórica» en el que se ofrecen «sencillas, claras y amenas» estampas de Viriato, Juana de Arco, Napoleón y otros personajes «que intervienen en la Historia de modo personal».

Con gran curiosidad leyó Salazar Chapela las biografías de tres escritores muy dispares. La de Chaucer, creada por Chesterton, le había servido a éste «para darnos una visión personal de la Edad Media»<sup>461</sup>. *Dante vivo* es «una biografía integral del genio», escrita por Giovanni Papini y traducida por Mario Verdaguer, en la que el autor de *La Divina Comedia* «aparece humanizado, distante de la figura hierática, ya mítica por tradicional, con que la iconografía ha solido representarle»<sup>462</sup>. Se trata, afirmó el crítico, de un libro «interesante [...] en virtud de su tema» e interesante también «por su autor, que ha puesto amor grande, o sea comprensión grande, en todos y en cada uno de sus capítulos». Muy «entusiasta» se muestra Francisco Caravaca en *Ángel Guimerá, poeta de Cataluña*, al que llega a parangonar con «Shakespeare, Victor Hugo, Ibsen...», comparación que a Salazar Chapela le parece excesiva, sin pretender «disminuir, aunque sea literariamente, el tamaño de nadie»<sup>463</sup>. En realidad, sólo desea recordar que «el mayor obsequio que se puede hacer a una gloria es aquilatarla justamente», afirmación que reitera cuando comenta la biografía de Manuel Amador Guerrero, fundador de la República de Panamá. El escritor, añade en esta nota el crítico, debe

---

<sup>461</sup> E. S. y Ch., «Chesterton, G.K.: *Chaucer*», *El Sol*, Madrid (7 de junio de 1933), p. 2.

<sup>462</sup> E. S. y Ch., «Giovanni Papini, *Dante vivo*», *art. cit.*

<sup>463</sup> E. S. y Ch., «Caravaca, Francisco: *Ángel Guimerá, poeta de Cataluña*», *El Sol*, Madrid (27 de abril de 1933), p. 2. El escritor dio muestras de su ecuanimidad a la hora de calibrar el valor literario de otros escritores de su generación y también del suyo propio, como hemos demostrado en «"Mérimée frente a Victor Hugo": la correspondencia entre Esteban Salazar Chapela y Max Aub», en Manuel Aznar Soler (ed.), *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*. Actas del III Congreso Internacional celebrado en la Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 17 a 21 de noviembre de 2003 (en prensa).

dibujar su perfil espiritual junto con su trascendencia en la Historia, para mostrar a los ojos de propios y extraños una suma ejemplar de valores. En esta suerte de evidenciación, según la cual ha de quedar una figura iluminada y explicada, acaso no haya medio ni procedimiento mejor que la biografía, sobre todo si se trata, como en el caso que nos ocupa, de un político, de un hombre de acción<sup>464</sup>.

La figura de Riego también «exigía un estudio que iluminase sin pasión, pero con amable cordialidad, los rasgos esenciales del héroe», cuya personalidad, «mal comprendida en la mayoría de los casos», compone *Eugenia Astur* en un libro, «tan sereno como documentado», en el que se incluyen unas páginas de Unamuno sobre el liberalismo del siglo XIX y un prólogo de Miguel Maura. Por todo ello, Salazar Chapela recomendó su lectura, sobre todo a quienes quisieran «penetrarse del liberalismo castizo español», y desearan «conocer de Riego algo más que su música de triunfo»; esto es, su himno, hoy de nuestra República, recordó Salazar Chapela con orgullo<sup>465</sup>.

#### 4.3.2.1.2. La lírica

El escritor no se mostró tan satisfecho como lo estaba por razones políticas con la escasa producción lírica española del momento. Añoraba el esplendor vivido durante 1927 y 1928, un pasado al que regresó, de una u otra manera, al comentar algunos de los poemarios —ocho— que vieron la luz en los primeros años treinta. El tiempo transcurrido le había proporcionado una perspectiva de la que carecía entonces. Tenía la experiencia que antes le faltaba, aunque algunos de sus juicios no habían cambiado, como tampoco había disminuido su predilección por el género lírico, al que se enfrentó con alegría cuando tuvo la oportunidad de informar de la aparición de «dos libros

---

<sup>464</sup> E. S. y Ch., «Ortega, Ismael: *Manuel Amador Guerrero*», *El Sol*, Madrid (19 de julio de 1933), p. 8.

<sup>465</sup> E. S. y Ch., «*Eugenia Astur: Riego. Estudio historicopolítico de la revolución del año 20*», *El Sol*, Madrid (5 de agosto de 1933), p. 4.

de poemas cuya gracia lírica, inactual por lírica, contrasta con la violencia de la realidad española»<sup>466</sup>. Se trataba de *Fábula y signo*, de Pedro Salinas, y de *Altazor*, de Vicente Huidobro, volúmenes que habían llegado a las librerías «con la modestia de lo perfectamente bello», «con el vestido de la pureza». Sus autores eran «dos naturalezas poéticas distintas, crecidas además en climas diferentes». En el caso de Salinas, su poesía «se rodea de un encanto tan delicado, pero a la vez tan firme», que sólo por ello se atrevía Salazar Chapela «a denominarla clásica». Su verso, «equidistante, así en el tiempo como en los procedimientos, de Juan Ramón y de Alberti [...] cobra una perfecta serenidad». No contiene «las explosiones, a veces románticas, de Juan Ramón», ni «las caricaturas líricas, también románticas, de Alberti». Su voz «discurre por un cauce en manera alguna previsto, como la de Guillén, por ejemplo; por un cauce en manera alguna sin normas, como la de Lorca [...]. Discurre espontáneamente, pero sometida al propio tiempo a finas normas poéticas, por un cauce seguro donde son posibles, sin embargo, las sorpresas». Así, su verso «es a la vez firme y flexible; sus poemas tienen a la vez gracia y fuerza; la imagen no luce sólo por sí misma: luce también por su colocación en el poema, ganando de esta suerte sobre su valor absoluto el relativo –aunque también absoluto– de la construcción».

De Huidobro, sobre el que versaba en rigor la reseña, apenas pudo decir nada. Para Salazar Chapela el chileno continuaba «fiel a su tradición, a su biografía poética». *Altazor* era, por ello, «un salto hacia atrás. No al pasado general poético: a su propio pasado poético», pues en sus páginas «lucen de nuevo los poemas de 1918, de 1920, de 1921». Este hecho suscitó una reflexión final del crítico, al que –resulta evidente– no le gustaba demasiado el vanguardismo de Huidobro: «Es muy curioso el destino de ciertas

---

<sup>466</sup> E. S. y Ch., «Huidobro, Vicente: *Altazor*», *El Sol*, Madrid (10 de junio de 1931), p.

naturalezas poéticas: no vivir el presente. En 1917, Huidobro miraba anhelante el porvenir, salía de su época, echaba el cuerpo fuera de su contorno literario, avanzaba... En 1931 sale de sí mismo también para precipitarse no en el porvenir, sino en el pasado», porque «Huidobro escribe ahora los mismos versos creacionistas de 1917».

No le había sucedido lo mismo a Pablo Neruda, con quien lo comparó el crítico por pertenecer ambos «a los más nuevo y ejemplar de la poesía chilena»<sup>467</sup>. Pero mientras «Huidobro, “paisanizado” hasta la frivolidad, ha ido de babor a estribor, al menos en estos últimos tiempos, según los caprichos de vientos encontrados, Neruda, en cambio, más dueño de sí mismo, ha persistido en un tipo de poesía, el “suyo”, sin duda, que lo dota de un perfil diferencial, original». En efecto, desde *El habitante y su esperanza* —obra que fue reseñada en su día por Salazar Chapela<sup>468</sup>— hasta *Residencia en la Tierra*, Neruda «ha seguido una línea que arguye la fatalidad de un temperamento». En este último libro, el autor realiza «un viaje patético por las formas de nuestro mundo (o sea el mundo íntimo lírico, del poeta) para cosechar formas desmesuradas y románticas, en cuya imaginación vierte el artista su mejor sensibilidad».

Emocionado reencontró el crítico, «al cabo de tanto tiempo de ausencia», a José María Souvirón en las páginas de su última obra, localizada casualmente en una librería de Madrid. El hallazgo trajo a su mente el «círculo de poetas que hizo célebre (con esa celebridad de corto pero intenso alcance de la poesía) *Litoral*»<sup>469</sup>. Souvirón descubrió, junto a «Prados, Altolaguirre e Hinojosa, tres poetas éstos semejantes entre sí, al menos por su tono

---

2.

<sup>467</sup> E. S. y Ch., «Neruda, Pablo: *Residencia en la Tierra*», *El Sol*, Madrid (15 de julio de 1933), p. 2.

<sup>468</sup> Véase 2.5.1.3.2. *Los géneros narrativos*.

<sup>469</sup> E. S. y Ch., «Souvirón, José María: *Fuego a bordo*», *El Sol*, Madrid (18 de febrero de 1933), p. 2.

característico local», su propia personalidad poética, tras haber seguido «en un principio la línea de Lorca» y la de Juan Ramón Jiménez. Liberado de esas semejanzas, *Fuego a bordo* revela la existencia de un Souvirón «más claro y más puro que los poetas de la misma promoción citados». Su poesía tiene «precisión», por lo que su autor es, «en este sentido [...], el reverso (un reverso superior al anverso) de Altolaguirre», cuyos versos seguían sin merecer la aprobación del crítico. Resulta curioso descubrir cómo el comentario de este libro, en el que Salazar Chapela observó, como ha sido dicho, «una cualidad genuinamente española: la precisión», llevó al crítico a relacionar la producción lírica con la realidad política, una asociación que resulta, cuando menos, sorprendente. «La poesía española no está ajena, en cuanto española, a la exigencia de precisión que hace de todo español, en la vida como en el arte, en el paisaje como en los sentimientos, un prodigio de limpidez», sentenció. Porque «todo es aquí transparente, quieran o no quieran; todo está como recortado en su contorno, sin ninguna otra vaguedad que desvirtúe lo entero y verdadero». Por ello recomendó la lectura de *Fuego a bordo* –libro de «tono genuinamente español»– a aquéllos «para quienes la poesía no es un algo ajeno a las virtudes que hacen la esencia de un país». Y, para finalizar, añadió: «Todo lo demás es una simplicísima broma, aunque de buen gusto».

Siguiendo criterios más ortodoxos, Salazar Chapela analizó el último poemario de Alejandro Gaos –hermano de Ángel, José y Vicente–, cuya lectura hubo de contar con el apoyo de la «Confesión de entusiasmo» que el autor había incluido, a modo de «prólogo íntimo» en las primeras páginas del volumen. Este hecho resultaba muy significativo a los ojos del crítico, ya que «una poesía, si es exacta, jamás necesita de explicación ni glosa, puesto que se ofrece evidente, como tal poesía, en sus propios límites expresivos,

sin otra virtud que no sea la virtud de “ser”»<sup>470</sup>. La poesía, escribió Salazar Chapela recordando «el dilema vulgarísimo, en fuerza de reiteración, de Shakespeare», «es o no es, vive o no vive, resplandece o no». Para demostrarlo recurrió a Juan Ramón Jiménez, «un ejemplo máximo»<sup>471</sup>. Ya frente a los poemas, descubrió Salazar Chapela la tristeza de la que había hablado su autor en todos los versos. Por ello le pareció una «poesía sin esforzadas destilaciones, a flor de temperamento. Poesía no tanto con la gracia dolorida como con dolorida gracia», a la que sólo deseó hacerle un reproche —«a la poesía hay que aceptarla como es, sin el menor intento de corrección, pues por algo se ofrece la poesía como naturaleza viva»—: su título, *Tertulia de campanas*, «una antinomia tan buscada como desgraciada».

También volvió a esgrimir criterios conocidos cuando reseñó la obra de la poetisa María Luisa de Iriarte. Una vez más, Salazar Chapela insistió en señalar que «una cosa es absolutamente verdadera en el feminismo, cuyos postulados se reducen a equiparar la mujer al hombre: la vuelta de la mujer a la mujer, al menos en este campo tan sincero, aunque a muchos se les antoje arbitrario, de la poesía»<sup>472</sup>. En ella, «la mujer nueva deja de ser feminista al uso [...], deja de ser feminista para ser femenina». Así lo ha demostrado en España Ernestina de Champourcín, «cuya última manera consiste en un bellissimo desnudo patético, a veces desgarrado, de su propia alma de mujer».

---

<sup>470</sup> E. S. y Ch., «Gaos, Alejandro: *Tertulia de campanas*», *El Sol*, Madrid (13 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>471</sup> También el reseñista en *El Sol* del primer poemario de Gaos, titulado *Sauces imaginarios y agua de alegría* (1931), cuya identidad desconocemos, aludió a Juan Ramón, aunque en esta ocasión, y según el poeta, «absurdamente. —“Estas cosas no me producen la menor sensación —dice—; es curioso cómo la gente lo recuerda a uno siempre con el fondo de sus primeros libros, como si nada hubiera publicado después...”» (Juan Guerrero Ruiz, *Juan Ramón de viva voz. Volumen I (1913-1931), ob. cit.*, p. 200). No siguió esa misma línea Salazar Chapela, por lo que es de suponer que sus palabras, siempre elogiosas para con el poeta de Moguer, no lo incomodaron.

Pero como «sería absurdo mirar la poesía femenina desde el punto de vista de su condición femenina», Salazar Chapela destaca la perfección de las décimas escritas por Iriarte, donde encuentra «lo mejor de la poesía, aunque la fidelidad al modelo, Jorge Guillén, el restaurador de aquella forma métrica, merme en ocasiones originalidad».

De la revitalización del romance como forma de expresión da cuenta el crítico en las notas que escribió a propósito de la aparición del *Romance de Flores Arrocha*, de Miguel Pérez Martos, y de *La niña del caracol*, de Agustín de Foxá. El primero relata las peripecias del «último bandido andaluz, tan comentado recientemente por la Prensa», con «fina ironía», lo que «lo pone a salvo de glosar en serio una figura difícilmente atrayente»<sup>473</sup>. Lejos de los «sonetos felícismos de pura estirpe gongorina» que había dado a la luz anteriormente, Pérez Martos incorpora a su romance «todos los elementos poéticos y populares, de paisaje y de ambiente, de sentimientos y de acción, característicos en una composición» de este tipo. Los romances de Foxá, a quien Salazar Chapela no conocía<sup>474</sup>, le recordaron, «al primer golpe

<sup>472</sup> E. S. y Ch., «Iriarte, María Luisa de: *Romance de amor antiguo y otras composiciones*», *El Sol*, Madrid (20 de junio de 1933), p. 2.

<sup>473</sup> E. S. y Ch., «Pérez Martos, Miguel: *Romance de Flores Arrocha*», *El Sol*, Madrid (11 de febrero de 1933), p. 2.

<sup>474</sup> Su apellido le trajo «a la memoria un escritor descubierto por nosotros recientemente, también Foxá, pero con título nobiliario, redactor de unos artículos imaginativos, chispeantes de ingenio y gracia, que aparecieron en los últimos números de *La Gaceta Literaria*. ¿Es la misma pluma?», se preguntó entonces (E. S. y Ch., «Foxá, Agustín de: *La niña del caracol*», *El Sol*, Madrid (6 de abril de 1933), p. 2). Salazar Chapela no tardaría que comprobar que así era, en efecto. Su militancia en las Juventudes Monárquicas «le irá distanciando de algunos de sus amigos escritores, entre los que se encontraban Altolaguirre, Lorca, Alberti, Bergamín, Cernuda, María Zambrano...» (Mónica Carbajosa y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, ob. cit., p. 67). El poeta-impresor fue el editor de *Los crepúsculos*, volumen en el que se incluyeron poemas y notas sobre las actividades del grupo así llamado, del que formaba parte Foxá. Junto a él, otros futuros integrantes de la redacción de la revista *Jerarquía* (Pamplona, 1936-1938), se reunieron a lo largo de 1935 en diferentes jardines de Madrid, siempre al ocaso, para leer prosas y versos y con el fin de promocionar sus ideas falangistas. Foxá participó también en «Las cenas de Carlomagno»,

de vista», «los romances gitanos de Lorca». Pero leídos con mayor detenimiento, el crítico había podido observar la distancia que va de unos a otros —«engañan en este caso el vehículo (la métrica) y el tono adoptado, el sentido (la voz popular)»—. En cualquier caso, Salazar Chapela reconoció el «encanto de estos poemas», valor al que había que añadir «la belleza de la edición de su libro, impreso, además que prologado, por el poeta Altolaguirre», a quien, si bien no estaba dispuesto a concederle su beneplácito como poeta sí le reconocía sus excelentes virtudes como impresor. Esta «edición de Héroe» trajo a la mente del crítico, «por sus tipos y su presentación pulcra y elegante, las personalísimas ediciones de Sur», volúmenes que sin duda añoraba en aquellos momentos.

#### 4.3.2.1.3. Los géneros narrativos

«Si existe un género literario en entredicho, un género literario desgraciado —no ahora, sino siempre, desde que vino al mundo— este género es la novela», afirmó Salazar Chapela, para quien «la desgracia de la novela es un caso de curioso nominalismo, según el cual no existe la novela, al menos como género, al propio tiempo que existen novelas como “casos” particulares o esporádicos, novelas ejemplares»<sup>475</sup>, como *La mujer de treinta años*, en la que el crítico descubre —a través de su trama, de su desarrollo, de sus tipos, de sus episodios y ambientes nacionales— «al artista ambicioso de apoderarse de su época». No hay que olvidar, recordó Salazar Chapela al comentar *Humillados y ofendidos*, de Dostoievski, que la novela es «el género literario más en comunicación constante con la vida. Género obligado por su esencia,

---

a las que asistieron asimismo José Antonio Primo de Rivera, Sánchez Mazas, Mourlane Michelena, Eugenio Montes, Samuel Ros y Víctor de la Serna, entre otros. A estas actividades se refirió Salazar Chapela en *En aquella Valencia*, donde las califica de «fascistas congregaciones ambas traspasadas de horribla cursilería —mental y de la otra—» (cfr. Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia* (2001), *ob. cit.*, p. 234).

también por sus accidentes, a tener en cuenta con fidelidad fotográfica el mundo que nos circuye»<sup>476</sup>. El realismo constituye –aseguró Salazar Chapela sin ambages– un rasgo consustancial del género, pues mientras

otras manifestaciones del arte de escribir, la poesía, por ejemplo, pueden desligarse de los hombres y las cosas y recluirse independientes en la pureza del lirismo [...], la novela renunciará a sus propios materiales, a ser novela, si no incluye en sí misma para su desarrollo el mundo en sus manifestaciones extraordinarias, pero también en sus manifestaciones (género obliga) más triviales.

Entre ellas destaca la propia intimidad del novelista, «una suerte de lirismo distintivo del género: el placer del escritor al echar fuera de sí impresiones imperecederas en su espíritu, el gusto, en suma, por libertar en el papel anécdotas, ideas y sentimientos depositados en el alma y en ella inquietos, ignorados y oprimidos». De todo ello fue buen ejemplo Dostoievski, «el novelista más dispuesto siempre a la evasión de su propia biografía en la novela», como puede observarse en *Humillados y ofendidos*, «la primera gran novela del escritor», reeditada entonces en las «Bibliotecas Populares Cervantes», de la CIAP, en la que vieron la luz asimismo *Algunas crónicas italianas*, de Stendhal, cuyo valor, «sujeto como tal valor literario, y a imagen de los valores de la Bolsa, a alzas y bajas» disfrutaba desde hacía años, afirmó el crítico, «de un cenit que nos parece inamovible»<sup>477</sup>. Sí había cambiado, afortunadamente, la apreciación que los lectores españoles tenían de la *Carmen* de Merimée, publicada de nuevo en la colección antes citada. «Estamos tan distanciados de la España pintoresca, museal o de pandereta [...], que [su] relectura [...] nos precipita en un mundo nuevo»; proporciona –escribió Salazar Chapela– «una sensación de lejanía» que, en su opinión, se

---

<sup>475</sup> E. S. y Ch., «Balzac, Honorato de: *La mujer de treinta años*», *El Sol*, Madrid (2 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>476</sup> E. S. y Ch., «Dostoievski: *Humillados y ofendidos*», *art. cit.*

debía «a la España de hoy, purgada en breve tiempo de aquellos colorines sentimentales y de costumbres que fueron la delicia de Borrow, Gautier y Mérimée»<sup>478</sup>. Ese costumbrismo era, sin duda, «perjudicial para el crédito de una nación civilizada, puesto que pintoresquismo ha valido tanto, en la mayoría de los casos, como atraso». Con la llegada de la República —intuimos que quiere decir el escritor—, «dosis proporcionales de policía urbana, de policía rural, de higiene, de lectura, han borrado de las cabezas españolas el gusto de sostener lo pintoresco pernicioso»<sup>479</sup>. Por ello consideraba que había llegado el momento de «leer y gozar una obra como esta de Mérimée», «la más bella de sus novelas breves»<sup>480</sup>.

También le pareció un acierto editorial que la «Colección Universal» de Espasa-Calpe ofreciera al público español, «perfectamente traducidas por Manuel Altolaguirre, tres de las mejores muestras del genio de Chateaubriand», «puerta magnífica» por la que es obligado pasar para entrar en el romanticismo francés<sup>481</sup>. Sobre este movimiento se extendió Salazar Chapela sin poder ocuparse del comentario del volumen al que estaba consagrada la reseña, cosa que sí hizo en el caso de *El hombre de la oreja rota*, de Edmond About, editada asimismo en la referida colección. Su lectura le había hecho comprender «la antipatía de About por el arte

<sup>477</sup> E. S. y Ch., «Stendhal: *Algunas crónicas italianas*», *El Sol*, Madrid (3 de febrero de 1933), p. 2.

<sup>478</sup> E. S. y Ch., «Mérimée, Próspero: *Carmen*», *El Sol*, Madrid (24 de febrero de 1933), p. 2.

<sup>479</sup> También la literatura pornográfica «desapareció definitivamente, acaso por el advenimiento de una vida nueva, acaso sólo por la virtud del deporte, acaso porque no era otra cosa, si la miramos desde el punto de vista literario, que el último, el más ínfimo escalón del realismo», escribió Salazar Chapela al comentar *Lo más escandaloso*, del doctor Max Kraffoski. (*El Sol*, Madrid (24 de marzo de 1933), p. 2). Otra tendencia, «la literatura nudista», fue comentada por el crítico al reseñar *Desnudez*, de Simone May, novela «sin más importancia literaria que la de informar del nudismo alemán», una realidad que la autora había retratado con «decoro», «sin tropiezos gazmoños, pero también sin resbalones» (*El Sol*, Madrid (21 de junio de 1933), p. 2).

<sup>480</sup> E. S. y Ch., «Mérimée, Próspero: *Carmen*», *art. cit.*

vigorosamente realista (“alegría estercolada”, que dijo Nietzsche)<sup>482</sup>, al tiempo que le reafirmó en su idea de que nada tenía que ver esta novela con *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, con la que alguna vez había sido emparentada.

La visión de la narrativa en lengua no castellana editada en España entre 1931 y 1933 que ofreció Salazar Chapela a los lectores de *El Sol* se completa con los comentarios de cuatro obras creadas por sendos autores contemporáneos. *Canguros*, «libro de extraordinario interés» del británico D. H. Lawrence, había sido publicado por Sur, ediciones «animadas, como la revista del mismo nombre, por Victoria Ocampo» y «dirigidas en España por Guillermo de Torre». En esta novela, traducida por Lino Novás Calvo, Lawrence ofreció su visión de Australia —adonde viajó en busca de un ambiente ideal—, de tal modo que logró crear «el libro más bello y completo sobre el país del mamífero didelfo»<sup>483</sup>. Del Premio Nobel de 1932, John Galsworthy, presentó *La cuchara de plata*, novela en la que, como es habitual en él, su autor censura el bienestar inglés —«cierta inconsciencia en este bienestar»—, aunque «su más firme envergadura la constituye el juego de relaciones familiares o no»<sup>484</sup>. Calificada como una «novela de superficie deliciosa», Salazar Chapela le reconoció a Galsworthy «la virtud de deslizar al socaire de su interés novelesco supuestos y postulados sociales que informan el alma generosa de la personalidad de su autor». Gracias a la publicación de *Landin y los suyos*, los lectores españoles pudieron conocer también la capacidad narrativa del alemán Wassermann, de quien ya se había

---

<sup>481</sup> E. S. y Ch., «Vizconde de Chateabriand: *Atala*, *René* y *El último Abencerraje*», *El Sol*, Madrid (13 de abril de 1933), p. 2.

<sup>482</sup> E. S. y Ch., «About, Edmond: *El hombre de la oreja rota*», *El Sol*, Madrid (10 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>483</sup> E. S. y Ch., «D. H. Lawrence: *Canguro*», *El Sol*, Madrid (8 de agosto de 1933), p. 4.

difundido aquí su biografía sobre Cristóbal Colón<sup>485</sup>. Algo parecido sucedía en el caso de Stefan Zweig, a quien «faltaba conocer [...] como artista, como creador»<sup>486</sup>. De ello se había encargado Ediciones Hoy, que ofreció al público *Amok*, un «conjunto de cuatro novelas apasionantes» editadas por primera vez en 1922.

En el panorama de la narrativa española dibujado por Salazar Chapela a través de sus notas críticas destaca, en primer lugar, la publicación de obras compuestas por autores muy conocidos, cuyo éxito de ventas estaba asegurado. Es el caso de la reedición de *La Virgen de Aránzazu* (1909), novela de juventud del noventayochista José María Salaverría<sup>487</sup>, o del volumen de novelas blancas —«rosas»— compuesto por *Muñequita*, del popular Rafael Pérez y Pérez, y *¡Ahí va ese niño!*, de Oliverio Mon, seudónimo del jiennense Juan Aguilar Catena. Ambos, escribe el crítico, «no se proponen otra cosa que distraer a la burguesía, a cuyo fin tejen una fábula, una intriga llena de episodios inesperados, para acabar con desenlaces felices, gratos siempre al paladar del lector», no en vano se trata de obras escritas «para el público que se deja pagar de lo cómodo y repugna por educación, hábito y naturaleza toda fuerte novedad emotiva o de pensamiento»<sup>488</sup>. La importancia política de Rafael Sánchez Guerra, de cuyas actividades había dado cuenta en el libro *Proceso de un cambio de régimen*, facilitó la publicación de *De hombre a hombre*, una colección de novelas y cuentos escritos a lo largo de los años en los que el periodista adopta «una

---

<sup>484</sup> E. S. y Ch., «Galsworthy, John: *La cuchara de plata*», *El Sol*, Madrid (22 de abril de 1933), p. 2.

<sup>485</sup> Cfr. E. S. y Ch., «Wassermann, Jakob: *Landin y los suyos*», *El Sol*, Madrid (12 de julio de 1933), p. 2.

<sup>486</sup> E. S. y Ch., «Zweig, Stefan: *Amok*», *El Sol*, Madrid (7 de mayo de 1931), p. 2.

<sup>487</sup> Cfr. E. S. y Ch., «Salaverría, José María: *La Virgen de Aránzazu*», *El Sol*, Madrid (21 de junio de 1931), p. 2.

<sup>488</sup> E. S. y Ch., «Pérez y Pérez, Rafael: *Muñequita*. Mon, Oliverio: *¡Ahí va ese niño!*», *El Sol*, Madrid (12 de abril de 1933), p. 2.

técnica teatral, si por esta técnica entendemos el don de conjurar lo superfluo descriptivo, poner en pie lo humano y hacer que unos personajes converjan para chocar o armonizarse en diálogos de singular efecto»<sup>489</sup>. En «estos relevantes caracteres novelescos, buenos y bravos, generosos y en ocasiones violentos y ásperos», vio Salazar Chapela con agrado «un ascendiente inmediato y preclaro»: «varios de los mejores personajes teatrales de Galdós».

Fiel a sí mismo, el incansable Alberto Insúa –un valor editorial seguro– dio a conocer dos nuevas novelas: *El amor en dos tiempos* y *Ha llegado el día*. La primera supone, en opinión del crítico, una vuelta «a sus finas observaciones de la realidad, a sus novelas psicológicas» –«una restitución del novelista al novelista»–, después de la creación de «dos obras de pura imaginación, de pura fantasía», *El barco embrujado* y *El amante invisible*<sup>490</sup>. La segunda, «dedicada por completo a la revolución española», le interesó especialmente a Salazar Chapela, cuya primera novela, *Pero sin hijos* –comentada por Insúa en *La Voz*, como ya ha sido dicho– también retrata «el ambiente prerrevolucionario» español y la proclamación de la II República. En esta narración «los hechos españoles políticos aparecen clarísimos, pero tocados rápidamente y como disueltos o asimilados por el organismo novelístico de la obra», lo que a Salazar Chapela le «parece uno de los valores más evidentes de la novela de Alberto Insúa», quien «ha sabido [...], como buen novelista, reproducir un ambiente y crear para éste seres en extremo apropiados, bien por su acomodación al género [...], bien por su

---

<sup>489</sup> E. S. y Ch., «Sánchez Guerra, Rafael: *De hombre a hombre*», *El Sol*, Madrid (28 de abril de 1933), p. 2.

<sup>490</sup> E. S. y Ch., «Insúa, Alberto: *El amor en dos tiempos*», *El Sol*, Madrid (8 de septiembre de 1931), p. 2.

disconformidad con el medio»<sup>491</sup>. Se trata de una «singular pareja, representativa de la España liberal republicana y de la España antiliberal monárquica (él, un nieto de Pepe Rey; ella, una nieta legítima, aunque algo rubia, de Doña Perfecta)» que le sirve al autor para «reproducir con sus amores bajo el cielo de Málaga el proceso de la revolución de abril». Por todo ello, consideró Salazar Chapela que era ésta «una de las novelas de Insúa más cargadas de ideología. Y más cargada de razón».

Con especial cuidado comentó el crítico las nuevas novelas de los narradores más jóvenes, a algunos de los cuales se hallaba unido por razones de amistad. Su concepción del género, expuesta públicamente, como hemos podido comprobar, nada tenía que ver con las prácticas que muchos de ellos venían realizando, extremo que obligó a Salazar Chapela, en más de una ocasión, a silenciar o a enmascarar sus verdaderas opiniones. En el caso de *Los amigos de Claudio*, de Huberto Pérez de la Ossa –contertulio de Salazar Chapela en su reunión sabatina del Lyon–, el crítico la relacionó, «así por su estilo como por su tendencia, con las novelas jóvenes más eminentes del momento», obras que «se caracterizan por sus concesiones generosas a lo lírico y su desprecio a la par por lo anecdótico, lo episódico, lo exterior»<sup>492</sup>. Era éste, señaló Salazar Chapela, un rasgo propio de la letras españolas, pues «no hay en el resto de Europa, ni la hay tampoco en Estados Unidos, una literatura joven que, como la nuestra, viva sólo de sí misma y se sostenga a pulso en el temperamento del escritor». Aquí, prosiguió, «la literatura cierra los ojos al mundo exterior y se circunscribe –unas veces con habilidad extraordinaria, otras con extraordinaria pacatería– a hacer exámenes de conciencia». La causa, «la culpa», no la atribuyó Salazar Chapela al escritor, sino al

---

<sup>491</sup> E. S. y Ch., «Insúa, Alberto: *Ha llegado el día*», *El Sol*, Madrid (13 de julio de 1932), p. 2.

<sup>492</sup> E. S. y Ch., «Pérez de la Ossa, Huberto: *Los amigos de Claudio*», *El Sol*, Madrid (18 de abril de 1931), p. 2.

ambiente. Porque «si algo en España ha vivido vida cosmopolita y europea, ha sido, hasta ahora, lo literario». Pero «de aquí en adelante, entrando nuestra nación en la actualidad europea, todo se alzarán hasta su altura, y la literatura, sostenida hasta hoy en estufa, saldrá a la calle para recoger en sus páginas el puro y espléndido ambiente que se inicia». Pérez de la Ossa había recorrido en *Los amigos de Claudio* las de Barcelona —«como novela que es no puede permanecer al margen de la realidad»—, pero sólo para mostrar «la sensibilidad de su protagonista, figura sobremanera pura, fina, exquisita, sentimental».

En la misma línea se situó Samuel Ros con *El hombre de los medios abrazos*, novela en la que Salazar Chapela reconoció «todas las características del arte reciente»:

Su asunto y su desarrollo, ambos ajustados al canon que tuvo su origen, al menos en España, en Ramón Gómez de la Serna, tienen todo cuanto es de rigor en una obra de este orden: el gusto por lo irreal, la devoción por lo metafórico, lo convencional hasta el disparate, bien que artístico, de los tipos... Todo un mundillo deformado para uso de una imaginación singular. Todo al día si se piensa que después de esto, tan artístico en sus propósitos, nada se ha inventado. Pero todo ajeno, sin embargo, al plasma de la vida actual, que ha de ser alcanzada, si lo es algún día, por un tipo de arte distinto, acaso más violento<sup>493</sup>.

Estas palabras, advirtió el crítico, no iban «en contra de la novela de Ros», pues, en su opinión, «ésta cumple su destino con la exactitud que le permiten sus recursos estéticos». Pero es evidente que no le había gustado, como tampoco encontraba acertada la denominación elegida, «¿una reminiscencia, ya que no en su asunto, sí en su título, de *Los medios seres*, de Ramón Gómez de la Serna?», se preguntó. Para terminar su reseña, Salazar Chapela

---

<sup>493</sup> E. S. y Ch., «Ros, Samuel: *El hombre de los medios abrazos*», *El Sol*, Madrid (31 de enero de 1933), p. 2.

aludió al «epílogo o lazareto donde Ros se ha complacido en enumerar, en broma pero con intención correctísima, todos los nombres que circulan más o menos por la Prensa de España». El texto —el relato de un insólito banquete nupcial al que acuden escritores, dibujantes, toreros, futbolistas, cineastas y músicos<sup>494</sup>— concluye cuando, tras la marcha de la mayoría de los asistentes, los dos grupos de escritores que se han mostrado «dispuestos a defender cada uno su pasada conducta ya inmantenible»<sup>495</sup>, se lanzan reproches mutuos. Finalmente comprenden que el futuro está en el equilibrio entre la objetividad y la subjetividad que han practicado unos y otros, por lo que se abrazan, antes de caer, borrachos, al suelo. «Mañana ya no seremos jóvenes... aunque aún seamos la joven literatura», exclama «una voz de mil bocas con una emoción amarga desconocida en su historia». Era, seguramente, el lamento de Samuel Ros, quien no parecía dispuesto a dar por finalizada una etapa que para Salazar Chapela había acabado, tal y como afirmó en su respuesta a la encuesta promovida por *La Gaceta Literaria*, en 1930.

Cuatro años después, el crítico no vio mal que también Ramón de la Serna se distanciara en *Chao* «de la novela tipo, tal como la define la preceptiva, para situarse entre la novela propiamente dicha y el largo poema novelesco en prosa»<sup>496</sup>. Tal vez, aventuró Salazar Chapela, «el amante de la novela más o menos tradicional, por abandonada que ésta se halle hoy», sienta «nostalgia por sus “pasiones” y “hechos” ante este modo de dilapidar una prosa tan fluida, tan bella como la de Ramón de la Serna». Sin embargo, a él le

---

<sup>494</sup> Salazar Chapela también se encuentra presente en la comida. Situado junto a Antonio de Obregón, César M. Arconada, Francisco Ayala y Gustavo Pittaluga, aparece ante el lector «con su cara de pocos amigos y sus acciones de gran amigo» (Samuel Ros, *El hombre de los medios abrazos. Novela de lisiados*. Madrid, Libertarias/Prodhufi (Colección Moreno-Ávila Textos, 6), 1992, 2ª ed., p. 230).

<sup>495</sup> *Ibidem*, p. 238.

<sup>496</sup> E. S. y Ch., «De la Serna, Ramón: *Chao*», *El Sol*, Madrid (7 de febrero de 1934), p. 7.

parecía que «el encanto artístico de sus páginas justifica sobradamente sus personajes fantasmales», y que «sus imágenes y metáforas centran de suyo la calidad del relato». Eran éstos los recursos que había empleado Antoniorrobes en la composición de sus cuentos infantiles, «medios y procedimientos artísticos que han recusado muchos mayores, en la literatura para adultos, a título de extravagantes»<sup>497</sup>. Pese a todo, Salazar Chapela elogió sin reparos esta literatura «desnuda de leyenda, pero flamante de forma», del mismo modo que celebró la aparición de la segunda edición de *El profesor inútil*, de Benjamín Jarnés, narración sobre la que ya se había pronunciado ocho años antes. En ese tiempo, el autor no había «hecho otra cosa que ganar, por obra y gracia de su pluma, una sólida reputación de escritor», aunque «su primera obra es lo mismo, en cuanto a perfección de maneras, que su última»<sup>498</sup>. En todas sus narraciones, Jarnés ofrece «la más hábil, pero a la vez la más inasequible por artística y personal, lección maestra: la de su voluptuosidad literaria, amable de veras», aseguró Salazar Chapela.

Una concepción de la literatura muy distinta de la que mostraron los narradores mencionados poseen en estos años jóvenes escritores como Alicia Garcitoral, de quien comentó sus dos novelas autobiográficas, *El crimen de Cuenca* y *Pasodoble bajo la lluvia*. En la primera narra su experiencia como gobernador civil de la provincia castellana, cargo para el que fue nombrado al advenimiento de la República. En ella, «lo político y lo social vivido cobran caracteres novelescos al contacto con la imaginación», pues Garcitoral «ha sabido llevar a esta obra, por tantos conceptos feliz, dos

---

<sup>497</sup> E. S. y Ch., «Robles, Antonio: *Cuentos de los juguetes vivos*», *El Sol*, Madrid (8 de marzo de 1932), p. 2.

<sup>498</sup> E. S. y Ch., «Jarnés, Benjamín: *El profesor inútil*», *El Sol*, Madrid (28 de febrero de 1934), p. 7

recursos que le son propios. De una parte, su perspicaz observación de los hombres, apta para lograr perfiles de suma nitidez; de otra, su prosa, rápida, pero firme, viva y nerviosa»<sup>499</sup>. Aunque lo que más apreció Salazar Chapela fue el «halo sentimental, romántico e ilusionado, que viene a ser la levadura del libro, a la vez que su constelación de Hércules ideal» que descubrió en sus páginas. En *Pasodoble bajo la lluvia*, el crítico no observó, a diferencia de *El crimen de Cuenca*, «intenciones ajenas al objeto y fin de novelar», pues «lo culminante de la novela radica en los matices sensitivos, en las distintas reacciones del protagonista frente al mundo que le rodea»<sup>500</sup>. Ahora bien, precisó Salazar Chapela, no hay que olvidar que «la literatura puede mucho, mucho, desde el punto de vista político y social, si con ella se ilumina hasta el detalle un sector humano, cualquiera sea su dimensión y nivel». En este sentido, *Pasodoble bajo la lluvia* aproxima al lector a «una familia significativa, cuyas particularidades dejan de serlo en cuanto se elevan a común denominador de otras familias semejantes. ¿Quién aleja entonces, aunque ello no sea la intención del autor, el sentido y el contenido social?», se preguntó el crítico.

La actitud adoptada por Arconada en *Los pobres contra los ricos* era mucho más directa, y por ello menos grata para Salazar Chapela, que se refirió a ella nada más iniciar su reseña en estos términos:

Ha tomado Arconada una postura social o socializante, arrimando el temple de su estilo, tan suave, a la redención proletaria. Esta postura, en Arconada sincera, no nos parece, como tal postura, ni bien ni mal. Corresponde a un repertorio de ideas y sentimientos cuya proscripción a rajatabla nos parecería tan insensata como la aceptación a rajatabla asimismo de todos sus principios. Corresponde, en suma, aquella postura a una tendencia política y social, a una manera de reaccionar (más

---

<sup>499</sup> E. S. y Ch., «Alicio Garcitoral: *El crimen de Cuenca*», *El Sol*, Madrid (8 de febrero de 1933), p. 2.

<sup>500</sup> E. S. y Ch., «Garcitoral, Alicio: *Pasodoble bajo la lluvia*», *El Sol*, Madrid (10 de junio de 1933), p. 2.

sentimental que operante o práctica) ante los problemas políticos y sociales del mundo<sup>501</sup>.

El problema radica en que «aquella tendencia o aquella reacción coloca en el corazón de una novela, *Los pobres contra los ricos*, un dogma o un credo, al servicio de los cuales lo literario, aun excelente como en este caso, queda en segundo lugar». Esta «protesta contra el capitalismo, a cuyo amparo viven lo mismo una Monarquía que una República», precisó Salazar Chapela, lleva a Arconada a desarrollar, «bien tendenciosamente, ante los ojos del lector, el panorama de la revolución española, cargando los negros de su paleta literaria en aquellas instituciones que se le antojan adarves durísimos infranqueables, para el paso de la verdad comunista». Literariamente, la novela posee «las mejores cualidades del escritor: la belleza de un estilo personal, la felicidad de unas imágenes, el arte de urdir una trama interesantísima, el acierto de los personajes o caracteres», aunque si a la novela «pudiéramos extraerle su doctrina, los tipos ganarían en verdad, en humanidad». También saldría beneficiado su estilo. Pero ello no es posible, «puesto que la realidad de una obra literaria hay que aceptarla, como tantas otras realidades del mundo, tal cual es».

Junto a Garcitoral y a Arconada debemos situar a la escritora peruana Rosa Arciniega, quien, tras publicar *Engranaje* y *Jaque-Mate*, ofreció al público otra novela «llena de presente», *Mosko-Strom*, en la que retrata «la realidad vibrante del mundo industrial y económico del momento, en cuyo obsequio se sacrifican ideales»<sup>502</sup>. La obra «no carece de ninguno de los atributos del género», con los que ha sabido crear «una novela personal». Por ello el

---

<sup>501</sup> E. S. y Ch., «César M. Arconada: *Los pobres contra los ricos*», *El Sol*, Madrid (3 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>502</sup> E. S. y Ch., «Arciniega, Rosa: *Mosko-Strom*», *El Sol*, Madrid (13 de junio de 1933), p. 2.

crítico considera a su autora, «aunque se nos disguste», «el lindo chico de la literatura, cuyo juego consiste en arrancar a la actualidad sus grandes temas para novelarlos con un doble espíritu de periodista y artista». En sus reseñas, Salazar Chapela se mostró ciertamente benévolo a la hora de enjuiciar algunas novelas sociales del momento, narraciones sobre las que se pronunció más libremente, como habremos de ver, en otras ocasiones.

#### 4.3.2.1.4. El ensayo o el «arte de quedarse solo»

Para los temas políticos y sociales, Salazar Chapela prefería el ensayo, género al que pertenece la mayoría de las reseñas publicadas en unos años en los que el crítico lamentó el abandono en el que se encontraba el ensayo literario en España. Estaba en crisis, aseguró Salazar Chapela, «el gusto por los temas exclusivamente literarios, genéricos o no; por el ensayo literario propiamente dicho, al cual debemos tan excelentes páginas en España y fuera de España»<sup>503</sup>. Aunque lo lamentaba, no le sorprendía, sobre todo «si se piensa en las condiciones de reposo, junto con otras condiciones individuales infrecuentes –la cultura, el gusto por las “cosas” del espíritu, entre otras– que exigen trabajos de aquella naturaleza»<sup>504</sup>. Por eso le resultó muy grata la lectura de *Andante con variaciones*, libro de Manuel P. del Río-Cossa «firme en erudición, sabroso de temas, perfectamente escrito»<sup>505</sup> y prologado por Francisco Rodríguez Marín. También celebró la aparición de dos libros sobre el género teatral, «una de las formas de arte más rígidas de todos los tiempos,

---

<sup>503</sup> E. S. y Ch., «Manuel P. del Río-Cossa: *Andante con variaciones*», *El Sol*, Madrid (1 de abril de 1933), p. 2.

<sup>504</sup> Con todas esas «condiciones», tan difíciles de hallar en la España de entonces, escribió Jorge Luis Borges *Discusión*, volumen de ensayos en los que Salazar Chapela percibió «las dos grandes preocupaciones» del escritor argentino: «su preocupación criollista» y «su preocupación exclusivamente literaria, según la cual el escritor se vio requerido en más de una ocasión por los clásicos de nuestra lengua: Góngora, Quevedo, Cervantes, Gracián» (E. S. y Ch., «Borges, Jorge Luis: *Discusión*», *El Sol*, Madrid (21 de febrero de 1933), p. 2).

<sup>505</sup> E. S. y Ch., «Manuel P. del Río-Cossa: *Andante con variaciones*», *art. cit.*

y cuyos límites nos parecieron siempre inatacables», confesó Salazar Chapela en la reseña de *Sesenta y nueve años después. Panorama escénico en el año 2000*, libro que el crítico calificó «de adivinos» pues en él se recogen las «opiniones de nuestros intelectuales sobre el teatro»<sup>506</sup> futuro. El escritor palentino Teófilo Ortega les había formulado a todos los entrevistados<sup>507</sup> la misma pregunta: «¿Qué será el teatro en el año 2000?»». Para el crítico, el interés del volumen radica en las distintas concepciones del género que tiene cada uno de los escritores interpelados. Uno de ellos, Tomás Borrás, publicó, poco después, «un bello libro» —«el libro de un escritor o de un artista enamorado de la escena»— en el que «divaga con fortuna sobre muchos e interesantes aspectos de las pantomimas, los bailes y los cuentos coreográficos», para exponer después «las artes respectivas de Antonia Mercé, “la Argentinista”; “Tórtola Valencia”, Lillian Roth, Ana Pawolva, Josefina Báker»<sup>508</sup>.

Pero no eran éstos los temas que demandaba mayoritariamente el público español, como bien sabían las editoriales, cuyos catálogos se nutrieron durante el primer bienio republicano de nuevos ensayos sobre nuestra historia más reciente, a menudo firmados por algunos de los protagonistas de ese período. Es el caso del general Goded, «principal actor, con el general Sanjurjo, de nuestros últimos capítulos» en Marruecos, quien «proporciona una detallada exposición de las campañas pacificadoras de 1925 a 1927» en un volumen en el que el militar relata, con «tono imparcial», la «historia

---

<sup>506</sup> E. S. y Ch., «Ortega, Teófilo: *Sesenta y nueve años después. Panorama escénico en el año 2000*», *El Sol*, Madrid (23 de mayo de 1931), p. 2.

<sup>507</sup> «Tomás Borrás, Luis Calvo, Antonio Machado, Melchor Fernández Almagro, Antonio de Obregón, E. Giménez Caballero, Francisco Ayala, César Juarros, Felipe Ximénez de Sandoval, José del Río Sainz, Pedro S. Neyra, Alberto Insúa, Guillén Salaya, Antonio Espina, Juan Lacomba, Rafael Marquina, Francisco de Cossío, Andrés Álvarez» (*idem*).

<sup>508</sup> E. S. y Ch., «Borrás, Tomás: *Tam Tam*», *El Sol*, Madrid (23 de julio de 1931), p. 2.

vivida», la «historia viva de España»<sup>509</sup>. Otro capítulo cerrado de la misma, el reinado de Alfonso XIII, fue analizado, desde diferentes ángulos, inmediatamente después de que los resultados electorales determinaran su punto final. El periodista Martínez Sol recoge en *De Canalejas al Tribunal de responsabilidades* «una serie interesantísima de hechos y frases ex reales», con el propósito de «presentar aquella época en la cual “se acentúa el sentido personal y absolutista de Alfonso XIII, cuyas manifestaciones externas pueden apreciarse en varios de sus discursos”»<sup>510</sup>. El libro «tiene la virtud de recordar al lector hechos lamentables de la historia española reciente», señaló Salazar Chapela<sup>511</sup>, a quien no le había aparecido acertado el retrato de Alfonso XIII —«algo favorecido» en su opinión— que realizó Salvador de Madariaga en *España*, ensayo publicado en inglés en 1931 cuya traducción al castellano vio la luz un año después<sup>512</sup>. Muy diferente es la perspectiva adoptada por la «mentalidad monárquica —sin duda honrada, pero monárquica—» de Álvaro Alcalá Galiano en *La caída de un Trono*, donde incluye «una serie de expedientes incoados a los hombres de las derechas y de la izquierda», dando a entender que «si estos señores [...] hubieran hecho lo que a juicio de Alcalá Galiano debieron hacer, la Monarquía estaría todavía en su sitio, incólume y magnífica, para uso particular de los monárquicos»<sup>513</sup>. A juicio de Salazar Chapela, el autor —que «opera con

---

<sup>509</sup> E. S. y Ch., «General Goded: Marruecos. Las etapas de la pacificación», *El Sol*, Madrid (21 de junio de 1932), p. 2.

<sup>510</sup> E. S. y Ch., «Martínez Sol, R.: *De Canalejas al Tribunal de Responsabilidades*», *El Sol*, Madrid (11 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>511</sup> El escritor consideraba «el desastre de Annual y el advenimiento de la Dictadura hechos oriundos del poder absolutista de Alfonso XIII» (*idem*), y compartía con el conde de Sforza la visión del mandato de Primo de Rivera que éste ofreció en *Las dictaduras europeas*, libro en el que afirma que la dictadura española fue «una dictadura artificial o inespecífica, creada por un Rey para eludir su responsabilidad» (E. S. y Ch., «Sforza, Conde de: *Las dictaduras europeas*», *El Sol*, Madrid (9 de febrero de 1933), p. 2).

<sup>512</sup> E. S. y Ch., «Madariaga, Salvador: *España. Ensayo de historia contemporánea*», *art. cit.*

<sup>513</sup> E. S. y Ch., «Alcalá Galiano, Álvaro: *La caída de un Trono*», *El Sol*, Madrid (28 de febrero de 1933), p. 2.

sentimientos, no con razones— «hace desprecio evidente de la voluntad popular, para situar un hecho eminentemente colectivo de la Historia de España en el juego político de cuatro, diez o doce individualidades». La «imparcialidad» y la «fidelidad a la realidad» eran, precisamente, las dos virtudes que todos los comentaristas de *Historia del reinado de Alfonso XIII* habían elogiado del ensayo de Melchor Fernández Almagro. Hasta el momento de su publicación, recordó Salazar Chapela, «sólo habían aparecido libros parciales», bien porque sólo «reproducían escorzos o recodos de este reinado», bien porque «apuntaban a éste o al otro punto para alcanzar por elevación al régimen monárquico»<sup>514</sup>. En este nuevo volumen, el «meritísimo escritor» «ha enringlado cronológicamente los hechos políticos que tuvieron lugar desde la jura de don Alfonso hasta la proclamación de la República; ha graduado además la importancia de estos hechos, dando a cada cual la extensión que le corresponde por su volumen». Por lo que se refiere a la figura de Alfonso XIII, «halla en estas páginas cumplida caracterización», para lo cual le ha bastado a Fernández Almagro «su tacto y su ecuanimidad, dejando que los hechos hablen por sí mismos de la doble actuación regia y personal del Monarca». «No es mala pieza Alfonso XIII para el autor que lo tome en historiador o en novelista», apuntó el crítico al concluir la reseña de «esta bella obra».

La proclamación de la República y su inicial devenir fueron analizados por Salazar Chapela en los comentarios críticos que redactó con motivo de la aparición de algunos de los numerosos ensayos políticos que vieron la luz durante este primer bienio. El cambio de régimen, tan decisivo para el presente y el futuro de los españoles, no pasó inadvertido fuera de nuestras fronteras, donde se publicaron volúmenes como *L'Espagne* y *Cómo vi la*

---

<sup>514</sup> E. S. y Ch., «Fernández Almagro, Melchor: *Historia del reinado de Alfonso XIII*»,

*República española*. El primero, obra de los profesores de Derecho Mirkine-Guetzevitch y Egidio Reale, es, en palabras de Salazar Chapela, un «libro rigurosamente imparcial», en el que se ofrece «un testimonio extranjero, documentado y fidedigno, de hechos cuya bondad y trascendencia se obvian con sólo purgarlos en el relato de los enemigos de la Historia: el partidismo y la pasión»<sup>515</sup>. El segundo, del que es autor el mexicano Roberto Núñez y Domínguez, relata «a manera de reportaje, los hechos que más impresionaron», «en los días de la proclamación de la República», «su sensibilidad periodística»<sup>516</sup>. También en este caso valoró el crítico la imparcialidad –esto es, la simpatía– con que el escritor describe «cuanto vio [...] a su rápido paso por España», objetividad que no pudo hallar en *España, República de trabajadores*, «reportaje arbitrario, imaginario en muchos de sus capítulos, sobre nuestro país» que Ilya Ehrenburg redactó después de pasar «diez días, quince días a lo sumo, en España», donde –advirtió Salazar Chapela– «se hizo acompañar de algunos admiradores comunistas»<sup>517</sup>. En opinión del crítico, «para escribir lo que pensaba escribir, para decir lo que pensaba decir, no necesitaba nada, ni siquiera mirar; antes bien, le estorbaba la propia realidad española». Así que regresó a su ciudad –«Erenburg es ruso y comunista, pero no vive en Rusia, sino en París, donde puede martirizar su espíritu con la contemplación del capitalismo», apostilló irónicamente Salazar Chapela–, y, «tomando de prestado dos citas del arcipreste, otra de Santa Teresa, escribió su reportaje». Todo en sus páginas «sabe a vulgaridad, a vulgaridad de literato que quiere cumplir su compromiso con un editor (con un editor español, pronto a difundir un engendro contra el país: los negocios

---

*El Sol*, Madrid (13 de febrero de 1934), p. 10.

<sup>515</sup> E. S. y Ch., «B. Mirjine-Guetzevitch y Egidio Reale: *L'Espagne*», *El Sol*, Madrid (11 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>516</sup> E. S. y Ch., «Núñez y Domínguez, Roberto: *Cómo vi la República española*», *El Sol*, Madrid (7 de abril de 1933), p. 2.

<sup>517</sup> E. S. y Ch., «Erenburg, E.: *España, República de trabajadores*», *El Sol*, Madrid (27 de abril de 1932), p. 2.

son los negocios)», recordó Salazar Chapela, que arremetía así contra la editorial Cénit, de Giménez Siles, Graco Marsá y Juan Andrade. «Todo sabe a prisa y a vulgaridad, aleadas con mala intención», prosiguió, con el «resentimiento, tanto racial como nacional y político», que le lleva a lanzar «cornadas» contra «los pueblos liberales, y muy particularmente contra España, que nunca, ni siquiera en la Dictadura de Primo de Rivera, fue realmente tiranizada», como sí lo ha sido Rusia, país que, tras triunfar la revolución, cuando «parecía [que] iba a cicatrizar su espalda, su espalda abierta durante siglos, abierta a latigazos», descubrió con dolor que allí estaba «¡el látigo otra vez!».

La atención de los ensayistas españoles, como la de la mayoría de sus compatriotas, se centró en la actividad parlamentaria, a través de la cual era posible analizar la marcha política del país. Renacía así la crónica parlamentaria moderna —«artística»—, «inventada» por *Azorín*. «En plena República parlamentaria, abiertas las Cortes, han nacido a las crónicas parlamentarias ágiles periodistas», entre los cuales se encontraba, a juicio de Salazar Chapela, Luis de Sirval. El escritor había publicado, algo más de un año antes de su trágica muerte, *Huellas de las Constituyentes*, libro en el que «refiere por lo menudo», con «agilidad de estilo y devoción republicana», «circunstancias, hechos y dichos interesantes de nuestras Cortes»<sup>518</sup>. Mucho menos benévolo se mostró el crítico al comentar *La orientación de la República*, «una crítica de la labor legislativa de las Cortes constituyentes firmada por el diputado del Partido Progresista Juan Castrillo, quien «vuelve sobre la voluntad nacional, ya articulada en una Constitución, para exponer

---

<sup>518</sup> E. S. y Ch., «De Sirval, Luis: *Huellas de las Constituyentes*», *El Sol*, Madrid (1 de junio de 1933), p. 2.

sus disidencias [...] de orden revisionista»<sup>519</sup>. Tampoco mereció su aprobación *En la brecha*, volumen en el que Joaquín Pérez Madrigal, diputado a Cortes por Ciudad Real, «reproduce y explica gran número de sus interrupciones parlamentarias», que considera ejemplares, aunque no lo son a juicio del crítico, quien sólo concede al libro «la virtud de refrescarnos algunas sesiones parlamentarias. Si no las más interesantes (a tanto no llega el Sr. Pérez Madrigal, no obstante su a veces ingenioso interrumpir), al menos algunas sesiones realmente “movidas”»<sup>520</sup>.

Sobre algunas de las iniciativas políticas más trascendentales para el país versan cuatro de los libros que reseñó Salazar Chapela en ese tiempo. En sus comentarios, el escritor defendió sus ideas políticas sin ambages, como habremos de ver más adelante al referirnos a tres de ellos<sup>521</sup>. No quiso hacerlo abiertamente en la nota que publicó a propósito de la aparición de *Polémica sobre el combate. Ensayo de una nueva organización militar*, libro prologado por José M. Salaverría en el que el comandante Rodríguez Urbano responsabilizó al régimen parlamentario de la crisis que, en su opinión, vivía el ejército. Para salir de ella, el militar propuso la creación de «un nuevo ejército, estrictamente profesional por voluntario, cuyos cuadros de mando, con idéntica jerarquización a la actual, habrán de estar poseídos “del espíritu aristocrático de la profesión”»<sup>522</sup>. La propuesta —y la obra toda— tenía, para Salazar Chapela, un «tono viejo y añejo por conservador, muy visible», sobre

---

<sup>519</sup> E. S. y Ch., «Castrillo, Juan: *La orientación de la República*», *El Sol*, Madrid (25 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>520</sup> E. S. y Ch., «Pérez Madrigal, Joaquín: *En la brecha*», *El Sol*, Madrid (7 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>521</sup> Se trata de «Zugazagoitia (A.): *Panfleto antiseparatista en defensa de España*», *El Sol*, Madrid (5 de abril de 1932), p. 2; «Cabezas Díaz, Antonio: *La Reforma agraria*», *El Sol*, Madrid (16 de febrero de 1933), p. 2, y «Priego, Victoria: *La mujer ante las urnas*», *El Sol*, Madrid (20 de abril de 1933), p. 2.

<sup>522</sup> E. S. y Ch., «Comandante Rodríguez Urbano: *Polémica sobre el combate. Ensayo de una nueva organización militar*», *El Sol*, Madrid (21 de abril de 1933), p. 2.

todo «en aquellas zonas en que el Sr. Rodríguez sale de lo militar para irrumpir en la política...», finalizó el crítico.

La política, en efecto, había llegado a todos los ámbitos de la vida nacional, como no se le ocultaba a Salazar Chapela, a quien se le encomendó también la misión de analizar algunos volúmenes sobre las ideologías en auge. La publicación en español de *Historia del socialismo*, de Harry W. Laidler, le pareció oportuna por su utilidad, pues «generalmente se oyen sobre el socialismo, que no sobre los socialistas, expresiones que demuestran a las claras hasta qué punto se desconocen las líneas esenciales, la urdimbre y la raíz de aquella doctrina»<sup>523</sup>, pensamiento que supone «un resorte político poderoso en la vida contemporánea». También el fascismo —«resorte de dictaduras»— ganaba adeptos en Europa. A Salazar Chapela le parecía curioso que fuera ésta «la tendencia política más pretenciosa de revolución», «palabra (máscara en este caso)» que se venía esgrimiendo, tanto en Italia como en Alemania, «para deslizarse y justificar la brutalidad, junto con la herrumbre, de un poder ejercido de modo personal». Estas reflexiones encabezan el comentario de *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España*, de Giménez Caballero<sup>524</sup>, al que Salazar Chapela ya no tuvo reparos en calificar de «espíritu reaccionario», aunque se resistiera a ingresar «en la reacción definida (Goicoechea, Calvo Sotelo, Gil Robles, etcétera) sin antes darse a sí mismo un equívoco especulativo que lo purifique ante sus propios ojos de reaccionario vulgar». El fundador de *La Gaceta Literaria* miraba «a su propio mundo, el intelectual, aunque sea para combatirlo, con los ojos del reconocimiento», aseguró Salazar Chapela, que

---

<sup>523</sup> E. S. y Ch., «W. Laidler Harry: *Historia del socialismo*», *El Sol*, Madrid (26 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>524</sup> E. S. y Ch., «E. Giménez Caballero: *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España*», *El Sol*, Madrid (16 de diciembre de 1933), p. 4.

había reparado en la insistencia con la que Giménez Caballero citaba en sus escritos a Ortega y Gasset, Unamuno, Baroja o Azaña. «Curiosa antinomia: sentir la España de mohó y tener un estilo, un talento», porque eso es, en opinión del crítico, «lo único bueno de este libro [...]: su talento estilista». A esta obra, finalizó Salazar Chapela volviendo a sus argumentos iniciales, «le acontece [...] lo que al fascismo mismo como teoría y práctica: por fuera, la línea vigorosa, el hábil y estudiado pergeño que anuncia algo; por dentro, nada. A lo sumo, un hilo tenue lírico, tan delgado...».

Dos años antes de que viera la luz esta reseña, Salazar Chapela había publicado un comentario crítico sobre otra obra de Giménez Caballero. La nota apareció en circunstancias bien distintas a las que concurrieron en el análisis de *La nueva catolicidad. Trabalenguas sobre España*, editado por la CIAP, apareció cuando Salazar Chapela todavía se hallaba vinculado a la empresa y a *La Gaceta Literaria*. Se trata, en rigor, de una guía turística, aunque la peculiar personalidad de Giménez Caballero la hubiera convertido en un libro «en extremo vario y sorprendente, así por su texto como por sus grabados», que «posee en todo momento la originalidad indiscutible de su autor»<sup>525</sup>. También contiene algunos de los rasgos más habituales de la prosa de Paul Morand, cuyo nuevo libro, *Londres*, «guía delicada, concreta y espiritual a la vez», fue presentada a los lectores cuando empezaba a declinar la atención que la hoja literaria de *El Sol* le venía dedicando a los libros de viajes<sup>526</sup>. También disminuyó notablemente la consideración que años atrás se les dispensó a los temas sexuales, tendencia que Salazar Chapela consideró «una muestra, sin duda evidente, de la sinceridad del siglo; una

---

<sup>525</sup> E. S. y Ch., «Giménez Caballero, E.: *Trabalenguas sobre España*», *El Sol*, Madrid (5 de julio de 1931), p. 2.

<sup>526</sup> E. S. y Ch., «Paul Morand: *Londres*», *El Sol*, Madrid (21 de julio de 1933), p. 8.

decisión limpia, sin gazmoñería alguna, para acometer todos los temas, aun aquellos de apariencia más sucia»<sup>527</sup>.

Las editoriales, alentadas por la buena acogida que el público dispensó en aquellos años al ensayo —«ese "arte de quedarse solo"», según lo denominó Guillermo Díaz-Plaja<sup>528</sup>— en aquellos años, diversificaron, tanto como les fue posible, su oferta con el fin de llegar a un mayor número de lectores. Para los interesados en el pensamiento filosófico, por el que Salazar Chapela sentía, como ha sido dicho, una gran inclinación, el crítico comentó *La copa de cuasia*, libro «enjundioso y patético» en el que Antonio Rey Soto realiza «un recorrido completo a través de todas las formas dolorosas de la vida, para obtener conclusiones pesimistas, amargas, de la misma»<sup>529</sup>. Las «reflexiones filosóficas y morales» que vertió Fenelón en *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises* le resultaron mucho más gratas al crítico, a quien le complacía especialmente la «cordialidad deliciosa», la «bellísima humanidad» que el autor llevó siempre a sus obras<sup>530</sup>. No pudo sentir lo mismo al leer *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*, volumen en el que Karl Jaspers reflexiona sobre «el trecho brevísimo que va de la gran guerra» al inicio de los años treinta sin poder evitar «la inquietud dolorosa de no saber» si la agitada situación espiritual del momento, llevaba al ser humano «hacia delante o hacia

---

<sup>527</sup> E. S. y Ch., «Juarros, César: *La sexualidad encadenada. Ejemplos y consejos*», *El Sol*, Madrid (3 de julio de 1931), p. 2.

<sup>528</sup> Guillermo Díaz-Plaja, *Memoria de una generación destruida (1930-1936)*. Prólogo de Julián Marias. Sant Cugat del Vallès, Editora Delos-Aymá (Colección Fiel contraste, 1), 1966), p. 118. «Cultivar el ensayo», advirtió el escritor, «es condenarse, absolutamente, al minifundio intelectual. Pero yo quisiera decir, también, que este público que lee ensayos es tan reducido como seguro. No es multitudinario —no puede serlo—, pero es extraordinariamente fiel [...]. Libre de la presión popular —no debiendo, por tanto, plegarse a ella, o adularla—, el ensayista compone su propio existir en una orgullosa independencia» (*idem*).

<sup>529</sup> E. S. y Ch., «Rey Soto, Antonio: *La copa de cuasia*», *El Sol*, Madrid (8 de julio de 1931), p. 2.

atrás»<sup>531</sup>. Sobre el porvenir meditó también Álvaro Fernández Suárez en *Futuro del mundo occidental*, un libro que, a juicio de Salazar Chapela, podría tener muy buena acogida «si en España existiera menos pasión política que la existe actualmente»<sup>532</sup>. En sus páginas, «el autor filia al hombre de nuestros días, presentándonos su singularidad frente al hombre de la Edad Media y del Renacimiento», para llegar a la conclusión de que «el mundo ha entrado en una fase bien distinta», la de «la consagración, no ya del hombre —que vemos desaparecer desvalorizado por todas partes—, sino de la Masa». Por ello, tal vez en un tiempo no muy lejano el individuo sienta «nostalgia por la vida desordenada y anárquica, pero brillantemente creadora, del pasado; la nostalgia de los grandes espíritus de entonces por nuestro propio mundo de hoy...».

Con la misma atracción que siempre sintió por todo lo relacionado con Hispanoamérica leyó Salazar Chapela los volúmenes pertenecientes a este ámbito que reseñó durante el primer bienio republicano. Se trata, en esta ocasión, de *La epopeya de Manuel Lobo*, en la que Luis Enrique Azarola Gil reconstruye «en su totalidad uno de los capítulos más interesantes de la historia de América» —el origen y fundación de la ciudad de Sacramento<sup>533</sup>—; *Del tiempo pasado*, de Artemio de Valle Arizpe, donde «se reúnen “leyendas, tradiciones y sucedidos del Méjico virreinal”»<sup>534</sup>; *Cuatro discursos*, de Rodolfo Reyes, libro en el que se recogen algunas de sus ideas sobre «una posible política española, en modo alguno metropolitana, para

---

<sup>530</sup> E. S. y Ch., «Fenelón: *Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises*», *El Sol*, Madrid (8 de abril de 1933), p. 2.

<sup>531</sup> E. S. y Ch., «Karl Jaspers: *Ambiente espiritual de nuestro tiempo*», *El Sol*, Madrid (5 de diciembre de 1933), p. 4.

<sup>532</sup> E. S. y Ch., «Fernández Suárez, Álvaro: *Futuro del mundo occidental*», *El Sol*, Madrid (12 de enero de 1934), p. 4.

<sup>533</sup> E. S. y Ch., «Azarola Gil, Luis Enrique: *La epopeya de Manuel Lobo*», *El Sol*, Madrid (6 de enero de 1932), p. 2.

<sup>534</sup> E. S. y Ch., «De Valle Arizpe, Artemio: *Del tiempo pasado*», *El Sol*, Madrid (17 de marzo de 1933), p. 2.

con las Repúblicas de Hispanoamérica»<sup>535</sup>, y el *Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional*, cuya publicación le pareció al crítico de una «singular oportunidad», pues «los estudios americanistas» estaban alcanzando entonces «auge notorio en España y fuera de España»<sup>536</sup>.

Sin llegar a pronunciarse sobre «"el problema sefardí"», tan bien acogido por *La Gaceta Literaria* durante la andadura de la revista, Salazar Chapela comentó con detenimiento *El retorno a Sefard. Cien años después de la Inquisición*», volumen de ensayos prologado por Gabriel Alomar con el que J. M. Estrugo, «un israelita sefardí» residente en Estados Unidos, contribuía a enriquecer la extensa «bibliografía filológica, histórica, incluso "costumbrista", acumulada sobre lo sefardí»<sup>537</sup>. Haciendo gala del buen talante con el que ejerció la crítica entonces, Salazar Chapela descubrió valores destacables en las obras de divulgación de las que se ocupó. *El libro de los animales llamados salvajes* «constituye un ejemplo interesante de cuánto puede dar de sí, en orden a la instrucción, la unión felicísima de lo científico y lo literario», escribió al iniciar el comentario del volumen que acababa de publicar la editorial Espasa-Calpe<sup>538</sup>, donde vio la luz asimismo *Viaje sin vuelta. Los "gangsters" de Chicago*, retrato «de la más moderna, interesante y peligrosa de las sociedades actuales»<sup>539</sup>. A la barcelonesa Editorial Labor le envió, nada más iniciar la nota crítica sobre *La economía*

---

<sup>535</sup> E. S. y Ch., «Rodolfo Reyes: *Cuatro discursos: Problemas interhispanicos. Problemas constituyentes. El pensamiento político de España. Mestizaje americano*», *El Sol*, Madrid (12 de septiembre de 1933), p. 4.

<sup>536</sup> E. S. y Ch., «Paz, Julián: *Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional*», *El Sol*, Madrid (18 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>537</sup> E. S. y Ch., «Estrugo, J. M.: *El retorno a Sefard. Cien años después de la Inquisición*», *El Sol*, Madrid (13 de julio de 1933), p. 2.

<sup>538</sup> E. S. y Ch., «Demaison, André: *El libro de los animales llamados salvajes*», *El Sol*, Madrid (8 de marzo de 1933), p. 2.

<sup>539</sup> E. S. y Ch., «Burns, W. N.: *Viaje sin vuelta. Los "gangsters" de Chicago*», *El Sol*, Madrid (16 de junio de 1933), p. 2.

*mundial al alcance de todos*, de Adolfo Weber, «un saludo respetuoso» por el nacimiento de la «Enciclopedia de ciencias jurídicas y sociales», colección en la que habían empezado a aparecer «obras propias para el profesional» que resultaban también «adecuadas al profano, que hallará asequible el tecnicismo científico a favor de una exposición clarísima por elemental»<sup>540</sup>.

Obligado a redactar todas las reseñas que le encomendaron, Salazar Chapela analizó también libros como *Manual del cajista de imprenta*, *La ciencia del mar* o *Jutlandia, la gran batalla inútil*<sup>541</sup>. En estos dos últimos casos, el crítico se vio obligado a reconocer públicamente su incompetencia en oceanografía y en asuntos marinos y guerreros, materias de las que tratan ambos volúmenes. A pesar de ello, intentó, como lo había hecho en otros muchos casos, transmitir una buena opinión de los mismos, pues ésa era, en rigor, la misión que, al parecer, le había sido encomendada.

#### 4.4. El comentario político

Entusiasmado con el nuevo régimen, Salazar Chapela se mostró conforme con la práctica totalidad de las trascendentales iniciativas políticas que promovió el jefe del gabinete durante este primer período republicano, desde la redacción de la Constitución –aprobada por unanimidad el 9 de diciembre de 1931– hasta la promulgación de la controvertida Ley de Reforma Agraria, que entró en vigor en el mes de septiembre de 1932. La elaboración de la Carta Magna cautivó su atención en el inicio de lo que él consideró el «nuevo resurgimiento»<sup>542</sup> de España. «Verá V.», escribía a Guillermo de

---

<sup>540</sup> E. S. y Ch., «Adolfo Weber: *La Economía mundial al alcance de todos*», *El Sol*, Madrid (2 de junio de 1933), p. 2.

<sup>541</sup> E. S. y Ch., «F. Fábregues y J. M. Saavedra: *Manual del cajista de imprenta*», *El Sol*, Madrid (31 de mayo de 1933), p. 2; «Rivera, Doctor Victoriano: *La ciencia del mar*», *El Sol*, Madrid (8 de julio de 1933), p. 2, y «De Mille, Mateo: *Jutlandia, la gran batalla inútil*», *El Sol*, Madrid (8 de junio de 1933), p. 2.

<sup>542</sup> Carta a Guillermo de Torre fechada en Madrid el 17 de octubre de 1937, *art. cit.*.

Torre, residente en Argentina<sup>543</sup>, «que nuestro parlamento está haciendo una buena constitución. Vera V. que se están pronunciando palabras muy bellas. Esto, desde ahí, debe tomar nobilísimas proporciones»<sup>544</sup>. Cuando su trabajo como crítico literario se lo permitió, Salazar Chapela también expresó públicamente sus opiniones políticas, realizando afirmaciones tan inequívocas como las que expresó al reseñar el ensayo *La reforma agraria*, de Antonio Cabezas Díaz: «Acontece con las leyes agrarias», aseguraba Salazar Chapela, «lo que con la República misma: colocada ésta en el centro del país, en el corazón del país, sólo suscita ataques en aquellas dos zonas extrarrábricas, monarcoide y comunistoide, donde lo antinacional subsiste»<sup>545</sup>. Nada sabemos del juicio que le merecieron las actuaciones políticas que ejecutó la República por decisión personal de Azaña –también ministro de la Guerra–, como la reforma del ejército –cuya alargada sombra llegaría hasta el estallido de la guerra civil–, o las leyes que decretaron, a principios de 1932, la disolución de la Compañía de Jesús, el fin de las subvenciones estatales a la Iglesia o el establecimiento de un estricto control gubernamental sobre las órdenes religiosas, a las que, posteriormente, se les prohibió dedicarse a la enseñanza. Sin embargo, no resulta descaminado deducir, a tenor de los críticos comentarios que Salazar Chapela había vertido anteriormente sobre ciertas comunidades religiosas, que el escritor recibió con satisfacción las noticias mencionadas, y que fue precisamente la inicial intención de Azaña de secularizar el poder –expresada muy

---

<sup>543</sup> Entusiasmado por la vida política española, Salazar Chapela lo animaba a regresar con estos argumentos: «Usted debe venir pronto, aunq. [*sic*] no sea más que para ver esto como turista intelectual. Usted, mejor que ninguno de nosotros, podrá ver el cambio» (*idem*).

<sup>544</sup> *Idem*. En la carta que le remitió el 22 de diciembre de ese mismo año le preguntaba: «¿Cómo se ve a Azaña desde ahí? ¿Y a la República en general» (ms. 22830-15 (3), BN).

<sup>545</sup> E. S. y Ch., «Cabezas Díaz, Antonio: *La Reforma agraria*», *El Sol*, Madrid (16 de febrero de 1933), p. 2.

elocuentemente en la polémica y no siempre bien entendida afirmación de que «España ha dejado de ser católica», pronunciada en las Cortes el 13 de octubre de 1931— lo que, como sucedió con muchos de los seguidores del estadista, elevó, a los ojos de Salazar Chapela, el prestigio político de Azaña aún más a partir de entonces. No hay que olvidar que fueron algunos de sus iniciales y contundentes discursos los que le proporcionaron «una reputación marcadamente de izquierda, a pesar de que en su partido predominaba una orientación moderada»<sup>546</sup>.

Como la gran mayoría de los integrantes de Acción Republicana —y buena parte también de los miembros de otros grupos políticos—, Salazar Chapela se mostró en desacuerdo con el deseo de Azaña de satisfacer las demandas autonomistas de Cataluña. El rechazo que sentía el escritor malagueño hacia cualquier forma de nacionalismo que se situara al margen del Estado, expresado durante los años precedentes y reiterado ahora<sup>547</sup>, le impidió aceptar las reivindicaciones mencionadas y el consiguiente desprecio por la capital de la República que manifestaban, cada vez más abiertamente, federalistas y regionalistas, pues consideraban que Madrid era el símbolo del centralismo del que deseaban ser liberados. Salazar Chapela —igual que Azaña<sup>548</sup>— veía la ciudad «como una síntesis, como una mixtura con carácter

---

<sup>546</sup> Juan Avilés Farré, «Un bienio de esperanza y frustración: 1931-1933», en Alicia Alted, Ángeles Egido y María Fernanda Mancebo (eds.), *Manuel Azaña: pensamiento y acción*. Prólogo, selección y comentario de las ilustraciones de Enrique de Rivas. Madrid, Alianza Editorial (Alianza Universidad, 859), 1996, p. 109.

<sup>547</sup> El escritor rechazaba cualquier tipo de reivindicación nacionalista que implicara la separación territorial del Estado. Al reseñar *Portugal nao e ibérico*, de Fran Paxeco, el crítico recordó que «el nacionalismo es un sentimiento. Pero el nacionalismo procura apoyarse siempre, no obstante su calidad sentimental, en la Historia». En el caso de Portugal, Salazar Chapela creía que este país «no necesita de argumentos de clase alguna para afirmar su personalidad nacional» (E. S. y Ch., «Fran Paxeco: *Portugal nao e ibérico*», *El Sol*, Madrid (26 de enero de 1933), p. 2).

<sup>548</sup> Con la llegada de la República, se piensa que la exaltación de la idea de capitalidad es indispensable para el funcionamiento nacional del régimen, para la prosperidad y armonía de la nación entera, por lo que, a iniciativa de Azaña e Indalecio Prieto, se concede a Madrid una asignación de 80 millones para invertir en diez años (el conocido como «Plan

propio, pero formada espiritualmente por las demás regiones<sup>549</sup>», por lo que recomendaba la lectura de *Elucidario de Madrid*, obra que también poseía un valor político: «Ahora que tiene tanta y tan cómica prosperidad el recelo a Madrid –recelo que vale tanto, a nuestro juicio, como el desconocimiento de Madrid–, sería cuestión de que muchos provinciales leyeran el libro de Ramón. Creo verían estos provinciales que Madrid es tan de ellos como de Madrid mismo»<sup>550</sup>, «pues Madrid es el amor hasta de los provincianos, no únicamente de los gatos»<sup>551</sup>. Mucho más explícito se mostró en la reseña que escribió a propósito de la aparición, cuando se estaba discutiendo en las Cortes el Estatuto de Cataluña, de *Panfleto antiseparatista en defensa de España*, de Antonio Zugazagoitia y Frías –título al que ya nos hemos referido–, con el que se mostró plenamente de acuerdo. Porque el autor «no tolera desde su teoría ninguna suerte de separación regional, aunque reconozca [...] la personalidad de las distintas regiones; no consiente autonomías de tipo alguno si ellas vienen en detrimento de España, de la gran comunidad grande, universal»<sup>552</sup>. «Si la mayoría de la Cámara», advertía Salazar Chapela, que no compartía la opinión que habían publicado sobre el libro otros críticos amigos<sup>553</sup>, «abundase en las ideas –de seguro nacionales,

---

Prieto para la capital de España»), presupuesto que permitió, entre otras mejoras urbanísticas, la prolongación del Paseo de la Castellana y la edificación de los Nuevos Ministerios (cfr. José Esteban, *El Madrid de la República*. Madrid, Sílex (Biblioteca de Madrid, 1), 2000, pp. 35-36).

<sup>549</sup> E. S. y Ch., «*Elucidario de Madrid*», *El Sol*, Madrid (25 de octubre de 1931), p. 2.

<sup>550</sup> *Idem*.

<sup>551</sup> Así lo aseguró Salazar Chapela bastantes años más tarde, al desearle unas felices Navidades a Guillermo de Torre «en ese Madrid de nuestros amores» (carta fechada en Londres el 18 de diciembre de 1962; ms. 22830-13 (81) BN).

<sup>552</sup> E. S. y Ch., «Zugazagoitia (A.)», *Panfleto antiseparatista en defensa de España*, *El Sol*, Madrid (5 de abril de 1932), p. 2.

<sup>553</sup> «Esta intolerancia a rajatabla, visible desde la primera línea del panfleto, no se basa en modo alguno, como han deslizado algunos comentaristas del libro (Francisco Ayala, entre otros, en *Luz*), en principios nacionalistas reaccionarios. Precisamente, lo más interesante de la obra, interesante para las izquierdas, es su calidad de postura izquierdista.

nacionalistas, pero también universales, universalistas— del Sr. Zugazagoitia, poco o nada quedaría en pie de aquel Estatuto»<sup>554</sup>. El proyecto de ley salió adelante a pesar de la fuerte oposición parlamentaria que suscitó un complejo debate en el que Azaña se quedó prácticamente solo, y que acabó ganando tras fracasar el intento de golpe militar protagonizado por el general Sanjurjo en agosto de 1932, del que salió políticamente reforzado el presidente del Consejo de Ministros<sup>555</sup>.

Con todo, lo que más complació a Salazar Chapela fue la política cultural de la República<sup>556</sup>. Las iniciativas emprendidas en favor del hasta entonces desatendido sistema de enseñanza español<sup>557</sup>, la creación de Misiones

---

Zugazagoitia habla en nombre de la libertad. Si condena el regionalismo no lo hace en nombre del pasado, sino en nombre del porvenir. Para Zugazagoitia es el regionalismo una forma, la más funesta, de los principios y sentimientos reaccionarios de las comarcas» (*idem*).

<sup>554</sup> *Idem*.

<sup>555</sup> Cfr. Juan Avilés Farré, «Un bienio de esperanza y frustración: 1931-1933», *art. cit.*, pp. 110-111.

<sup>556</sup> «El intento de transformación de las perspectivas educativas y culturales, que se inició en el Primer Bienio de la Segunda República, constituye el hecho más significativo y la obra más positiva de esta Segunda República» (Eduardo Huertas Vázquez, *La política cultural de la Segunda República Española*. Prólogo de Enrique Tierno Galván. Madrid, Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Centro Nacional de Información y Documentación del Patrimonio Histórico, 1988, p. 19). El autor recuerda que, durante el primer bienio republicano, «conocido como Bienio "rojo"», «la cultura es valorada [...] como un servicio público de prestación ineludible, esencialmente por el Estado [...]. La forma de prestación ha de ser a través de la institucionalización de la propia cultura. Por lo tanto, la prestación de la cultura no ha de llevarse a efecto a través de actividades esporádicas, sino a través de la creación de instituciones y órganos que aseguren una prestación planificada y continuada. Por otro lado, estas instituciones han de ser instituciones de naturaleza educativa. Pues [...] el concepto de la cultura va a ser identificado con el concepto de "enseñanza" de una forma clara y directa en algún caso, y, en otros, en una forma indirecta y mediata» (*ibidem*, p. 24).

<sup>557</sup> Durante la Dictadura de Primo de Rivera, Salazar Chapela reseñó el libro en el que Luis Bello reunió algunos de los artículos de la serie «Viaje por las escuelas de España», que venía publicando en *El Sol*, en los que denunció la lamentable situación en la que se encontraban los centros de enseñanza del país, un desolador panorama cuyo final desearon, en bien de la sociedad española, tanto el autor como el crítico (E. Salazar y Chapela, «Luis Bello, *Viaje por las escuelas de España*», *El Sol* (31 de mayo de 1927), p. 2).

Pedagógicas en mayo de 1931<sup>558</sup> –de las que dependía el grupo teatral La Barraca, cuya primera gira tuvo lugar en el verano de 1932–, la creación en ese mismo año de la Universidad de Verano de Santander, o la mejora de las bibliotecas públicas<sup>559</sup>, evidenciaron que, «para los republicanos de izquierda [...], la República era algo más que un conjunto de reglas de juego democráticas: era el cauce a través del cual se realizaría un determinado proyecto de modernización de España»<sup>560</sup>, un proyecto del que debía ocuparse el estado educador en el que creían, desde una misma perspectiva liberal, tanto Azaña como Salazar Chapela.

#### 4.4.1. La esperanza liberal

Fueron las ideas krausistas «sobre materias diversas, tales como educación, derecho, arte, problemas económicos españoles e historia cultural, [las que] influyeron decisivamente en el programa de la República de 1931»<sup>561</sup>. De

---

<sup>558</sup> El informe de las actividades realizadas durante sus dos primeros años de vida, publicado en 1934, ha sido reeditado por María Dolores Cabra Loredó en el volumen *Misiones Pedagógicas. Septiembre de 1931-Diciembre de 1933. Informes, I* (Madrid, Ediciones El Museo Universal, 1992). Sobre el funcionamiento y la significación de esta iniciativa puede verse el artículo de Francisco Caudet «Las Misiones Pedagógicas», publicado en *Cuadernos Hispanoamericanos*, (Madrid, marzo de 1988) e incluido posteriormente en su libro *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*. Madrid, Ediciones de la Torre (Nuestro Mundo: Historia, 39), 1993, pp. 83-106. En recuerdo de las Misiones Pedagógicas y de su impulsor, Manuel B. Cossío, el *Boletín del Instituto Español*, del que fue director y redactor Salazar Chapela, reprodujo, con motivo del duodécimo aniversario de su muerte, el mensaje que Cossío redactó al final de su vida para explicar la significación de su gran obra educativa (cfr. «Las Misiones Pedagógicas de Cossío», *Boletín del Instituto Español*, Londres, 3 (octubre de 1947), p. 17).

<sup>559</sup> «La Biblioteca Nacional es ahora un organismo vivo –es decir, un organismo en acción constante, en producción–, cuyas funciones están reguladas, a la mayor gloria de la cultura nacional, por D. Miguel Artigas», escribía Salazar Chapela al dar noticia de la aparición del *Catálogo de manuscritos de América existentes en la Biblioteca Nacional*, preparado por Julián Paz (art. cit.).

<sup>560</sup> Juan Avilés Farré, «Un bienio de esperanza y frustración: 1931-1933», art. cit., p. 106.

<sup>561</sup> Gabriel Jackson, «El régimen de Azaña en perspectiva (España, 1931-1933)», art. cit., p. 63.

hecho, «el pensamiento krausista y republicano realizó su más concreta expresión en los años 1931-1933»<sup>562</sup>. Desde hacía lustros, Azaña compartía con institucionistas y regeneracionistas la convicción de que sólo mediante la educación podría lograrse la modernización del país; coincidía con las corrientes reformadoras en la creencia de que no debían realizarse cambios violentos en las instituciones, y anhelaba la europeización de España. Pero, además –y a diferencia de todas las corrientes de pensamiento mencionadas–, había «en él una defensa a ultranza de los valores liberal-democráticos»<sup>563</sup>, pues para el Azaña que había vivido la Dictadura de Primo de Rivera «únicamente es admisible la forma de Estado de la democracia, y no caben reformas bajo regímenes que, argumentando con la eficacia, supongan realmente un ataque a la libertad»<sup>564</sup>. Porque, según creía, «la verdad universal que debe orientar [...] toda acción política es la verdad de la libertad»<sup>565</sup>. Por ello, Azaña actuó siempre como «un liberal jacobino, que es probablemente la única forma de ser liberal allí en donde el liberalismo no constituye la base de toda cultura política»<sup>566</sup>, lo que le valió «el calificativo de revolucionario con que unánimemente fue calificado por la derecha española»<sup>567</sup> de entonces, aunque la actual realice una apropiación indebida de su figura y de su obra<sup>568</sup>, en parte debido a los múltiples y distintos

---

<sup>562</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>563</sup> Manuel Aragón, «Estudio preliminar», en Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diario de la guerra de España*. Edición de Manuel Aragón. Madrid, Editorial Castalia (Biblioteca de Pensamiento), 1981, p. 21.

<sup>564</sup> *Ibidem*, pp. 21-22.

<sup>565</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>566</sup> *Idem*.

<sup>567</sup> José Peña González, *Manuel Azaña, el hombre, el intelectual y el político*. Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey (Alcalá Ensayo, 13), 1991, p. 170.

<sup>568</sup> Alberto Reig Tapia recoge, a este respecto, un fragmento del artículo de Miguel García Posada titulado «El PP y la generación del 27», que fue publicado en la página 9 del diario madrileño *El País* el 28 de agosto de 1995. Dice así: «Un Aznar que viene invocando repetidamente el nombre del Presidente de la II República. Invocación más grave que la apelación laudatoria a los poetas del 27, porque Aznar es un político situado en las antípodas del liberalismo jacobino de don Manuel que hoy hubiera sido un más o

significados que poseen hoy los términos *liberalismo* y *neoliberalismo*, ajenos casi siempre al ideal político en el que se inspiró el pensamiento de Azaña<sup>569</sup>.

Lógicamente, el presidente del Consejo de Ministros también recibió las críticas de la entonces minoritaria izquierda marxista y extraparlamentaria<sup>570</sup> que creía llegada la hora de la revolución socialista –la única que consideraba auténtica–, por lo que no podía aceptar una política que para ella no era sino una forma más de reformismo burgués. Contra esa izquierda marxista alzó su voz Salazar Chapela<sup>571</sup> –como también lo hizo para censurar a los monárquicos–, convencido de que España era ya un país liberal, no sólo por

menos templado social-demócrata cuyas convicciones centrales –laicismo, escuela pública, prevalencia irrestricta del poder civil– no habrían recibido, a buen seguro, los aplausos de un Partido como el Popular tan concorde en tantos puntos con la doctrina de la Iglesia» (citado en «Tormento y éxtasis de Manuel Azaña: del infierno masónico al edén conservador», en Alicia Alted, Ángeles Egido y María Fernanda Mancebo (eds.), *Manuel Azaña: pensamiento y acción*, ob. cit., p. 344).

<sup>569</sup> Para distinguir las diferentes concepciones del liberalismo clásico –nacidas en la segunda mitad del siglo XVIII a partir de las dos grandes doctrinas morales de Occidente, el derecho natural y el utilitarismo–, del ultraliberalismo, que tuvo su origen en el siglo XIX, es de gran utilidad el ensayo de Francisco Vergara *Introducción a los fundamentos filosóficos del liberalismo* (Madrid, Alianza Editorial (El libro universitario. Materiales/ Filosofía y Pensamiento, 13), 1999).

<sup>570</sup> Cabe recordar que el Partido Comunista contaba con unos mil miembros en la primavera de 1931 (cfr. G. Jackson, «El régimen de Azaña en perspectiva (España, 1931-1933)», art. cit., p. 67, n. 13).

<sup>571</sup> La reseña del libro de Ramón Franco *Declamos ayer...* ilustra perfectamente la posición de Salazar Chapela al respecto. Franco, recordó el crítico, «desempeñó un papel simpático» durante el período prerrevolucionario: «Todos recordamos la emoción de aquella mañana madrileña, tan perpleja de luz, cuando este arriesgado militar arrojaba sobre las azoteas, desde un avión hurtado a Cuatro Vientos, las proclamas de una mentida proclamación de la República». Pero, llegada ésta, «Franco continúa caminando revolucionariamente hasta dar de bruces en una suerte de "comunismo libertario". ¿Es de extrañar que en esta actitud le parezca reprochable, por escasamente revolucionario, cuanto la República ha hecho hasta ahora?», se preguntaba Salazar Chapela. Para concluir su comentario, en el que no debía «refutar la política de un libro, aunque ésta se nos antoje equivocada», se limitó a señalar «el carácter de disconformidad con todo» del volumen, «libro en mucho incoherente, escrito sin duda de muy buena fe», pero que «no logra darnos una idea clara de lo que preconiza su autor. Acaso esta confusión en la expresión sea un

la política que se estaba desarrollando –y que no imaginaba que pudiera dejar de practicarse–, sino porque, según creía, el liberalismo era consustancial con el carácter español.

En ese contexto se fue concretando la ideología liberal de Salazar Chapela, de la que haría una apología sistemática en los años venideros. La práctica política de Azaña durante el primer bienio republicano contribuyó a que el joven escritor radicalizara su pensamiento, más allá del reformismo por el que se había sentido atraído desde su más temprana juventud, influido sobre todo por la lectura de la obra de Ortega y Gasset. Con Azaña coincidía Salazar Chapela en su profundo conocimiento de la cultura francesa y en la admiración por la obra de Rousseau<sup>572</sup>. Como Azaña, Salazar Chapela creía que, frente al liberalismo manchesteriano del *laissez faire*, el Estado es «el instrumento por antonomasia para la realización de la libertad»<sup>573</sup>. Por tanto, debe serlo de toda la nación, debe velar por todos los hombres –por todos los ciudadanos–, debe actuar como «agente motor y creador..., impulsor..., director..., orientador...»<sup>574</sup>. Esta concepción del Estado, que no puede estar al servicio de determinadas doctrinas políticas o religiosas, explica el laicismo –que no anticlericalismo– tanto de Azaña<sup>575</sup> como de Salazar

trasunto, riguroso o débil, de la confusión en las propias ideas del Sr. Franco...» (E. S. y Ch., «Ramón Franco: Decíamos ayer...», *El Sol*, Madrid (18 de abril de 1933), p. 2).

<sup>572</sup> Azaña apreciaba sobre todo al Rousseau del *Contrato social*, aunque, como ha señalado José Peña González, «en muchas ocasiones sus diarios reflejan incluso influencias literarias en su desnudo intimismo con el autor de las *Confesiones*» (Manuel Azaña, *el hombre, el intelectual y el político, ob. cit.*, p. 177).

<sup>573</sup> Manuel Aragón, «Estudio preliminar», *art. cit.*, p. 28.

<sup>574</sup> Discurso de Azaña pronunciado el 11 de febrero de 1934, citado por Manuel Aragón, *ibidem*, p. 32.

<sup>575</sup> Aunque el político apareció ante una buena parte de la opinión pública como encarnación del anticlericalismo republicano, en realidad fue «un laicista más que un anticlerical, porque su conocimiento de España y de su historia, además de su racionalismo, le impedían tratar el tema de la Iglesia en los términos de despego y desprecio con que solían manifestarse muchos de los adversarios de la institución religiosa» (Manuel Muela, «Azaña y la Iglesia», en Ángeles Egido León (ed.), *Azaña y los otros*. Madrid, Editorial Biblioteca Nueva (Colección Historia Biblioteca Nueva), 2001, p. 69; volumen publicado

Chapela, así como el rechazo que les inspiró siempre el ideario anarquista<sup>576</sup>. Ambos pecarían también de cierta ingenuidad política, pues, como pudo comprobarse con el transcurso del tiempo, conceder «la primacía a los planteamientos teóricos de clara progenie racionalista, sin contar con la estructura social ni con lo que en terminología actual se llaman los poderes fácticos, había de ser fatal para el liberalismo hispánico»<sup>577</sup>.

#### 4.3.2. «Equívocos» e «Improntas»

El Gobierno del «Bienio azañista» pudo haber tenido en la prensa del momento un eficaz comentarista de su programa político en la persona de Salazar Chapela, función que no le fue posible desempeñar en *El Sol*, como él hubiera deseado. Los vaivenes ideológicos de su línea editorial sólo le permitieron desarrollar su labor como articulista de opinión durante unos pocos meses, tiempo en el que el escritor compaginó la crítica literaria con la publicación de una sección propia, denominada «Equívocos», en la que vieron la luz, entre los meses de junio y agosto de 1932, cuatro colaboraciones. Con estos textos, tal y como sugiere el antetítulo, Salazar Chapela se propuso contrarrestar rumores y opiniones que en nada favorecían ni a la República ni a su Ejecutivo, al que apoyó incondicionalmente, del mismo modo que lo hizo en el caso de Azaña, aunque no lo nombre.

El primer error que Salazar Chapela quiso combatir fue la idea –bastante extendida desde la llegada del nuevo régimen– de que era el Estado el

---

inicialmente por el Centro de Investigación y Estudios Republicanos (CIERE) como número especial monográfico de *Cuadernos Republicanos*, Madrid (noviembre de 2000).

<sup>576</sup> «Yo no he tenido nunca simpatía por el anarquismo, pues el anarquismo me ha parecido siempre una quimera», confiesa el personaje que actúa como portavoz del pensamiento de Salazar Chapela en «Destino y casualidad» (*Cuadernos*, París, 85 (junio de 1964), p. 60).

<sup>577</sup> José Peña González, *Manuel Azaña, el hombre, el intelectual y el político*, ob. cit., p. 173.

responsable de todo lo que no marchara como era de esperar. «Por muy socialistas que seamos, por muy beatos del Estado que seamos, hay que afirmar que muchas cosas —la mitad por lo menos de las que integran la nación, desde el clima hasta el humor de sus habitantes— no son de la competencia del Estado», advirtió el escritor nada más comenzar su artículo<sup>578</sup>, en el que incluyó después algunos ejemplos explicativos. «Si usted está de mal humor», supuso Salazar Chapela dirigiéndose al lector, el Estado no tiene la culpa. «Si su mujer de usted, siguiendo añejas costumbres conyugales, tiene el arcaico gusto de maltratar a usted», prosiguió, tampoco es responsable de ello el Estado. En el primer caso, éste puede «ofrecer a usted por medio de su Municipio, si usted vive en Madrid, la Moncloa, el Parque del Oeste, el Retiro, lugares éstos donde usted podrá sin duda, al contacto con la Naturaleza, suavizar su espíritu, lubricar su carácter». En el segundo supuesto, «el Estado puede ofrecer a usted flamantes leyes de divorcio, que usted podrá utilizar o no, según el terror que le inspire a usted su mujer».

Lo mismo sucede con la literatura, a la que se refirió el escritor en primer lugar tras reproducir el comentario que había escuchado, a la salida de un teatro, en boca de «un incipiente autor dramático»<sup>579</sup>. El Estado, recordó Salazar Chapela, sólo

puede sostener, si quiere, una editora, como puede sostener, si le da la gana, un teatro. ¿Pero las obras? El Estado no puede insinuar a sus dramaturgos: «Tengan la amabilidad de escribirme *La vida es sueño*». No debe decir el Estado a sus novelistas: «A ver si me hacen ustedes un *Quijote*». El Estado puede amparar a sus mejores novelistas, a sus mejores dramaturgos; pero no puede levantar un género literario decaído, puesto que levantar un género literario decaído no es una obra de creación conjunta, sino una obra de creación individual. Con respecto a

---

<sup>578</sup> E. Salazar y Chapela, «Equivocos. El Estado, pared maestra», *El Sol*, Madrid (26 de junio de 1932), p. 3.

<sup>579</sup> «"Es repugnante [...]. El Estado debe intervenir. Con una literatura teatral espléndida, con un abolengo teatral universal, descender a representar estas cosas..."». Es más que probable que Salazar Chapela tomara la decisión de escribir su artículo después de escuchar este comentario.

España, el Estado está haciendo mucho en estos días por el teatro. Pero cuanto más haga, más se verá lo poco que puede hacer el Estado en este orden. Tuviéramos cuatro Shaw, un Lenormand, dos Pirandello, tres O'Neill, y ya veríamos al teatro crecer y elevarse, sin intervención del Estado, a la altura de aquellos temperamentos.

Las cuestiones personales o artísticas «no pertenecen al Estado» sino al individuo. «Un gran Estado, ocupado de todo y dispuesto a elevarlo todo, es una gran cosa», pero eso «es tomar al Estado, una cosa muy seria, como una pared maestra donde apoyarnos –por pereza–», advirtió el escritor. Para combatirla, Salazar Chapela se dirigía a los lectores, con los que compartía la misma inquietud que sentían todos los españoles «desde que advino la República»: «lo que debe ser el Estado», «lo que hace el Estado», «lo que el Estado debe hacer». Era ésta, en su opinión, «una preocupación [...] muy sana, pero también muy cómoda, sobre todo para quienes no intervienen en la dirección del Estado». De ella «se pasa a veces a la idea, también cómoda, pero no por ello menos zozobra, de que el Estado deba resolver todo al ciudadano republicano, y no sólo con un empleo o con un cargo, que ello sería disculpable en estos tiempos», añadió con ironía, «sino haciendo por sí aquellas cosas que corresponden exclusivamente al individuo».

Ése no era el camino, porque «por muchas vueltas que le demos, siempre nos parecerá más fácil que un gran pueblo se labre su propio gran Estado que no que un gran Estado se fabrique para sí mismo un gran pueblo». Por ello, «mientras ese Estado se aproxima, a pasos lentos, por las veredas que vierten en la Historia, resignémonos a la idea de que hay que ser un gran pueblo para tener un gran Estado. Fortifiquémonos en aquél para obtener éste». Había que pensar, concluyó Salazar Chapela dirigiéndose una vez más al lector, que «el Estado, que no cuenta aún quince meses, no [...] puede dar más». Es evidente que el escritor estaba pidiendo a los ciudadanos confianza y colaboración para con el Gobierno republicano.

Quince días después, Salazar Chapela se propuso ensalzar la figura política del jefe del Consejo de Ministros, aunque su nombre no se mencione en ningún momento en el artículo, cuyo llamativo título, «La farsa del político», desmiente el escritor nada más comenzar su exposición: «Lo que caracteriza al político –en comparación con las demás actividades existentes, incluso con la actividad intelectual– es su incapacidad de mentir», porque, «llegada la hora de [...] gobernar, si no es político, se cae»<sup>580</sup>. Le sucede igual que al torero, explica el escritor para hacerse entender. «Llega un momento [...] en que el político queda a solas con el toro de su profesión, distante de su cuadrilla o partido, a cuerpo limpio. Allí no hay farsa ni mentira, ni intriga, sino la realidad de una plaza rebosante, todo un pueblo, pendiente de la faena del diestro». Entonces «no hay que perdonarle las verónicas falsas, ni los falsos capotazos, ni los pases al alimón. Hay que aceptarlos como se aceptan en la plaza de toros, como faenas que tienen gracia *per se* y que vienen a ser, al cabo, preparatorias para el momento de cuadrar una ley, descabellar una votación o apuntillar un decreto».

El verdadero político se revela como tal «por su decisión de afrontar la realidad, sus baches y peraltes». Aquí «no cabe, al contrario que en otras [profesiones], el aficionado disfrazado de profesional», como se ha venido demostrando diariamente desde la llegada de la República<sup>581</sup>. Salazar Chapela lo había podido comprobar en su entorno: «Amigos que uno creyó políticos, vimos al momento que nada tenían de políticos; amigos que no

---

<sup>580</sup> E. Salazar y Chapela, «Equívocos. La farsa del político», *El Sol*, Madrid (10 de julio de 1932), p. 3.

<sup>581</sup> Como es sabido, fueron muchos los escritores y artistas designados para desempeñar cargos políticos a la llegada de la República, práctica que fue censurada públicamente en aquellos años. Francisco de Cossío «lamentó la ausencia de políticos profesionales en el momento en que más falta le hacían a España» en «Política de aficionados. Hacen falta profesionales», artículo publicado en la primera página de *El Sol* el 23 de junio de 1931 (cfr. Víctor Ouimette, *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*. Volumen I. Valencia, Editorial Pre-Textos (Hispanicas, 333), 1998, p. 47)

creíamos políticos, resultaron efectivos políticos». La conclusión era evidente para él: «se tiene temperamento político como se tiene la nariz chata, y se suele tener la nariz chata, os lo aseguro, con una evidencia realmente espantable», como sucedía en su caso. De poco servía, consideró Salazar Chapela, la experiencia anterior:

Durante la Dictadura, todos fuimos un poco políticos. Como estábamos encadenados, sólo el gesto bastaba para simular la profesión. La política era entonces compatible con nuestro oficio, fuera éste el que fuera, porque la política que hacíamos no podía ser otra, dadas las circunstancias, que la protesta. No es que nos parezca mal la protesta, sobre todo en la Dictadura: es que la protesta, sobre ser algo en extremo fácil, nos hizo creer a muchos, los ingenuos, en condiciones políticas que no teníamos.

Por ello «extraña y engaña a muchos el hecho repetido de que un gran político, en España como en otros países, vino siempre de la literatura». Ése fue el caso de Disraeli y de Cánovas, dos «estadistas». ¿Qué podían hacer? «La literatura es para el literato la única realización posible de sí mismo; para el político, y en tanto le llega su hora, es la literatura un consuelo. Un literato escribe porque no sabe hacer otra cosa; un político escribe cuando no puede hacer otra cosa». Al ciudadano español no debían engañarle los orígenes, «por mucha literatura que haya hecho el político, por muy buena que sea esta literatura que haya hecho el político». Porque éste, si lo es verdaderamente —como Azaña—, acaba sometiéndose a una «rigurosa prueba. Una hora en la cual, con el auxilio de todas las farsas que ustedes quieran, se pronuncian varios posibles sofismas, se afirma acaso que lo negro es blanco, pero se lleva a cabo un hecho concreto verdadero». Como vemos, el escritor —para quien «el político pertenece a una clase humana radicalmente distinta de la del escritor»<sup>582</sup>— no pretendía censurar a los intelectuales que se habían iniciado en esta actividad por razones coyunturales; quería, por el contrario,

---

<sup>582</sup> *Ibidem*, p. 47, n. 55.

que la opinión pública reparara en la valía de los políticos a los que las circunstancias les habían obligado a desarrollar otras ocupaciones antes de poder demostrar su capacidad de gobierno.

En defensa de Manuel Azaña podría haber escrito también «Personalismos», artículo en el que Salazar Chapela no se limitó a censurar una costumbre española que le parecía especialmente reprobable –por lo que volvería a aludir a ella en otras colaboraciones periodísticas–, sino que pretendía alertar del peligro que suponía su seguimiento en materia política. En este país, la expresión «le falta simpatía» cae «sobre cualquier persona con extrema frecuencia. Con extrema violencia», pues, «por aquella leve sustracción, queda un individuo, sea grande o pequeño, como inhabilitado de modo universal»<sup>583</sup>. Aquí «se cotiza –y de qué modo– lo simpático», aunque es evidente que «lo mismo un puente que un rascacielos, lo mismo una partitura que una operación quirúrgica, lo mismo un poema que un cuadro, no se hacen precisamente con simpatía, sino con talento».

También en la política la simpatía «juega un gran papel» Es «una suerte de salvoconducto, un santo y seña aceptado por todos los centinelas, por todos los cancerberos del país». Sirve para disculpar o para olvidar «la pigracia» o «la ineptitud de un sujeto». En «esta cotización de lo simpático» se localiza «el origen del personalismo español», personalismo que el ciudadano «sufre o goza [...] allí donde entra, allí donde está». Es «aquella disposición de ánimo por la cual otorgamos más importancia al modo de sonreír que a la aptitud, al color del pelo que a la capacidad de trabajo, al vestir elegante que al peritaje». Así podremos seleccionar artistas para enviarlas a «Hollywood»; de este modo obtendremos «un bello conjunto para las tablas», advirtió Salazar Chapela, pero esta forma de proceder no es la más

---

<sup>583</sup> E. Salazar y Chapela, «Equívocos. Personalismos», *El Sol*, Madrid (5 de agosto de 1932), p. 8.

adecuada «para las actividades, por decirlo así, irónicas, impersonales, que son las que empujan a un país –como apoyado en la aptitud– con fuerza serena, segura y maquinista». En opinión de Salazar Chapela, el personalismo –«una forma de selección animal, muy parecida a las ferias de ganados y a las Exposiciones caninas»– tiene su origen en la ignorancia.

El 21 de agosto de 1932, once días después de la sublevación de Sanjurjo, veía la luz la última colaboración del escritor en la sección «Equívocos». Se trataba en esta ocasión de un comentario acerca de las principales formaciones políticas españolas en el que Salazar Chapela tuvo en cuenta sus denominaciones, porque «la política es acción, pero acción condicionada por la palabra, el programa o el plan»<sup>584</sup>. Por ello «la conveniencia del nombre de una política a la política del mismo nombre tiene [...] excepcional importancia». Así lo había demostrado últimamente el Partido Radical de Alejandro Lerroux. Desviado éste «en algo de la trayectoria indicada por su nombre [...], los pasajeros del partido, igual que los pasajeros de un ómnibus, se llaman a engaño, se apean del ómnibus, es decir, se alejan del partido», aseguró Salazar Chapela con evidente tendenciosidad, pues era consciente del interés que suscitaba el líder del Partido Radical en algunos sectores de población. También es cierto, prosiguió el escritor, que excepcionalmente el nombre posee un «propósito borroso, inexpresivo, para ocultar más y mejor supuestos y direcciones que no conviene explicar a las claras», como sucedía entonces con el Partido Agrario, futuro aliado de la CEDA. Contra estas dos formaciones arremetió Salazar Chapela a cuenta de lo inapropiado de sus nombres:

¿Acaso es ocioso llamarse radical (radical, si no nos desmiente Unamuno, viene de raíz) y no llevar consigo ninguna reforma de raíz, radical? ¿Es ocioso llamarse

---

<sup>584</sup> E. Salazar y Chapela, «Equívocos. Los nombres de los partidos», *El Sol*, Madrid (21 de agosto de 1932), p. 4.

agrario (agrario, si tampoco esta vez nos desmiente Unamuno, significa campo o lo que al campo pertenece) y divorciarse definitivamente dentro y fuera del Parlamento, de cualquier reforma agraria?

Pero también pasó revista al resto de grupos parlamentarios con comentarios que revelan muy a las claras su posición política. El Partido Socialista «tiene el nombre que le conviene, tanto cuando tira como cuando afloja, tanto cuando exige como cuando cede», aseguró. Con estas palabras aludía Salazar Chapela a las dificultades internas y externas que había provocado la presencia de dicha formación en la coalición gubernamental. Sobre su actuación en el Parlamento, contraria en ocasiones a su ideario, el escritor no quiso pronunciarse abiertamente, aunque sí recordó «su *flirt* con el regionalismo, con el particularismo, con los hechos diferenciales, con las lenguas locales, con Macià», actitud que le pareció opuesta a sus principios y con la que, lógicamente, no estaba de acuerdo. También el Partido Progresista de Alcalá Zamora tenía el nombre que le correspondía, afirmó Salazar Chapela con ironía. «El progresista está muy bien», aseguró,

y acaso por su propia amable equivocación: porque viene a preconizar el evolucionismo en una época en que la política –igual que los saltamontes– anda por saltos. Está muy bien este nombre con D. Niceto como presidente, tan grato como feliz trashumante por la calle de Don Francisco Giner, por la plaza de Oriente, por los jardines de la Granja, por Priego. El progresista es un partido de hornacina y viene a tener el marbete al pie de la hornacina que le pertenece: progresista.

Al Partido Republicano Radical Socialista, al que, como ha sido dicho, había estado afiliado Salazar Chapela, le reconoció el mérito de haber sido «el único partido que dijo “pío”, cuando menos, en plena dictadura». En la actualidad, la formación de Marcelino Domingo iba «con sus hombres sinceramente de babor a estribor, de lo socialista a lo radical, de lo radical a lo socialista, en un continuo y siempre renovado abrazo de Vergara». Se había quedado anclado en la actitud protestaria, «proveniente tanto de sus principios radicales y socialistas como de su inercia –o sea su historia–». La

opinión que le merecía la Agrupación al Servicio de la República no podía ser favorable de ningún modo. «La palabra agrupación, al revés que la palabra partido, evita la lucha», afirmó al inicio de su análisis. «Un partido afirma y niega», mientras que «una agrupación no afirma ni niega, carece de doctrina y no polemiza». Por ello

don José Ortega y Gasset se apea de su coche en el Parlamento, se acomoda entre Unamuno y Maura (es significativa, es expresiva esta equidistancia entre Maura y Unamuno), habla este día. El hemiciclo se transforma, por virtud de la palabra de D. José, en paraninfo; el paraninfo, en una caja de metáforas; las metáforas, en política; la política, en filosofía de la historia; la filosofía de la historia, en imagen. Después D. José Ortega y Gasset sale del paraninfo, es decir, del Parlamento, a la calle, sube a su coche, vase, desaparece. Hasta otro día. Hasta otro día en que la agrupación, tan servicial como distante, sienta necesidad de prestar un nuevo servicio a la República (Al fondo el doctor Marañón, consecuente con su «darma», escribe sus espléndidos ensayos, visita a sus enfermos; más al fondo, en Londres, Pérez de Ayala se retrata con Antonia Mercé).

En último lugar, el escritor se detuvo en Acción Republicana, formación que, como lo indican su nombre y el día a día, había nacido «bajo el signo de la acción». Porque, «sin negar[le] su abolengo, su actuación anterior a la República, hay que señalar que este partido se agranda y cristaliza desde el Gobierno». Su historia es poco corriente: «todos, casi todos los partidos, se hacen primero, gobiernan después. Acción Republicana se hace gobernando», y es «Azaña, en movimiento o en acción de gobierno, ya desde el ministerio de la Guerra, ya desde la Presidencia», quien «indica la dirección de su propio partido [...]. Acción Republicana ha comenzado [...] por la acción o por la práctica, de las cuales se desprende la significación del partido, su teoría», ideario con el que Salazar Chapela estaba de acuerdo. Pero lo más importante, y éste es el mensaje final que encierra el artículo, es que «la política es acción», y «no basta llamarse, ni siquiera parecer, esto o lo otro: hay que serlo. De lo contrario se corre el riesgo de embarcar

correligionarios que no lo sean propiamente. O se corre el riesgo, acaso peor, de no embarcar correligionario alguno», advertía.

Sin duda había en aquel entonces otros muchos «equivocos» políticos que Salazar Chapela hubiera deseado rectificar. Pero su sección dejó de publicarse, y el escritor continuó como crítico literario en *El Sol*, donde, a principios de 1933, tendría una nueva oportunidad de continuar con el articulismo de opinión, género que, en esos momentos, le interesaba mucho más que el comentario de libros. Iniciaba así una nueva sección, «Improntas», en la que sólo vería la luz una colaboración en el periódico de la mañana, pero cuyo título mantendría después, y por varios años —como veremos en el próximo capítulo—, en el vespertino *La Voz*. En esta primera ocasión, se lamentaba Salazar Chapela de «la monomanía» que las políticas de otros países —la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y la Rusia comunista<sup>585</sup>— despertaban entonces en muchos españoles. «La simpatía o antipatía por un tipo de política» alcanza la categoría de «manía» cuando, como en este caso, se pretende «transgredir una famosa ley física: la ley de la impenetrabilidad». Según ésta, «donde está España no puede estar Rusia; donde está Italia no puede estar España. Y viceversa». Además, «los pueblos no son tan sólo su orografía, o sea su historia; son los pueblos, también, sus habitantes», por lo que la impenetrabilidad es también espiritual, de modo que «donde está un español no puede estar un ruso; donde está un italiano no puede estar un español. Y viceversa».

Según lo dicho, no puede darse, como desean los perturbados sobre los que escribió Salazar Chapela, «una España a imagen y semejanza de la de

---

<sup>585</sup> «Por Francia, si hay monomanía», puntualizó el escritor, «no es política, sino literaria, es decir, pedagógica: por su manera de escribir, por su estilo». Tampoco aludía al interés que podía suscitar Inglaterra, «puesto que por Inglaterra, si hay monomanía, y claro está que la hay, tampoco es política, sino complejísima en su cursilería eminente: por el cáñamo rubio, por los guantes de Escocia» (E. Salazar y Chapela, «Improntas. Archipiélago de manías», *El Sol*, Madrid (4 de febrero de 1933), p. 10).

Mussolini», por mucho que busque «el monomaniático, en el *stock* de nuestros hombres públicos, un labio superior donde aposentar un bigote a lo Hitler»; por mucho que llore «el comunista –como lo lloró a su modo un ruso, Elías Erenburg [*sic*], en su libro sobre España, el espíritu democrático, liberal de la República española. El espíritu liberal de España»<sup>586</sup>.

Para el escritor, las causas de la proliferación de «jóvenes maniáticos españoles» en aquel momento estaban muy claras. «Desde que tuvieron uso de razón política» sólo oyeron decir a sus mayores «frases pesimistas sobre el país. Con todo cuanto ello ha tenido de legítima protesta, de malhumor inteligente, de indignación patriótica, es lo cierto que desde Larra hasta hace poco no se había proferido en España ninguna palabra sensata optimista. Es decir: constructiva». Para demostrarlo, Salazar Chapela aportaba algunos elocuentes ejemplos:

Una de las figuras mejor dotadas del siglo pasado, Cánovas del Castillo, tuvo la amabilidad de gobernarnos con soberano desprecio. Otra figura ejemplar, pero de veras manca, Costa, afirmaba que los españoles carecían de no recordamos qué glándulas. Toda la espléndida generación del 98, negando la actualidad, revolviéndose contra ella, negaba el porvenir.

Por tanto, «la tierra de promisión, el paraíso prometido a cualquier partido, no estando en nuestro suelo, había de estar, por fuerza, en algún sitio». En ese estado de descontento, «no sólo de un régimen, sino también y más dolorosamente de lo propio», llegó la Segunda República, «la revolución, la cual nos reconcilió de súbito con el genio político del país». Pero «esta reconciliación» no gustó, «bien por inercia, bien por ciertas disposiciones especiales (en su paladar político) a las dictaduras», a quienes ya veían con «éxtasis» «las figuras deificadas de Stalin, de Mussolini, de Hitler».

---

<sup>586</sup> Salazar Chapela se refiere, una vez más, a *España, República de trabajadores* (1932).

Pero «la tierra de promisión está aquí (o no está, no existe)», afirmó Salazar Chapela, para quien «lo mejor de la República no es la República, sino lo que ha traído consigo: esta vuelta a la naturaleza, a la naturaleza española; este desapoderado deseo en el español de reivindicar su suelo en su totalidad y en sus más minúsculas porciones, en su raíz». El escritor no podía aceptar el anacronismo que encierran las monomanías citadas. Por ello, cuando se enfrentaba a alguna de sus manifestaciones, confesó para concluir, «nos volvemos con violencia hacia la tierra ocre o roja, peluda o yerma, para reverenciarla en todo, absolutamente en todo (Si ustedes me permiten, hasta en sus defectos también)».

#### 4.5. «Dos años después»

Superados esos arrebatos de patriotismo visceral –tan contrarios, por otra parte, a su carácter–, Salazar Chapela se detuvo a reflexionar sobre los asuntos que más le interesaban: la política y la literatura. Al cumplirse el segundo aniversario del advenimiento de la República, el escritor hizo balance del tiempo transcurrido en un meditado artículo que apareció publicado en la hoja de libros de *El Sol*. «No importa que las revoluciones sean pacíficas», advirtió al iniciar su argumentación: «llevan siempre consigo una perturbación inevitable, al menos en el orden espiritual, que repercute temporalmente, y al cabo de modo provechoso, en la producción literaria de un país»<sup>587</sup>. Durante los períodos prerrevolucionarios y en los primeros tiempos de toda revolución, los escritores «salen de los mundos que les son propios y deponen sus preocupaciones habituales, temperamentales y de oficio, en obsequio a una política por venir». Eso era lo que había sucedido en España antes y después del 14 de abril de 1931, fecha en la que se inició

---

<sup>587</sup> Esteban Salazar Chapela, «Obras. Dos años después», *El Sol*, Madrid (23 de abril de 1933), p. 2.

«nuestra revolución española –tan perfecta, que ni siquiera lo parece, al menos para quienes no aplican con aguda atención la vista, el oído–». Durante ese tiempo «la mayor parte de los pensadores españoles –escritores, filólogos, médicos, juristas– [depusieron] sus labores habituales, o sean [sic] sus obras, para atender a la revolución. Nueva Fuenteovejuna, la revolución española es anónima, popular, como toda auténtica revolución, sin apenas héroes ni eminencias en el trace de su advenimiento». Porque la República la trajeron –afirmaba Salazar Chapela– todos los españoles, «y todos se sienten, cada uno desde su sitio, autores verdaderos de ella». Por tanto, había que reconocer que «la literatura también cedió buena parte de su actividad en obsequio de la revolución [...]. Se sintió antes del 14 de abril transida de política. En el periódico y en el libro hicieron el periodista y el escritor política republicana». Los intelectuales, aseguró, «a semejanza de otras clases, cedieron mucho de su obra (algunos, no pocos, de su propia seguridad personal), en obsequio de la revolución».

Pasados dos años, cabía esperar la recuperación de la actividad artística, pues, aunque a juicio de Salazar Chapela, «es mucho después de un enérgico cambio político, al pisar terreno firme, cuando vuelven a cosecharse frutos...», el tiempo transcurrido había bastado «para que el espíritu artístico, no ajeno por artístico al mundo circundante, encuentre la claridad de ambiente necesaria para inventar, imaginar, crear...». Por ello, con más optimismo que sinceridad, Salazar Chapela advertía, «a un lado y a otro [...], los síntomas del sosiego en libros y revistas». Y expresando un profundo deseo personal –verdadero motivo de su artículo–, animaba a todos a cooperar en la recuperación de la actividad artística: «La cordillera de la literatura española ha de continuar en el tiempo y en el espacio su perfil eminente, imposible de interrupción». Ello sería, a su entender, «el síntoma

más seguro, al propio tiempo que el más bello, de que la República se asentó en España bajo especie de eternidad».

Era evidente que las cosas no habían sucedido como imaginó Salazar Chapela en su artículo «A buena política, mejor literatura», aparecido pocos días después del triunfo republicano. Andando el tiempo, las publicaciones periódicas «ya no serán portavoces de malabarismos mentales ejercitados por grupos pequeños para otros grupos pequeños, o refugios de intercambio para un estrecho círculo, sino vehículos de enfoque social y transformación política; esto es, serán heraldos»<sup>588</sup> de las diferentes ideologías políticas y de sus respectivas apuestas estéticas. Pero antes de alcanzar dicho estado, «las posiciones se entreveran en una irisada gama»<sup>589</sup> de propuestas, algunas de las cuales muestran la ambigüedad, el confusionismo y la evolución personal que vivieron sus impulsores al iniciarse la década.

Apartado de todos los grupos que se congregaron en torno a las nuevas redacciones —en cuyo seno se produjeron firmes alianzas y también inevitables desencuentros—, Salazar Chapela apenas colaboró en las revistas que nacieron a partir de 1931. Pocas posibilidades habría de tener durante ese año, 1931, tan poco relevante para la hemerografía literaria como importante para la política nacional, pues, mientras seguía publicándose *Revista de Occidente* —ajena a los cambios que se habían producido en la vida española—, sólo vieron la luz *La Conquista del Estado* y *Acción Española*, dos publicaciones madrileñas consagradas a la información general y política —antirrepublicana y fascista— en las que también se incluyeron artículos sobre literatura. La primera, dirigida por Ramiro Ledesma Ramos —colaborador de *La Gaceta Literaria* y miembro, por algún tiempo, de la tertulia que Salazar

---

<sup>588</sup> Rafael Osuna, *Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939*. Valencia, Pre-Textos (Hispánicas, 78), 1986, p. 55.

<sup>589</sup> Rafael Osuna, «Las revistas españolas durante la República (1931-1936)», *art. cit.*, p. 47.

Chapela había inaugurado en el Café Lyon el año anterior—, apareció un mes antes del triunfo republicano y finalizó su breve andadura en el verano de 1931, tras recibir continuos ataques de los periódicos *El Sol* y *Crisol*<sup>590</sup>. Ledesma Ramos —fundador de las Juntas de Ofensiva Nacionalindicalista, las JONS— colaboró también en *Acción Española* —revista creada a imagen y semejanza de *Action Française*, de Charles Maurras, en diciembre de 1931—, de la que sería director a partir de 1933 Ramiro de Maeztu, su principal impulsor<sup>591</sup>.

Transcurrido el primer año republicano, las nuevas publicaciones periódicas ofrecieron una mayor variedad de tendencias y firmas. En 1932 nacieron revistas de marcado contenido político como *Nuestro Cinema* —dirigida desde París por Juan Piqueras<sup>592</sup>, aunque se imprimió en Madrid, Barcelona y Sevilla— y *Orto* —publicada en Valencia bajo la dirección de Marín Civera y con José Renau como redactor-jefe—, cuyo principal tema de debate es «el de la cultura y su función social»<sup>593</sup>. En la primera, dedicada exclusivamente al

---

<sup>590</sup> En 1939 Juan Aparicio, redactor de la revista, publicó una antología de *La conquista del Estado* precedida de un prólogo (Barcelona, Fe). En 1975 —otra fecha emblemática para la historia de España del siglo XX— se publicó una reproducción de la revista en Barcelona (Círculo Doctrinal José Antonio).

<sup>591</sup> Los colaboradores de la publicación, entre los que se hallaban José María Pemán, César González Ruano, Eugenio Montes, Pedro Sainz Rodríguez y Rafael Sánchez Mazas, establecieron también una tertulia de la que ha dado noticias Luis María Ansón en *Acción Española* (Zaragoza, Círculo (Colección de Doctrina Monárquica, 4), 1960). Sobre Maeztu puede consultarse el estudio de José Luis Villacañas Berlanga *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España* (Madrid, Espasa-Calpe (Espasa Fórum), 2000).

<sup>592</sup> Sobre su labor, véase el libro de Juan Manuel Llopis *Juan Piqueras, el «Delluc» español*. Selección de textos de Jorge García. Valencia, Filmoteca de la Generalitat Valenciana (Textos, 1), 1988.

<sup>593</sup> César Antonio Molina, *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*. Madrid, Ediciones Endymion (Textos Universitarios), 1990, p. 172. Sobre el tema que nos ocupa, véase también el artículo del mismo autor «Panorámica de la prensa literaria en los años 30» (en *Literatura y compromiso político en los años 30. Homenaje al poeta Juan Gil-Albert. Exposición, organizada por la Diputación Provincial de Valencia, celebrada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid en noviembre y diciembre de 1984*. Valencia, Diputación Provincial, 1984, pp. 47-65).

cine –aunque también se abordaron las relaciones entre el séptimo arte y la literatura–, colaboraron fieles amigos y antiguos compañeros de Salazar Chapela, como Francisco Ayala, Antonio Espina, Benjamín Jarnés o César M. Arconada, cuya novela *Los pobres contra los ricos* fue regalada a los lectores al formalizar la suscripción a una revista<sup>594</sup> que apostó por la defensa del cine soviético y del realismo socialista<sup>595</sup>.

En Barcelona vio la luz *Azor*, revista que fundó y dirigió Luys Santa Marina, futuro miembro de Falange Española y posterior director de *Solidaridad Nacional*. Calificada por César A. Molina como publicación «de transición entre las aparecidas en la década de los veinte, física y formalmente dedicadas –única y exclusivamente [*sic*]– al cultivo de la propia materia literaria; y aquellas otras que lentamente surgirían a lo largo de la siguiente década»<sup>596</sup>, para José-Carlos Mainer es ejemplo de la «equivocidad de la crisis pequeño-burguesa en los años treinta»<sup>597</sup>. En ella se ofreció, en efecto, «un variado muestrario de las tendencias artísticas que ocuparon este período histórico»<sup>598</sup>, ya que en sus páginas quedaron reunidas las firmas de escritores de diferentes edades e ideologías, tales como Gerardo Diego, Ángel Valbuena Prat, José María Alfaro, María Zambrano o Max Aub, que publicó un fragmento de su novela *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*<sup>599</sup>.

---

<sup>594</sup> Cfr. César Antonio Molina, *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, *ob. cit.*, p. 209.

<sup>595</sup> Sobre la revista puede consultarse el volumen preparado por Carlos y David Pérez Merinero *Del cinema como arma de clase. Antología de Nuestro Cinema, 1932-1935* (Valencia, Fernando Torres (Fe, 9), 1975).

<sup>596</sup> César Antonio Molina, *Medio siglo de prensa literaria española (1900-1950)*, *ob. cit.*, pp. 139-140.

<sup>597</sup> José-Carlos Mainer, «*Azor* (1932-1934), esquema de una crisis», artículo publicado en 1973 y recogido posteriormente en José-Carlos Mainer, *La corona hecha trizas (1930-1960)*. Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (Literatura y Pensamiento), 1989, p. 107.

<sup>598</sup> *Idem.*

<sup>599</sup> Max Aub evocaría sus encuentros con Salazar Chapela en el Londres de su exilio en la versión definitiva de su novela, publicada en 1971. En ella podemos leer dos alusiones a

*Noreste*, aparecida en Zaragoza bajo la dirección de Tomás Seral Casas, Ildefonso Manuel Gil y Antonio Cano, quiso ser también una revista abierta a todos, aunque se interesó sobre todo por la poesía<sup>600</sup>, como sucedió asimismo con *Héroe*<sup>601</sup>, editada por Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, los poetas-impresores que continuaron la labor emprendida por Juan Ramón Jiménez<sup>602</sup>. Además del autor del *Diario de un poeta recién casado* y de Unamuno, colaboraron en ella los principales poetas de las vanguardias de los años veinte, escritores que publicaron algunas de sus obras en seis

nuestro escritor (véase «Diario inglés de Max Aub», *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*. Barcelona, Salvat Editores (Biblioteca Básica Salvat, 47), 1985, pp. 145 y 184). El autor de «El laberinto mágico» mencionó a Salazar Chapela en otras dos ocasiones en *Jusep Torres Campalans*, siempre en la sección 7 del libro, el «Catálogo». Ésta se inicia precisamente con las siguientes palabras: «En prensa el presente estudio, Esteban Salazar y Chapela me manda, desde Dublín, un ejemplar del catálogo, de Henry Richard Town, que me enseñó Jean Cassou y no me envió, por su conocida aversión al correo, y, tal vez, porque se trata de una joya bibliográfica». En la descripción de *Retrato de mujer*, podemos leer: «La señora Vicenta Guillén, viuda de Balanzá, vive actualmente en Cullera, Valencia». A pie de página se indica: «Falleció en 1945 (Nota de E. S. Ch.)» (Max Aub, *Jusep Torres Campalans*. Barcelona, Plaza & Janés Editores (Letras del Exilio), 1985, pp. 309 y 311).

<sup>600</sup> En la revista, de la que se han publicado dos ediciones facsímiles –con prólogo de Ildefonso Manuel Gil e incompleta: Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza, 1981; y, completa: edición de Juan Manuel Bonet, Ildefonso Manuel Gil y José Enrique Serrano Asenjo. Zaragoza, Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Aragón, 1995–, colaboraron, entre otros escritores, Enrique Azcoaga, Juan Gil-Albert, Ricardo Gullón, Antonio Sánchez Barbudo, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, García Lorca, Concha Méndez, José Moreno Villa, Pablo Neruda, Carmen Conde y Josefina de la Torre. Cabe recordar asimismo que Ildefonso-Manuel Gil, en calidad de redactor; Ricardo Gullón, como secretario, y Julio Angulo, que realizó las funciones de director, fueron los impulsores de otra publicación madrileña, *Brújula*, revista que «pasó inadvertida en la prensa» de la capital (Ildefonso-Manuel Gil, «Prólogo» a la edición facsímil de *Literatura*. Zaragoza, Departamento de Cultura y Educación del Gobierno de Aragón, 1993, vol. 1, p. 4).

<sup>601</sup> Existe edición facsímil publicada en Vaduz, por Topos Verlag AG (1977).

<sup>602</sup> Coincidiendo con la llegada del Archivo de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez a la Residencia de Estudiantes de Madrid, y dentro del programa de actividades destinado a conmemorar el 90 aniversario de la creación de esa institución, se organizó recientemente una exposición, titulada «Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, poetas impresores», que pudo verse en Madrid durante los meses de marzo y abril de 2001, y, en el Centro Cultural de la Generación del 27, en Málaga, entre septiembre y octubre de ese mismo año. James Valender, comisario de la exposición, es también el editor del catálogo

números que no contaron con editorial ni con manifiesto estético alguno. Mayor interés merece por tanto *Gaceta de Arte*, publicación –editada en Santa Cruz de Tenerife bajo la dirección de Eduardo Westerdahl– en la que se manifestó con mayor claridad la influencia del surrealismo<sup>603</sup>.

Durante 1932 la firma de Salazar Chapela sólo pudo verse en *Índice literario. Archivos de Literatura Contemporánea*, «revista informativa para los hispanistas transpirenaicos y ultramarinos»<sup>604</sup> que editó a partir de ese año el Centro de Estudios Históricos bajo la dirección de Pedro Salinas, a la sazón secretario de la Sección de Literatura Contemporánea de dicha institución<sup>605</sup>. No se trataba, sin embargo, de colaboraciones escritas expresamente para la publicación, sino de fragmentos de artículos aparecidos

(Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, *poetas e impresores*. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2001).

<sup>603</sup> Además de dos ediciones facsímiles –Vaduz-Madrid, Topos Verlag AG-Turner, 1981, 2 vols.; y Las Palmas, Colegio de Arquitectos de Canarias, 1989–, la revista ha sido objeto de varios estudios monográficos: José-Carlos Mainer, «Sobre el arte español de los años treinta (Manifiestos de *Gaceta de Arte*)», en *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*. Madrid, Editorial Cuadernos para el Diálogo (Divulgación Universitaria: Literatura, 42), 1972, pp. 189-212; Domingo Pérez Minik, *Facción española surrealista de Tenerife*. Barcelona, Tusquets, 1975; Tenerife-Madrid, CajaCanarias-La Palma (La Caja Literaria: Ensayo, 1), 1996, 2ª ed.; y Ángel Sánchez Rivero, *Gaceta de Arte: Santa Cruz de Tenerife*, Viceconsejería de Cultura y Deportes (La era de *Gaceta de Arte*, 6), 1993.

<sup>604</sup> Juan Marichal, «Pedro Salinas y los valores humanos de la literatura hispánica», *Teoría e historia del ensayismo hispánico*. Madrid, Alianza Editorial (Alianza Universidad, 383), 1984, p. 208.

<sup>605</sup> El Centro de Estudios Históricos era, en opinión de Salazar Chapela, una «admirable entidad» (Esteban Salazar Chapela, «Archivo de voces con un recuerdo de Unamuno», *Información*, La Habana (8 de septiembre de 1956), p. B-2) cuya influencia sobre los hispanistas extranjeros, ejercida «por medio de sus escritores jóvenes entonces –Salinas, etc.–», no contó con la total aprobación de Salazar Chapela, pues, según él, «hicieron mucho bien al propagar en las universidades extranjeras la lírica de Juan Ramón Jiménez y la obra de otros miembros de la generación del 98 y siguiente, pero para ellos no existían Benavente ni los Quintero... (Extraño parece: acabo de leer en *Cuadernos Americanos* un entremés póstumo de Salinas. Y se ve por este entremés que lo que más le hubiese gustado a Salinas habría sido poder escribir una buena comedia de los Quintero. Pero para ello no había suficiente ángel, ni suficiente instinto escénico, ni otras cosas más. Eso se ve también en este entremés)» (Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. Benavente», *Información*, La Habana (8 de agosto de 1954), p. C-4).

en otras cabeceras<sup>606</sup>, como el comentario sobre la novela *Ha llegado el día*, de Alberto Insúa, que se insertó, tomado de la reseña que Salazar Chapela había publicado previamente en *El Sol*, en el número II<sup>607</sup>. La selección de este texto para su inclusión en esta importante revista, que contó desde su nacimiento con un notable prestigio científico<sup>608</sup>, supuso, sin duda, una inicial forma de reconocimiento de su labor como crítico, una distinción que se repitió, en los años siguientes, en tres ocasiones más<sup>609</sup>.

El imparable proceso de politización («hasta en la gramática –como decía Unamuno, con razón, sin duda– hay política»<sup>610</sup>) en el que se hallaba inmerso el mundo literario español pudo observarse ya de manera inequívoca en las revistas que iniciaron su andadura a lo largo de 1933. Aparecieron entonces –además de las publicaciones fascistas *El Fascio*, *Fe* y *Jons*– la

---

<sup>606</sup> «La creación de la revista *Índice Literario* en el Centro de Estudios Históricos tiene una importancia capital. Sin duda es un hecho remarcable que en dicho centro en el que no se estudiaba sino lo histórico, el pasado, surgiese una revista cuya finalidad era reseñar y comentar las últimas novedades en literatura» (Sofía Rotger Salas, *La crítica liberal: Pedro Salinas*. Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias (Universitas: Literatura, 75), 1994, p. 270).

<sup>607</sup> Salazar y Chapela (E.), «[*El Sol*, Madrid, 13 de julio de 1932]», *Índice Literario*. *Archivos de Literatura contemporánea*, Madrid, año I, II (agosto de 1932), p. 49.

<sup>608</sup> *Índice Literario* se publicó durante cuatro años, desde junio de 1932 hasta junio de 1936. «El artículo de fondo de cada número lo escribía Salinas, que más tarde publicaría la mayoría de ellos en forma de libro [...]. Las evaluaciones críticas de sus colaboradores habituales iban acompañadas de otras opiniones extraídas de la prensa diaria siempre que un nuevo libro aparecía o una nueva obra teatral se representaba» (Jean Cross Newman, *Pedro Salinas y su circunstancia. Biografía*. Prólogo de Jorge Guillén. Madrid, Editorial Páginas de Espuma (Colección Voces/Ensayo, 24), 2004, pp. 187-188).

<sup>609</sup> Los textos de Salazar Chapela reproducidos en *Índice Literario*. *Archivos de Literatura Contemporánea* fueron una reseña sobre *Historia del reinado de Alfonso XIII*, de Melchor Fernández Almagro (S y CH (E.), «[*El Sol*. Madrid, 13 de febrero de 1934], año II, X (diciembre de 1933), p. 276); otra sobre la segunda edición de *El profesor inútil*, de Benjamín Jarnés (S. y Ch. (E.), «[*El Sol*. Madrid, 28 de febrero de 1934], año III, II (febrero de 1934), p. 26); y, finalmente, un fragmento perteneciente a su artículo «La intimidad en la literatura» (Salazar Chapela (E.), «[*La Voz*. Madrid, 25 de mayo de 1935], año IV, III (marzo de 1935), p. 54).

<sup>610</sup> Salazar Chapela, «Simplificación del inglés», *Información*, La Habana (13 de septiembre de 1953), p. C-2.

católica *Cruz y Raya* –dirigida por José Bergamín– y *Octubre*, impulsada por María Teresa León y Rafael Alberti. Aunque desde posiciones distantes, ambas mostraron su disconformidad con la situación política. La primera, que contó con la colaboración de escritores de muy diversas tendencias<sup>611</sup>, censuró el supuesto anticlericalismo del gobierno y criticó a Azaña<sup>612</sup>, lo que no impidió que la revista de Bergamín fuera objeto a su vez de numerosas descalificaciones<sup>613</sup>. *Octubre*, órgano de los «Escritores y artistas revolucionarios», supuso la confirmación definitiva del compromiso político de sus directores, que contaron con la colaboración de un nutrido grupo de «compañeros de viaje»<sup>614</sup> entre los que cabe destacar a César M. Arconada, militante del Partido Comunista desde 1931. En el número inaugural, el ex redactor-jefe de *La Gaceta Literaria* publicó «Quince años de literatura española», artículo en el que identificó la crisis por la que atravesaba la literatura con la crisis secular de la burguesía, clase que, a su entender, se encontraba en aquellos momentos en pleno proceso de descomposición. La

---

<sup>611</sup> Colaboraron en esta publicación, entre otros autores, Manuel Abril, José María Alfaro, Dámaso Alonso, Corpus Barga, Luis Cernuda, José María de Cossío, Melchor Fernández Almagro, Ramón, Antonio Marichalar, Miguel Pérez Ferrero, Antonio Porras, José María Quiroga Pla, Luys Santa Marina, Arturo Serrano Plaja. De la revista *Cruz y Raya* existe una antología, preparada y prologada por José Bergamín (Madrid, Turner, 1974) y una tesis doctoral (Manuel José Alonso García, *Estudio sobre la revista Cruz y Raya*. Granada, Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Literatura Románica (Tesis doctorales de la Universidad de Granada, 168), 1977). La edición facsímil fue publicada en Glashütten im Taunus, Nendeln, por Verlag Detler Auvermann KG-Kraus Reprint (Biblioteca del 36. Revistas literarias en la Segunda República Española, VIII), en 1975.

<sup>612</sup> Cfr. Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, *Los intelectuales españoles durante la II República*. Madrid, Siglo XXI de España Editores (Estudios de Historia Contemporánea Siglo XXI), 1978, pp. 85-86. Jean Bécarud es autor de un breve ensayo titulado *Cruz y Raya (1933-1936)*. Madrid, Taurus (Cuadernos Taurus, 88), 1969.

<sup>613</sup> Los ataques a *Cruz y Raya* pudieron leerse, sobre todo, en *Hoja Literaria* y en *Nueva Cultura* (Valencia, 1935-1937) (cfr. César Antonio Molina, *Medio siglo de Prensa literaria española (1900-1950)*, ob. cit., pp. 183-184 y 227).

<sup>614</sup> Publicaron en *Octubre* Joaquín Arderius, Luis Cernuda, Pablo de la Fuente, Pedro Garfias, José Herrera Petere, Juan Piqueras, Pla y Beltrán, Emilio Prados, Sender y Serrano Plaja, entre otros. Sobre la revista puede verse «*Octubre: revelación de una revista mítica*», prólogo a la edición facsímil –Vaduz, Topos Verlag AG, 1977– del que es autor Enrique Montero (pp. IX-XXXVI).

situación había llevado a los escritores a tomar partido en «la contienda social de la lucha de clases»<sup>615</sup> que se libraba en el país. Algunos miembros de la juventud literaria habían optado por «la contrarrevolución, la reacción, el fascismo o el *catolicismo de la cultura*», como en el caso de Eugenio Montes, Bergamín, Ledesma Ramos, Giménez Caballero o Sánchez Mazas<sup>616</sup>; otros pertenecían a la «corriente favorable a continuar la tradición de influencia de la pequeña burguesía. Es decir, a que en un medio tranquilo, apolítico, una burguesía culta posibilite la vida y el relieve social del escritor como en la época de *Azorín* o de Baroja»<sup>617</sup>. En esa equivocada tendencia<sup>618</sup> incluía el articulista a Salazar Chapela, junto a otros ex compañeros de *La Gaceta Literaria* como Jarnés, Gómez de la Serna o Antonio de Obregón. Para Arconada, ambos grupos se situaban, sin excepción, «en el rincón de las “soledades sonoras”», pues en ellos se incluían «todos los poetas puros», «acostumbrados a sonoridades de flauta y a símbolos de pluma»<sup>619</sup>. Para terminar, Arconada recordaba que un tercer conjunto de escritores, entre los que lógicamente se incluía –además de Arderius, Sender, Prados, Alberti y Wenceslao Roces; esto es, los colaboradores de *Octubre*–, se hallaba «con el proletariado, fundiéndose en él [...] en la tarea común e inmediata de derrocar el poder de la burguesía y comenzar la edificación socialista»<sup>620</sup>.

Muy alejadas del compromiso político por el que apostó *Octubre* se situaron otras publicaciones aparecidas también en 1933. Promovida principalmente

---

<sup>615</sup> César M. Arconada, «Quince años de literatura española», *art. cit.*, p. 7.

<sup>616</sup> *Idem.*

<sup>617</sup> *Idem.*

<sup>618</sup> «El tiempo demostrará», auguraba Arconada, «que la burguesía se irá al lado de los escritores fascistas que la defiendan y nunca con los escritores que la canten o la describan un poco liberalmente como en el 98 o como en la época de Balzac, en que ella se sentía fuerte y por tanto se permitía el lujo de ser liberal» (*idem.*).

<sup>619</sup> *Idem.*

<sup>620</sup> *Idem.*

por Pedro Salinas, Jorge Guillén y Dámaso Alonso, *Los cuatro vientos* fue «el último intento de mantener la generación lo más unida posible y evitar que caiga en radicalismos políticos»<sup>621</sup>, una iniciativa que les pareció innecesaria a los más jóvenes, pues quienes colaboraron en ella poseían ya suficientes plataformas personales de difusión<sup>622</sup>. Sí tenían necesidad de agruparse en proyectos comunes los escritores que estaban iniciando entonces su trayectoria profesional y que empezaban a producir la más reciente nueva literatura<sup>623</sup>. A algunos de ellos se debió la aparición de *Hoja Literaria*, dirigida por Arturo Serrano Plaja, Enrique Azcoaga y Antonio Sánchez Barbudo, revista de la que se publicaron muy pocos números.

---

<sup>621</sup> Juan Manuel Rozas, «Las revistas de poesía del 27», *El 27 como generación*. Santander, La Isla de los Ratones (Narración y Ensayo, 18), 1978, p. 125. Al parecer, según comenta Juan Guerrero Ruiz (cfr. *Juan Ramón de viva voz (Texto Completo). Volumen II (1932-1936)*, ob. cit., p. 118), la Embajada de México en España colaboró en la publicación de *Los cuatro vientos* pagando el coste del papel, lo que relaciona esta revista con el proyecto de crear una publicación periódica, en el que estuvo implicado Salinas, que finalmente no llegó a ver la luz (véase 2.4.1.1. *Un ambicioso proyecto*).

<sup>622</sup> «*Los cuatro vientos* –entiéndase bien y sanamente– no eran necesarios como tal revista [...]. Las personalidades literarias de esta revista no pueden ya "hacer revistas", sino hacer volúmenes. Que el poeta y el prosista, *se hace o se inicia* en revistas, pero no puede seguir en ellas figurando, rubricando lo volandero, si en volúmenes no se perenniza con frecuencia. (Otra cosa será, si en sucesivos números van apareciendo firmas, más o menos inéditas)». Enrique Azcoaga sabía que «siempre es doloroso personalizar», pero no dejó por ello de mencionar a Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, entre otras firmas aparecidas en *Los cuatro vientos*, escritores sobre los que versaba el comentario anterior («Notas. *Los cuatro vientos*», *Hoja Literaria*, Madrid (abril de 1933), p. 9). Este conflicto de intereses no se produjo entre los escritores ya entonces consagrados, pues «para no competir innecesariamente con las otras revistas, puramente literarias, que editaban sus amigos por esas mismas fechas –me refiero sobre todo a *Los Cuatro Vientos*– Bergamín se había puesto de acuerdo con ellos en no publicar ninguna poesía española contemporánea en *Cruz y Raya*» (Nigel Dennis, en José Bergamín-Miguel de Unamuno, *El Epistolario (1923-1935)*. Edición al cuidado de Nigel Dennis. Valencia, Editorial Pre-Textos (Hispánicas, 171), 1993, p. 112). *Los cuatro vientos* ha sido reeditada, con prólogo de Francisco J. Díaz de Castro, en Sevilla (Renacimiento (Facsimiles de Revistas Literarias), 2000).

<sup>623</sup> Sobre esa nueva promoción puede verse el libro de Jaime Ferrán y Daniel P. Testa (eds.) *Spanish writers of 1936. Crisis and Commitment in the Poetry of the Thirties and Forties. An Antology of Literary Studies and Essays* (London, Tamesis Books Limited (Colección Tamesis, Serie A, Monografías, XXXI), 1973).

Pero más que por la situación que vivían las publicaciones periódicas en estos años –Juan Chabás entonó, a principios de 1933, una luctuosa «Elegía a las revistas» que apareció publicada en *El Sol*<sup>624</sup>–, Salazar Chapela estaba preocupado por la imparable expansión de la novela social, género que, eliminada la censura, pasó a ser considerado «como un instrumento para analizar la sociedad y contribuir a transformarla, al poner al descubierto los mecanismos que perpetuaban y hacían posible el mantenimiento de situaciones opresivas e injustas»<sup>625</sup>. Es precisamente durante el primer bienio republicano –en rigor, entre los años 1930 y 1934– cuando «podemos situar el momento de máximo esplendor para el género: por entonces se imprimieron los títulos más destacados [...], al tiempo que se registraba el mayor número de traducciones de libros soviéticos»<sup>626</sup>. Antiguos integrantes de las filas de la vanguardia –defensores entonces de la literatura «de avanzada»<sup>627</sup>–, autores de tradición militante como Alicia Garcitoral, Andrés

---

<sup>624</sup> En el citado artículo, el autor de *Agor sin fin* recordó con nostalgia la época pasada, en la que «las revistas literarias, juvenil siembra de intenciones, trazaron ideales líneas de un mapa de España». Al concluir su evocación, reconoció que esas revistas no podrían subsistir en la actualidad, pero también se preguntó «si no será nuestro deber –deber extenso, de todos– el ahincarnos tanto en nuestro trabajo literario y poner en él tanta fe desprendida, que sea de nuevo posible y aun necesario el nacimiento de otras revistas» (Juan Chabás, «Textos. Elegía a las revistas», *El Sol*, Madrid (5 de enero de 1933), p. 2).

<sup>625</sup> José Esteban y Gonzalo Santonja, *Los novelistas sociales españoles (1928-1936)*. Antología. Barcelona, Editorial Anthropos (Ámbitos Literarios/Ensayo, 22), 1988, p. 11.

<sup>626</sup> *Ibidem*, p. 13.

<sup>627</sup> José Díaz Fernández, Joaquín Arderius y César M. Arconada son algunos de los nombres que María Francisca Vilches de Frutos incluye en lo que ella denomina «generación del Nuevo Romanticismo» (cfr. «El compromiso en la literatura: La narrativa de los escritores de la generación del Nuevo Romanticismo (1926-1936)», *Anales de Literatura Española Contemporánea*, Lincoln, Nebraska, 7.1 (1982), pp. 31-58). La autora ofrece más información sobre el tema en *La generación del nuevo romanticismo: estudio bibliográfico y crítico (1924-1939)*. Madrid, Editorial de la Universidad Complutense (Colección Tesis Doctorales, 41/84), 1984. Sobre el tema pueden consultarse también los trabajos de Francisco Caudet («El libro de avanzada en los años 30», en *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*, ob. cit., pp. 107-143) y las numerosas aportaciones de Víctor Fuentes, entre las que cabe citar «La novela social española (1931-1936): temas y significación ideológica» (*Ínsula*, Madrid, 288 (noviembre de 1970), pp. 1 y 4) y los capítulos incluidos en *La marcha al pueblo en las letras españolas, 1917-1936*

Carranque de Ríos, el socialista Julián Zugazagoitia o el anarquista Ángel Samblancat<sup>628</sup>, y nuevos creadores –Margarita Nelken, Luisa Carnés– escribieron cuentos, relatos y novelas que fueron publicados en las numerosas colecciones que crearon las casas editoras para satisfacer la demanda lectora<sup>629</sup>. Salazar Chapela, que, como se ha dicho, había defendido en el artículo «A buena política, mejor literatura» la necesidad de que la realidad nacional se adentrara en la literatura española, convencido como estaba de que «cuando se trata de recoger la vida en su manifestación más inmediata, viva y cambiante, no es precisamente la ciencia quien actúa, sino el arte»<sup>630</sup>, consideraba también que «la postura social o socializante» encaminada a conseguir «la redención proletaria», como era el caso de Arconada en *Los pobres contra los ricos*, resultaba, según ha sido mencionado, «más sentimental que operante o práctica»<sup>631</sup>. La novela se convertía así en un género popular, pero perdía también su esencia artística<sup>632</sup>. Pero lo que resultaba todavía más alarmante a juicio de Salazar

(Prólogo de Manuel Tuñón de Lara. Madrid, Ediciones de la Torre, 1980, pp. 75-94 y 95-104). Antonio Jiménez Millán ha estudiado «La literatura revolucionaria en España (1931-1934)» en *La poesía de Rafael Alberti (1930-1939)* (ob. cit., pp. 41-81).

<sup>628</sup> Sobre Ángel Samblancat pueden verse el estudio y los cuentos incluidos en el volumen preparado por Neus Samblancat Miranda *Luz, fuego y utopía revolucionaria. Análisis de la obra literaria de Ángel Samblancat*. Barcelona, Hogar del Libro (Punto de Vista, 26), 1993.

<sup>629</sup> A Gonzalo Santonja se debe la recuperación de algunas de las narraciones que aparecieron en las colecciones más populares, publicadas durante los últimos años en los volúmenes siguientes: *La novela proletaria (1932-1933)*. Edición a cargo de Gonzalo Santonja. Madrid, Editorial Ayuso (Biblioteca Silenciada, 3 y 4), 1979, 2 vols.; Gonzalo Santonja, *La novela revolucionaria de quiosco (1905-1939)*. Madrid, La Productora de Ediciones (El Museo Universal), 1993, y *Las novelas rojas*. Estudio y antología de Gonzalo Santonja. Madrid, Ediciones de la Torre (Nuestro Mundo: Arte y Cultura, 36), 1994.

<sup>630</sup> E. S. y Ch., «De Valle Arizpe, Artemio, *Del tiempo pasado*», art. cit.

<sup>631</sup> E. S. y Ch., «César M. Arconada, *Los pobres contra los ricos*», art. cit.

<sup>632</sup> Ramón Gómez de la Serna constituye, en este sentido, una excepción. El escritor aseguró en 1931 que «cuando se hacen mejores novelas es ahora, y las hacen hasta los malos novelistas». En su opinión, se estaba viviendo «un período de ascensión de la novela, aunque reconozcamos que aún puede ascender mucho más» (*Ismos*. Madrid,

Chapela era que el auge de la novela social hubiera llegado a influir en un gran número de escritores y de críticos a la hora de valorar las narraciones que veían la luz en aquellos años.

Sobre todo ello reflexionó en «Novela proletaria y novela burguesa», un extenso e irónico artículo en el que analizó la situación de la novela en España que se inicia con esta categórica afirmación:

La tarea del escritor –la del novelista, más concretamente– ha de tener en cuenta desde ahora ciertos elementos ajenos al material literario –que es la palabra, sólo la palabra–, porque de la atención a esos elementos depende algo sobre manera [*sic*] importante, sobre todo en el área de la política: que su arte sea proletario o sea burgués<sup>633</sup>.

En muy poco tiempo –proseguía el articulista con sarcasmo– el proceso de creación y la recepción de las obras literarias habían variado sustancialmente:

Un novelista de otro tiempo, bueno o malo; un novelista de 1930 para atrás, escribía una novela, una buena o mala novela; pero no escribía nunca una novela (mala o buena) proletaria ni una novela (buena o mala) burguesa.

De hecho, «aquel novelista jamás se planteaba el problema de lo proletario ni el problema de lo burgués, imprevisión ésta tanto más delictiva cuanto que en la época de este novelista –acaso la época de un Dickens, un Balzac, un Dostoiewski, un Flaubert– ya existía la burguesía, pero también el proletariado». Salazar Chapela quiso tener en cuenta, sin embargo, la realidad de ambas clases sociales, y, utilizando un procedimiento argumentativo que recuerda algunos de los mejores artículos periodísticos de Larra, imaginó que él era uno de esos narradores de la hora. Si optaba por «la disyuntiva proletaria», proseguía Salazar Chapela,

---

Ediciones Guadarrama (Colección Universitaria de Bolsillo. Punto Omega: Literatura Moderna, 197), 1975), pp. 356 y 357).

<sup>633</sup> E. S. y Ch., «Novela proletaria y novela burguesa», *El Sol*, Madrid (29 de julio de 1932), p. 2.

inmediatamente nos trasladamos a una fábrica, o nos alojamos en un barrio obrero, o nos vamos al campo. La cuestión está en «ambientarnos» con el proletariado, en vivir la vida del proletariado, en recoger las «particularidades del mundo» del proletariado; en suma, en penetrar el problema proletario.

Bien es cierto —continuaba el articulista— «que este problema es más propio para tratado en un ensayo de sociología que en una novela». El lector tal vez piense —añadía Salazar Chapela— «que tanto en la fábrica como en el barrio obrero y en el campo fuera más conveniente la presencia de un gran político dispuesto a enterarse de una vez que la de un novelista dispuesto a ambientarse». En cualquier caso, una vez tomadas las notas necesarias o retenida en la memoria la realidad observada, el supuesto novelista debería disponerse a escribir, «y dada nuestra actividad», concluía Salazar Chapela en alusión a la rapidez con la que se sucedían los nuevos títulos, «en poco tiempo podemos ofrecer a usted, a nuestros lectores [...] una novela. ¿Buena? ¿Mala?».

Si su deseo hubiera sido escribir una novela burguesa, debería, para ambientarse, hacer «una vida cuasi elegante, pura y suprasensible, bien cultivando la parcela mejor vestida de nuestras amistades, bien frecuentando el sector más lueño —y más prejuiciado también— de nuestra familia, ora exhumando muertas, olvidadas, amistades de nuestra infancia». Pero el problema para Salazar Chapela seguía siendo el mismo: la novela resultante —burguesa, claro está— sería «¿Buena? ¿Mala?».

En ambos casos «lo más importante, aquello que confiere calidad a la obra, no es lo que nosotros pongamos en ésta de lenguaje ni de intuición, ni siquiera lo que nosotros pongamos de novelistas, sino lo que injieran en la novela los propios materiales, los cuales pueden ser, como ya hemos dicho, de dos clases: proletarios o burgueses». Los términos, como tales, no le parecían mal, aunque «por el mismo motivo se podrá decir de una novela cuyo asunto se desarrolla entre empleados de Hacienda: “Es una novela de

Hacienda”». Lo que a Salazar Chapela le resulta realmente intolerable es que ambas expresiones «vienen a señalar tipos distintos de arte, junto con sus valoraciones correspondientes, dentro de la literatura», cuando para el crítico era indiscutible que «las novelas son buenas o son malas, sean burguesas o proletarias, y cualquiera otra distinción está bien para esto, para distinguir, para diferenciar, pero en modo alguno para fallar *a priori* una calidad literaria». Al finalizar su artículo, tal vez pensando que sus palabras podrían resultar equívocas, Salazar Chapela se vio en la obligación de añadir que lo anteriormente expuesto «no es afirmar que un novelista moderno deba vivir de espaldas a los tiempos actuales, tan tempestuosos en lo proletario, tan borrascosos en lo burgués. Ni es decir que un novelista moderno deje de infiltrar en su producción la crónica de su época. Género obliga»<sup>634</sup>. Lo que Salazar Chapela pretendía dejar claro es que «en una novela, no importa tanto lo proletario ni lo burgués (es decir, el material, la clase social sobre la que se opera; en suma, el sentido político que se dé a la obra), no importan tanto estas cosas en una novela como que ésta, como tal novela, sea realmente legible...».

Aunque no dejaba de tener su parte de razón, las afirmaciones de Salazar Chapela sin duda dieron lugar a cierta controversia, al menos entre los escritores y críticos que pertenecían a su círculo de compañeros y amigos. Por ello, casi un año después, retomó algunos de los argumentos incluidos en «Novela proletaria y novela burguesa». La ocasión se la brindó la reseña que preparó con motivo de la publicación de *Una cárcel modelo*, de Graco

---

<sup>634</sup> ¿Qué fue primero, «la palabra o la acción, la literatura o la política?, se planteó el escritor en una de las colaboraciones periodísticas publicadas en el exilio. «Para mí nunca ha ofrecido dudas ese problema», aseguró. «La literatura y las artes en general son hijas de un ambiente, no al revés. Las artes son consecuencia, meras secreciones de cosas que ya estaban ahí» (Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. Los impulsores del cine», *Información*, La Habana (20 de octubre de 1959), p. B-2).

Marsá<sup>635</sup>. Entonces recordó que, al aludir a «novela proletaria» y «novela burguesa», no había pretendido sino negar «las calidades, al menos en el orden artístico, que se pretenden [*sic*] dar a aquella extraña terminología». En realidad, más que negar –continuaba Salazar Chapela– lo que hizo fue afirmar «el carácter individual del arte, ajeno por su propia textura artística a beneficiarse con ulteriores ingredientes políticos, sociales, doctrinarios...». Finalmente, aunque sin decirlo de forma expresa, confesó también el hartazgo que, a esas alturas, le producían las etiquetas con las que se venía señalando la literatura contemporánea, marbetes de los que sin duda deseaba sustraerse: «en un principio fue lo “puro” y lo “impuro”; posteriormente lo “vanguardista” y lo que no lo era; ahora tenemos lo “proletario” y lo “burgués”». Esta última nomenclatura –tal vez la más aborrecible para él– la consideraba «oriunda de una casuística por sobre la cual planea el arte, último superviviente, y no por acaso, en las batallas de partidos más o menos estéticos».

Por lo que se refiere a la novela de Marsá, Salazar Chapela se negó a tildarla con los títulos al uso. Le pareció una novela realista y, por este orden, también sentimental y social o sociológica<sup>636</sup>. Porque, aunque el autor confesó que había querido realizar «una protesta contra alguno de los muchos atropellos que vimos o de que supimos en aquel periodo de nuestra vida»; esto es, durante la Dictadura de Primo de Rivera, el reseñista no

---

<sup>635</sup> E. Salazar y Chapela, «Letras. *Una cárcel modelo*», *El Sol*, Madrid (21 de mayo de 1933), p. 2.

<sup>636</sup> Todavía debían pasar algunos años para que se acuñara la expresión «literatura comprometida» –*engagée*–, calificativo que a Salazar Chapela le parecía «una redundancia», porque «la literatura siempre está comprometida. El literato, desde el momento mismo que toma la pluma, se está comprometiendo. Se compromete el literato (y se expone, por tanto, se arriesga) en conocimiento de su lengua, en sintaxis (también a veces en ortografía...), en sensibilidad, en imaginación, en ideas, en temple moral, en inclinaciones políticas, en la fe que posea, en los escepticismos que padezca o disfrute (hay escepticismos muy felices), aunque el literato no trate para nada ninguna de las cuestiones políticas o sociales batallonas del día» («Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. Literatura comprometida», *Información*, La Habana (8 de octubre de 1957), p. B-2).

consideró que este «cuadro de la vida carcelaria» fuera únicamente una obra de denuncia, sino que vio en ella, también, una novela dramática en la que el autor recreó la propia experiencia vivida. Para Salazar Chapela, «la virtud del novelista» consiste en

trabajar la realidad, pero elevándola un poco. Elevarse sobre la realidad, pero sin elevarse demasiado. En suma: sostener un vuelo de dos metros, sobre la vida, planeando. ¡Dichoso el novelista que puede lograr este vuelo, a dos metros de altura, página tras página, sin necesidad de aterrizar ni elevarse!...<sup>637</sup>.

En pocos años, la literatura española, sometida como estaba a la injerencia de elementos e intenciones ajenos al arte, iba perdiendo, a juicio de Salazar Chapela, su verdadera esencia. La situación era, en cierta medida, comprensible: autores y lectores se hallaban sinceramente «arrastrados por la realidad»<sup>638</sup>, por lo que proliferaban entonces «el libro político, las páginas de reportaje, la novela social...»<sup>639</sup>, obras que «tienen su momento y han de aprovecharlo como sea; tienen su hora, sus dos horas, su medio año...»<sup>640</sup>. Para Salazar Chapela, «aunque muchísimas de estas obras provienen de sentimientos muy legítimos, siempre avanzan hacia el público ganosas de público, metiendo sus colorines por los ojos, violentas, estridentes»<sup>641</sup>. Además, no debe olvidarse que «con cualquier suerte de público hay posibilidad de deslizar una mixtificación para obtener con ella atención, provecho o éxito»<sup>642</sup>; y que el público «es susceptible de engaño con sólo una aleación de verdad, sea ésta política, religiosa, científica o artística»<sup>643</sup>.

---

<sup>637</sup> E. Salazar y Chapela, «Prólogo», en Manuel Martínez Ribes, *La mujer a quien todo le daba lo mismo*. Madrid, Diana. Artes Gráficas, 1932, p. 19.

<sup>638</sup> E. S. y Ch., «Ros, Samuel, *El hombre de los medios abrazos*», *art. cit.*

<sup>639</sup> E. S. y Ch., «Huidobro, Vicente, *Altazor*, poema», *art. cit.*

<sup>640</sup> *Idem.*

<sup>641</sup> *Idem.*

<sup>642</sup> E. S. y Ch., «Antoniorrobes, *Ocho cuentos de niñas y muñecas*», *El Sol*, Madrid (14 de febrero de 1931), p. 2.

<sup>643</sup> *Idem.*

«Todos estamos cansados de presenciar *bluffs* de estos órdenes»<sup>644</sup>, confesó con pesar el crítico. De hecho, aunque el escritor deseara sustraerse a las tendencias dominantes, aunque pretendiera continuar por el camino de la verdadera literatura; esto es, aunque deseara hacer de la creación un acto de mera espontaneidad, le resultaría enormemente difícil, si no imposible, conseguirlo —los escritores «son grandes pecadores». (¿Quién, que es, no tiene los demonios dentro del cueropo?)»<sup>645</sup>—.

Europa —y también España— estaban viviendo «una crisis espiritual, muy particularmente estética»<sup>646</sup>, de gran magnitud. «Si somos sinceros», escribía Salazar Chapela en enero de 1933, «hemos de confesar que sólo la Prensa, y de ésta la diaria, gana hoy nuestra atención, lo mismo como lector que como periodista. Ello da la medida de nuestra preocupación por el momento. Como da la medida asimismo de nuestra distancia, sin duda temporal, aunque no sabemos en qué cuantía, de aquellas tareas en que la imaginación se complace»<sup>647</sup>. Con estas palabras Salazar Chapela parecía anunciar su intención, al menos mientras las cosas siguieran como estaban, de no continuar escribiendo obras de ficción, como le sucedió también a José Díaz Fernández<sup>648</sup>. Por ello, cuando —de forma excepcional— aparecieron obras que el crítico consideraba estrictamente literarias, celebró su lectura y elogió a sus autores como no lo hubiera hecho muy probablemente en otras circunstancias. Así se comprende que ensalzara la generosidad y la

---

<sup>644</sup> *Idem*.

<sup>645</sup> E. S. y Ch., «Ernestina de Champourcín y su sombra», *art. cit.*

<sup>646</sup> E. S. y Ch., «Ros, Samuel, *El hombre de los medios abrazos*», *art. cit.*

<sup>647</sup> *Idem*.

<sup>648</sup> El autor de *El nuevo romanticismo* «supo sagazmente percatarse de la situación de la literatura española, indicar la salida haciéndola pasar por la estrecha vereda de la literatura de avanzada, sacándola de las laberínticas encrucijadas del vanguardismo y encaminándola hacia lo que él llamaba "el arte social". Sin embargo, no previó que pronto seguiría derroteros distintos a los que él indicó en su manifiesto estético» (José Manuel López de Abiada, *José Díaz Fernández: narrador, crítico, periodista y político*, *ob. cit.*, p. 190).

sensibilidad poéticas —«sin escuela, sin literatura, afortunadamente sin preceptiva»<sup>649</sup>— de Gregorio Arrieta, «poeta pintoresco»<sup>650</sup> que ejercía como secretario del Ayuntamiento de Valdepeñas.

Salazar Chapela añoraba, sólo por lo que se refiere a la literatura, los años pasados, de los que cabía recuperar algunas de sus aportaciones artísticas. Sin embargo, «la verdad es que los más inmediatos descubrimientos estéticos», se lamentaba el escritor, «han quedado de pronto, ya que no viejos, sumersos en la indiferencia»<sup>651</sup>. «En vano se clama por algo así como una restauración artística»<sup>652</sup>, afirmaba con evidente pesimismo, aunque él estuviera todavía dispuesto a defenderla siempre que tuviera oportunidad de hacerlo. Era el momento de evocar de nuevo la figura de Juan Ramón, «ejemplo máximo» de artista, en cuya obra Salazar Chapela no encontraba nada que no fuera «poesía limpia, desnuda diría el poeta»<sup>653</sup>.

En defensa de esa ineludible «restauración artística», Salazar Chapela recomendó, «para quienes anden dudosos sobre los términos poesía, literatura, arte, ciencia»<sup>654</sup>, *Mentira desnuda (Hitos)*, último libro de Antonio Marichalar, y muy especialmente su primer ensayo, «Poesía eres tú», pues, según advertía el crítico, «contiene todo cuanto un poeta en prosa ganado por el ensayo [...] ha sabido descubrir de la realidad y de la poesía,

---

<sup>649</sup> E. Salazar y Chapela, «Prólogo», en Gregorio Arrieta, *Tardes blancas*. Madrid, Compañía General de Artes Gráficas, 1933, p. 8.

<sup>650</sup> Así lo denomina Juan Guerrero Ruiz en su anotación del 5 de septiembre de 1933 al recordar que visitaba a Juan Ramón, del que era antiguo admirador e imitador, cada año (cfr. *Juan Ramón de viva voz (Texto completo). Volumen II (1932-1936)*, ob. cit., pp. 111-112).

<sup>651</sup> E. S. y Ch., «Ros, Samuel, *El hombre de los medios abrazos*», art. cit.

<sup>652</sup> *Idem*.

<sup>653</sup> E. S. y Ch., «Gaos, Alejandro, *Tertulia de campanas*», art. cit.

<sup>654</sup> E. S. y Ch., «Arvelo Torrealba, *Cantas (poemas)*», art. cit.

de la verdad y de la mentira, de la ciencia y de la creación»<sup>655</sup>. El libro estaba especialmente indicado para el poeta menor, para «cuantos andan a tientas, que no son pocos, por el mundo del arte»<sup>656</sup>. Resulta ciertamente significativo que Salazar Chapela aconsejara la lectura de este volumen —compuesto por veinte ensayos escritos a lo largo de los últimos diez años—, y más concretamente el primero y el único reciente —fechado en 1932—, en el que Marichalar ofrecía su concepción de la poesía, a la que definió con expresiones tales como un «secreto a voces», «gritar cuando no se quiere ser visto» o «mentira desnuda»<sup>657</sup>, con la que quiso titular la compilación. Salazar Chapela debió de compartir con el autor —que no dejó de aludir en las primeras páginas de «Poesía eres tú» a la polémica antología de Gerardo Diego— la convicción de que «el poeta no cree en la realidad ambiente y sí en la de su mundo imaginario»<sup>658</sup>, por lo que «no acepta ese punto de mira utilitario del político, y éste rechaza el idealismo del poeta porque es adverso a su concepto materialista del mundo»<sup>659</sup>. Pero, sobre todo, y de acuerdo con su ya conocida inclinación a la búsqueda del equilibrio, coincidió a buen seguro con Marichalar al considerar «tan sospechoso [...] el arte al servicio del arte, como el arte al servicio de la moral o de la política». «El arte», afirmaba el autor de *Mentira desnuda*, «debe ponerse al servicio del hombre; porque si no se hace un arte para él, se corre el peligro de hacer un hombre para el arte»<sup>660</sup>.

En el ámbito político, Salazar Chapela también tenía sobrados motivos para dejarse llevar por el desánimo. El Gobierno de Azaña, al que había que

---

<sup>655</sup> *Idem*. Este ensayo fue muy alabado también por Enrique Azcoaga, que lo consideró «el máximo hallazgo del libro», con el «que demuestra el modo de hacer nervioso de Marichalar» («Libros», *Hoja Literaria*, Madrid (abril de 1933), p. 11).

<sup>656</sup> E. S. y Ch., «Arvelo Torrealba, *Cantas* (poemas)», *art. cit.*

<sup>657</sup> Antonio Marichalar, *Mentira desnuda* (*Hitos*). Madrid, Espasa-Calpe, 1933, p. 55.

<sup>658</sup> *Ibidem*, p. 27.

<sup>659</sup> *Ibidem*, p. 26.

<sup>660</sup> *Ibidem*, p. 41.

reconocer evidentes logros políticos y sociales, incurrió en decisivas omisiones y en inexcusables yerros que acabarían labrando su final. La coalición republicano-socialista realizó importantes inversiones en favor de un mayor bienestar para la población; consiguió sofocar varios intentos de sublevación militar –entre ellos, el más grave, protagonizado por el general Sanjurjo en agosto de 1932–; puso fin, en enero de ese mismo año, a la rebelión anarquista del Alto Llobregat, y, doce meses más tarde, reprimió con rigor el tristemente célebre levantamiento de Casas Viejas<sup>661</sup>, hechos estos últimos que han contribuido a determinar hasta qué punto «el problema fundamental, aquel en que en mayor medida se jugó el futuro de la República, fue la cuestión social, respecto a la cual Azaña demostró carecer de un proyecto coherente»<sup>662</sup>. La participación socialista en el Gobierno despertó «grandes expectativas entre los trabajadores, mientras que se difundían no una sino dos ideologías que preconizaban la revolución social: el marxismo y el anarcosindicalismo»<sup>663</sup>. Para mayor inestabilidad, «desde 1932, la República sufre un cambio de orientación decisivo, en cuanto se suma a la movilización de las izquierdas la de las derechas»<sup>664</sup>. Y es que, si resultaron «insuficientes para la izquierda, las reformas no fueron aceptadas por una derecha que Alcalá Zamora quería atraer a la República. De tal manera que todos los grandes proyectos del primer bienio encuentran una fuerte oposición de parte de los interesados o de una derecha que prefiere rechazarlos sin discutirlos»<sup>665</sup>. «¿Contra quién va? ¿Contra la República?

---

<sup>661</sup> Sobre el tema es de lectura obligada el libro de Gérard Brey y Jacques Maurice *Historia y leyenda de Casas Viejas* (Bilbao, Zero (Biblioteca Promoción del Pueblo: Serie P, 85), 1976).

<sup>662</sup> Juan Avilés Farré, «Un bienio de esperanza y frustración: 1931-1933», *art. cit.*, p. 111.

<sup>663</sup> *Idem.*

<sup>664</sup> Paul Aubert, «Los intelectuales y la II República», *art. cit.*, p. 124.

<sup>665</sup> *Ibidem*, p. 119.

¿Contra el actual Gobierno? ¿Contra los socialistas especialmente? ¿Contra Azaña en particular», se preguntó Salazar Chapela al reseñar *Fariseos de la República*, de Cristóbal de Castro<sup>666</sup>, para afirmar después —en clara alusión a las que, sin duda, veía como sorprendentes coincidencias de los opositores al gobierno— que «los medios y procedimientos utilizados últimamente a beneficio (es un decir) de partidos impacientes por gobernar, casi pueden concretarse en un prurito de darse la mano con aquellas zonas extrarreplicanas donde lo monárquico subsiste»<sup>667</sup>.

A ello hay que añadir el cambio de actitud que experimentó la prensa pretendidamente azañista. En las páginas de los periódicos se constata, «entre los intelectuales situados en las diferentes corrientes de opinión, una especie de *crisis de conciencia*», que para Jean Bécarud fue «una consecuencia no solamente de la desilusión que sienten los intelectuales ante el fracaso de la experiencia de gobierno de la coalición republicano-socialista en los dos primeros años del funcionamiento de la democracia liberal, sino también, a nivel internacional, del reforzamiento de las corrientes autoritarias de talante fascista en Alemania y en Austria durante 1933»<sup>668</sup>. En opinión de Tuñón de Lara, «el primer bienio cristalizó tres corrientes intelectuales, cuatro tal vez»<sup>669</sup>. En primer lugar, «una mayoría de afines a la situación (*institucionistas, intelectuales electores de Azaña o de Domingo, intelectuales socialistas, maestros, etcétera*), a la que pertenecía sin ningún género de dudas Salazar Chapela. También se distinguió «una corriente cuya concepción del “compromiso social” le hace entrar en conflicto con el

---

<sup>666</sup> E. S. y Ch., «Castro, Cristóbal de, *Fariseos de la República (su ética y su aritmética)*. Con un vistazo al presupuesto y un panorama electoral», *El Sol*, Madrid (29 de abril de 1933), p. 2.

<sup>667</sup> *Idem*.

<sup>668</sup> Jean Bécarud y Evelyne López Campillo, *Los intelectuales durante la II República*, *ob. cit.*, p. 81.

<sup>669</sup> Manuel Tuñón de Lara, «Intelectuales de la monarquía a la República», *Triunfo*, Madrid, extra II (junio de 1972), p. 25.

poder», y «otra que, por razones opuestas, se “compromete” igualmente y se enfrenta con las dos citadas». Por último, existió asimismo «una minoría de altas personalidades cuyo “desengaño” se hizo cada vez más patente». En este último grupo destacó la figura de Ortega y Gasset, aunque, en rigor, el autor se sintió en desacuerdo con la República desde su establecimiento, como no podía ser de otra manera en quien «anteponía el liberalismo a todo formalismo político, y lo separaba de toda noción de izquierda y derecha. En consecuencia, postulaba una estructura política indefinida que permitiera la mayor libertad posible para la potenciación del individuo»<sup>670</sup>. Para él, liberalismo y democracia eran conceptos distintos<sup>671</sup>. Sus actuaciones públicas durante el período que nos ocupa, en las que expresó reiteradamente su disconformidad con el gobierno y con Azaña, no sólo acrecentaron las insalvables diferencias que existían entre ambos<sup>672</sup>, sino que contribuyeron también a su propio descrédito entre escritores e intelectuales, muchos de los cuales pertenecían a la redacción de *El Sol*, periódico al que regresó en diciembre de 1933 coincidiendo con la suspensión de su actividad política<sup>673</sup>.

---

<sup>670</sup> Víctor Ouimette, «Ortega y Gasset y el liberalismo imperativo», *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936). Volumen II*. Valencia, Pre-Textos (Hispánicas, 334), 1998, p. 217. «Una vez dijo don José Ortega y Gasset», recordó Salazar Chapela, «que ser de derecha o de izquierda eran dos de las muchas maneras que se le ofrecían a una persona para comportarse imbécilmente. Siempre nos había parecido esta afirmación un desliz», confesó el escritor (Esteban Salazar Chapela, «Carta de Londres. Epístolas hispanas», *Información*, La Habana (29 de julio de 1955), p. B-2).

<sup>671</sup> Cfr. Víctor Ouimette, «Ortega y Gasset y el liberalismo imperativo», *art. cit.*, p. 221.

<sup>672</sup> Tras la lectura en *Luz* de un nuevo artículo de Ortega contra el gobierno, Azaña escribía el 4 de agosto de 1932: «A Ortega le gastaré yo la broma de Segismundo: despertarlo en la Presidencia del Consejo, por unos días. Su proceder es muy cómodo: dice que no *sirve* para político, que está de paso, pero en tanto hace lo que puede por destruirnos» (*Diarios, 1932-1933. «Los cuadernos robados»*, *ob. cit.*, p. 9).

<sup>673</sup> Los rumores que aseguraron, durante algo más de un año, que Ortega abandonaba *Luz* para volver a *El Sol* sorprendieron en ambos periódicos, según recoge Manuel Azaña en una anotación del 13 de agosto de 1932: «Félix Lorenzo, director de *Luz*, no puede creer que Ortega les haga esa traición. Los redactores del *Sol* protestan contra la posible vuelta de Ortega. Ciges Aparicio asegura que le dará un puñetazo o un tiro» (*ibidem*, p. 29). El

A pesar de todo –incluidos los desfavorables resultados que cosechó el partido de Azaña en las elecciones municipales celebradas en algunos pueblos durante el mes de abril de 1933, primeras en las que pudo ejercer el voto la mujer, un derecho con el Salazar Chapela se mostró plenamente de acuerdo<sup>674</sup>–, «la estabilidad del Gobierno no estuvo seriamente amenazada hasta el otoño de 1933»<sup>675</sup>. Sin embargo, en el mes de junio Azaña presentó su dimisión a Alcalá-Zamora, aunque permanecería en su cargo, con un nuevo gabinete –parcialmente remodelado–, hasta el 9 de septiembre. Aquel verano, que resultó decisivo para la coalición republicano-socialista, Francisco Largo Caballero, ministro de Trabajo, expresó públicamente su convencimiento «de que era imposible alcanzar objetivos socialistas en una democracia burguesa, y de que la dictadura del proletariado era por tanto inevitable. A su vez en medios republicanos adquirió fuerza la convicción de que los socialistas debían abandonar el gobierno»<sup>676</sup>. La disolución de la coalición gobernante era ya inevitable.

---

filósofo regresó a *El Sol*, rompiendo así un voluntario apartamiento de las cuestiones públicas que sólo había durado unos meses, el 3 de diciembre de 1933, fecha en la que publicó en primera página el artículo «¡Viva la República!», en el que explicaba el origen de su malestar político durante los últimos dos años y donde también expresaba su confianza en la consolidación de la República que había significado la celebración de las elecciones generales. El citado artículo ha sido reproducido por Jean Bécarud y Evelyne López Campillo en *Los intelectuales durante la II República*, *ob. cit.*, pp. 159-165.

<sup>674</sup> Al reseñar *La mujer ante las urnas*, de Victoria Priego, Salazar Chapela recordó que existían «distintas opiniones sobre los beneficios o perjuicios, con relación a la República, de la mujer votante [...]: quienes se pronuncian dubitativos y expectantes, ansiosos de descubrir su enigma, bueno o malo, en las próximas elecciones; quienes imaginan un perjuicio, ya que no una quiebra total, para la República, puesto que la mujer española es por naturaleza y educación conservadora; quienes no ven en el voto femenino perjuicio alguno para el régimen; antes bien, un nuevo y como gracioso espaldarazo... Echemos por delante que la autora de este libro, lo mismo que nosotros, ve en las próximas votaciones de la mujer un triunfo de izquierda» (E. S. y Ch., «Priego, Victoria, *La mujer ante las urnas*», *art. cit.* ).

<sup>675</sup> Gabriel Jackson, «El régimen de Azaña en perspectiva (España, 1931-1933)», *art. cit.*, p. 57.

<sup>676</sup> Juan Avilés Farré, «Un bienio de esperanza y frustración: 1931-1933», *art. cit.*, p. 114.

Las elecciones generales fueron convocadas, bajo un gobierno de concentración republicana presidido por Martínez Barrio, para el 19 de noviembre de 1933. El día 15, Salazar Chapela publicaba en *El Sol* una elogiosa reseña del libro *¿Qué ha hecho la República?*, que se iniciaba con una comedida alusión a los comicios —la propaganda a favor de la política de Azaña era deducible del contenido del volumen que iba a ser comentado—: «Ninguna ocasión como la presente», aseguraba el crítico, «(*tan próximas las elecciones generales, vivos y en pie los deseos y pasiones políticos, los cuales han de cobrar continuidad y fluencia, hacia uno y otro lado, en el futuro Parlamento*<sup>677</sup>) para plantearse la interrogación con que Juan Guixé encabeza su nuevo libro»<sup>678</sup>. Los resultados supusieron, sin embargo, una auténtica catástrofe para la izquierda republicana y para Azaña<sup>679</sup>. Alejandro Lerroux, que contaría durante el siguiente bienio con el apoyo de la CEDA de José María Gil Robles, iniciaba a partir de entonces su mandato como nuevo jefe del Gobierno. Para Salazar Chapela había llegado la hora de denunciar, con más contundencia que nunca, la situación de regresión política en la que había entrado el país.

---

<sup>677</sup> El subrayado es nuestro.

<sup>678</sup> E. S. y Ch., «Guixé, Juan *¿Qué ha hecho la República?*, *El Sol*, Madrid (15 de noviembre de 1933), p. 4.

<sup>679</sup> En el exilio, Salazar Chapela valoró la trayectoria política de Azaña en un artículo redactado a propósito de la publicación de la biografía del que fuera presidente del Consejo de Ministros creada por Cipriano de Rivas Cherif, su cuñado y amigo: «Azaña no tuvo suerte ninguna como político, en mi opinión porque supuso en los demás colaboradores, aliados o coaligados, país) una cordura que no había. Aquella mala suerte alcanza también a la estampa que la estupidez forjó del hombre y del político. Parte por propaganda, parte asimismo porque muchos lo creían de ese modo, las derechas españolas pergeñaron con Azaña una estampa estigia, donde el gran político y gran escritor aparecía como un epitome

---

del infierno» (E. Salazar Chapela, «Carta de Londres. *Retrato de un desconocido*»; artículo reproducido en Apéndice I).

